

# Taller de Lectura y Escritura

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

Lo que se dice un ídolo  
Roberto Fontanarrosa

*Pedrito se apioló tarde de cómo venía la mano. Porque él podía haber sido un ídolo, un ídolo popular, desde mucho tiempo antes. Lo que pasa que el Pedro, vos viste cómo es, un tipo que se pasa de correcto, de buen tipo.*

*Decime vos, ocho años jugando en primera y no lo habían expulsado nunca. ¡Nunca, mi viejo, nunca! Ni una expulsión ni una tarjeta amarilla aunque sea. Y mirá que liga, eh. Porque siempre fue para adelante y lo estrolaban que daba gusto. Muy respetado por los rivales, por el referí, por todos, pero le pegaban cada guadañazo que ni te cuento. Y sin embargo, nunca reaccionó. Mirá que más de una vez se podía haber levantado y haberle puesto un castañazo al que le había hecho el ful, o a la vuelta siguiente encajarle un codazo, pero él... nada che. Una niña. Un duque el Pedro. Claro, ¿cómo no lo iban a querer? Los contrarios, los compañeros, todos. Pero... ¿querés que te diga? No sé si era cariño, cariño. Por ahí era respeto, más que nada. Respeto ¿viste? Porque mirá que yo lo conozco al Pedro y te digo que no es un tipo demasiado fácil para acercarse, para hablar, para... ¿cómo te digo?... para que se te franquee. ¿Viste? No es un tipo que va a venir y sin que vos le preguntés nada te va a contar de algún balurdo que tiene, algún fato afectivo... no, no es de esos. Es un tipo más bien reconcentrado que, a veces, para que te cuente qué le pasa, la puta, se lo tenés que preguntar mil veces, y eso que a mí me conoce mucho.*

*Incluso yo a veces le decía: No dejes que te peguen» porque me daba bronca ver cómo la ligaba y se quedaba muzzarella. No dejes que te peguen, Pedro le decía. Poneles una quema, meteles una buena plancha, a ver si así te van a entrar tan fuerte».*

*Y me decía que no, que es muy jodido pegar siendo delantero. Sí, andá a decirle al Pepe Sasía eso, andá a decirle al cordobés Willington que no se puede pegar siendo delantero. O al negro Pelé, sin ir más lejos, que tiene el récord de tipos quebrados. Andá a decirle al Pepe Sasía que a los delanteros les es más difícil pegar. El Pepe te metía cada hostiazo que te arrancaba la sabiola. Le bajaba cada plancha a los fulbá que te la voglio dire. Pero al Pedro qué le iba a pedir eso. Si ni cuando se armaban las roscas grandes se metía. Cuando se armaban esos bolonquis de todos contra todos o esos entreveros con el referí en el medio, que son ¿sabés qué? pa repartir tupido, son una uva, él se quedaba a un costado, con los bracitos en la cintura, ni se acercaba. Y en esos entreveros no hay peligro ni de que te echen, ahí te meten esos puntines en los tobillos, o te tiran del pelo, te meten los dedos en los ojos o te african un cabezazo y vale todo. Nadie vio nada. Que siga la joda. Y no era que el Pedro no se metiera de cagón, ¿eh? Porque eso sí, de cagón nunca tuvo un carajo. Un tipo que se mete en el área como se mete el Pedro, oíme, a un tipo de esos ni en pedo lo podes catalogar de cagón.*

*Pedro no se calentaba. Tenía eso. No se calentaba. No era un tipo que se podía calentar. Lo fajaban y se quedaba en el molde. Y la hinchada lo quería, sí, pero nada más. Cuando salía de los vestuarios después del partido, las palmaditas, Bien Pedro, Buena Pedrito. Pero ahí nomás. A veces algún cantito. O no lo puteaban demasiado cuando perdían. El Pedro siempre normal, en siete puntos, seis puntos, como diría el Flaco.*

*¿Sabés cuál era la cagada del Pedro? Yo lo estuve pensando. Era muy lógico. Mirá vos, era muy lógico. Nunca decía algo fuera de la lógica. Todo era, digamos, criterioso. Pensado. Lógico, todo era lógico. Me acuerdo que íbamos a jugar contra Boca, en Buenos Aires, y le preguntan qué pensaba del partido. Y él contesta que lo más probable era que perdiéramos. Que con un empate estábamos hechos. ¡Por supuesto que lo más probable era que perdiéramos! Si lo más probable cuando salís de visitante es que te hagan el hoyo, y no en cancha de Boca, en cualquiera.*

*Pero, viejo, qué sé yo, agrandate, decí: les vamos a romper el culo, les vamos a hacer tricota, qué sé yo. No te digo siempre, pero alguna vez andá en ganador. No, el Pedro siempre con la justa: La verdad que nos van a ganar. Si sacamos un empate estamos hechos. La lógica es que nos rompan el orto.*

*Claro, desde un punto de vista razonable, todo lo que él declaraba era cierto. No se le podía discutir. O cuando se perdía. Era lo mismo que cuando lo fajaban. Siempre estaba de acuerdo con el resultado. Nos ganaron bien, jugando así nosotros, era lógico que nos ganaran, nos tendrían que haber hecho más goles. Nunca se enojaba. Era como cuando lo*

fajaban los defensores. Se la bancaba siempre. Nunca ibas a leer declaraciones de que les habían afanado el partido, que los habían cagado a patadas, que les habían cobrado un gol en offside. Nunca. ¡Te imaginás! Fue premio a la caballerosidad deportiva como mil veces.

Y cuando se armó la primera vez este fato con la mina ésa, también. Porque tampoco el Pedro era un tipo que le podías buscar una fullería en su vida privada.

Padres macanudos, ningún problema con los viejos, y la Isabel, la noviecita de toda la vida. Y pará de contar. Ni jodas, ni calavereadas, ni un chancletazo por ahí. Nada. Fue cuando le inventaron el fato ese con la Mirna Clay, la cabaretera esa. ¡Mirá vos! Justamente a Pedro venirle a inventar que se encamaba con esa mina. Al Pedro, que la Isabelita lo tenía más marcado que los fulbás contrarios. Y además, ni falta hacía marcarlo, porque para eso era un nabo. Pero vos viste que hay periodistas que ya no saben qué carajo inventar y armaron todo el verso ese de que el Pedro andaba con la Mirna Clay. ¡El quilombo que se armó! ¡Para qué! El Pedro, ahí sí, fue a la revista, chilló, tiró la bronca y los ñatos de la revista pegaron marcha atrás y desmintieron todo. Que habían sido rumores, que eran todas mulas, en fin. La cosa que el Pedro se quedó tranquilo. Y fijate que ahí yo estuve a punto pero a punto de decirle algo, pero me callé la boca.

Dijo: callate Negro, que por ahí la embarrás y me callé bien la boca. Yo los conozco mucho a los viejos, a la Isabelita, ¿sabés? y preferí quedarme en el molde.

Pero mirá vos, pasa el tiempo, y esta otra revista empieza con la misma milonga. Con otra mina pero con la misma milonga. Ahora con la loca ésta, la Ivonne Babette, pero con el mismo verso. Que los habían visto juntos, que parecía que el Pedrito se la movía, que qué sé yo. Para colmo la mina ésta que debe ser más rápida... una luz la mina... agarró el bochín y empezó con que estaban perdidamente enamorados, que Pedro era el único amor de su vida, en fin. Se ve que armaron el estofado a partir de esa foto que salió cuando el equipo tenía que viajar a Perú y les sacaron una foto en el aeropuerto cuando justo estaba la reventada ésta que también viajaba en el mismo avión.

Para colmo la mina sale al lado de Pedro. Eran como mil en la delegación pero dio la puta casualidad que esta mina sale junto al Pedro. Y se ve que ahí armaron el estofado. Que a la mina le viene macanudo, mirá qué novedad.

Y ahí sí, lo agarré al Pedro y le dije: Pedrito no hagas declaraciones. No digas ni desmientas nada. Quedate chanta, haceme caso. Lo corrí un poco con el verso de que él no podía prestarse a ese escándalo, que él tenía que mantenerse por sobre toda esa suciedad, que no tenía que prestarse siquiera a hablar del asunto. Que ya bastante se

había ensuciado antes con el balurdo anterior con la Mirna Clay. Y el Pedro me hizo caso. Lo llamaban de los diarios y él decía que no iba a hablar del asunto. Que no insistieran. Y los periodistas, que son lerdos también, se agarraron de eso que el que calla, otorga. Y dieron el caso como comprobado. Hasta diarios más serios hablaron del caso del Pedro con esta mina. Y la mina ¡para qué te cuento! inventó cualquier boludez para darle manija al asunto. Cuando el Pedro quiso parar la cosa, ya era demasiado grande y tuvo que quedarse en el molde. Eso habrá durado un par de semanas. La Isabelita se enojó con el Pedro y casi lo manda a la mierda, los diarios dijeron que esa pelea confirmaba el enganche del Pedro con la Babette ésta, en fin, un quilombo impresionante.

Al domingo siguiente, tenían que jugar en Buenos Aires un partido chivo contra Vélez. Y al Pedro lo marca Carpani, un hijo de mil putas que le pega hasta a la madre y este Carpani lo empieza a cargar. Le decía: ¡Qué mierda te vas a voltear vos a esa mina, si vos en tu vida te volteaste ninguna!, ya que sos tan macho animate a entrar al área que te voy a romper la gamba en cuatro pedazos, esas cosas. Y le tocaba el culo. Al final el Pedro, mirá como estaría, le pegó semejante roscazo que le arruinó la jeta. Le puso una quema en medio de la trucha que lo sentó de culo en el punto del penal. ¡Te imaginás lo que fue eso! Que al terrible Carpani, el choma que se comía los pibes crudos, el patrón del área, le pusieran semejante hostia en la propia cancha de Vélez, en el Fortín de Villa Luro. Lo tuvieron que sacar en camilla porque quedó boludo como media hora. Y a Pedro, más bien, tarjeta roja y a los vestuarios. Por primera vez en la vida. Pero después me contaba, los de Vélez lo miraban pasar para las duchas y no le decían nada, lo miraban nomás. Hasta hubo uno que le dio la mano.

Le dieron pocos partidos. Y volvió en cancha nuestra, contra la lepra. Y ahí se confirmó mi teoría. Era un mundo de gente. Muchos habían ido por el partido, pero muchos habían ido para verlo al Pedro. ¡Y cuando entró... se venía abajo la tribuna, mi viejo! «Y coja, y coja, y coja Pedro, coja» cantaban los negros. Era una locura. Y pegue, y pegue, y pegue Pedro, pegue. Como será que hasta el Pedro se emocionó y se apartó de los muchachos para saludar a la hinchada con los dos brazos en alto. Una locura. Ahí empezó a ser ídolo. Ahí empezó. Aunque no me lo reconozca porque nunca volvió a darme demasiada bola. Pero no podés ser ídolo si sos demasiado perfecto, viejo. Si no tenés ninguna fulería, si no te han cazado en ningún renuncio... ¿Cómo mierda la gente se va a sentir identificada con vos? ¿Qué tenés en común con los monos de la tribuna? No, mi viejo. Decí que el Pedrito se apioló tarde de cómo viene la mano.

callado, que estaba en la cola, le tiró un puntazo con el borceguí militar y casi arranca la red.

Al caer la tarde volvieron al pueblo, abrieron el club y se pusieron a jugar a las cartas. Díaz se quedó toda la noche sin hablar, tirándose para atrás el pelo blanco y duro hasta que después de comer se puso un palillo en la boca y dijo:

— Constante los tira a la derecha.

— Siempre — dijo el presidente del club.

— Pero él sabe que yo sé.

— Entonces estamos jodidos.

— Sí, pero yo sé que él sabe — dijo el Gato.

— Entonces tírate a la izquierda y listo — dijo uno de que estaban en la mesa.

— No. Él sabe que yo sé que él sabe — dijo el Gato Díaz y se levantó para ir a dormir.

— El Gato está cada vez más raro — dijo el presidente del club cuando lo vio salir pensativo, caminando despacio.

El martes no fue a entrenar y el miércoles tampoco, el jueves, cuando lo encontraron caminando por las vías del tren, estaba hablando solo y lo seguía un perro con el rabo cortado.

— ¿Lo vas a atajar? — le preguntó, ansioso, el empleado de la bicicletería.

— No sé. ¿Qué me cambia eso? — preguntó.

— Que nos consagramos todos, Gato. Les tocamos el culo a esos maricones de Belgrano.

— Yo me voy a consagrar cuando la rubia Ferreira me quiera querer — dijo y silbó al perro para volver a su casa.

El viernes, la rubia Ferreira estaba atendiendo la tercería cuando el intendente del pueblo entró con un ramo de flores y una sonrisa ancha como una sandía abierta.

—Esto te lo manda el Gato Díaz y hasta el jueves vos decís que es tu novio. — Pobre tipo — dijo ella con una mueca y ni miró las flores que habían llegado desde Neuquén por el ómnibus de las diez y media.

A la noche fueron juntos al cine. En el entreacto el Gato salió al hall a fumar y la rubia Ferreira se quedó sola en la media luz, con la cartera sobre la falda, leyendo cien veces el programa sin levantar la vista.

El sábado a la tarde el Gato Díaz pidió prestadas dos bicicletas y fueron a pasear a orillas del río. Al caer la tarde la quiso besar pero ella dio vuelta la cara y dijo que el domingo a la noche tal vez, si atajaba el penal, en el baile.

—¿Y yo cómo sé? — dijo él.

—¿Cómo sabes qué?

—Si me tengo que tirar para ese lado.

La rubia Ferreira le tomó una mano y lo llevó hasta donde habían dejado las bicicletas.

—En esta vida nunca se sabe quién engaña a quién — dijo ella.

—¿Y si no lo atajo? — preguntó el Gato.

—Entonces quiere decir que no me querés — respondió dio la rubia, y volvieron al pueblo.

El domingo del penal salieron del club veinte camiones cargados de gente, pero la policía los detuvo a la entrada del pueblo y tuvieron que quedarse a un costado de la ruta, esperando bajo el sol. En aquel tiempo y en aquel lugar no había televisión ni emisoras de radio ni forma de enterarse de lo que ocurría en un

terreno cerrado, de manera que los de Estrella Polar establecieron una posta entre el estadio y la ruta.

El empleado del ciclero subió a un techo desde donde se veía el arco del Gato Díaz y desde allí narraba lo que ocurría a otro muchacho que había quedado en la vereda y que a su vez transmitía a otro que estaba a veinte metros y así hasta que cada detalle llegara a donde esperaban los hinchas de Estrella Polar.

A las tres de la tarde los dos equipos salieron a la cancha vestidos como si fueran a jugar un partido en serio. Herminio Silva tenía un uniforme negro, desteñido pero limpio y cuando todos estuvieron reunidos en el medio de la cancha fue derecho hasta donde estaba el Coló Rivero que le había dado el cachetazo el domingo anterior y lo expulsó de la cancha. Todavía no se había inventado la tarjeta roja y Herminio señalaba la boca del túnel con una mano firme de la que colgaba el silbato. Al fin, la policía sacó a empujones al Coló que quería quedarse a ver el penal. Entonces el arbitro fue hasta el reo con la pelota apretada contra una cadera, contó doce pasos y la puso en su lugar. El Gato Díaz se había peinado a la gomina y la cabeza le brillaba como una cacerola de aluminio.

Nosotros lo veíamos desde el paredón que rodeaba la cancha, justo detrás del arco, y cuando se colocó sobre la raya de cal y empezó a frotarse las manos desnudas empezamos a apostar hacia dónde tiraría Constante Gauna.

En la ruta habían cortado el tránsito y todo el mundo estaba pendiente de ese instante porque hacía diez años que el Deportivo Belgrano no perdía una copa ni un campeonato. También la policía quería saber, así que dejaron que la cadena de relatores se organizara a lo largo de tres kilómetros y las noticias llegaban de boca en boca apenas espaciadas por los sobresaltos de la respiración.

Recién a las tres y media, cuando Herminio Silva consiguió que los dirigentes de los dos clubes, los entrenadores y las fuerzas vivas del pueblo abandonaran la cancha, Constante Gauna se acercó a acomodar la pelota. Era flaco y musculoso y tenía las cejas tan pobladas que parecían cortarle la cara en dos. Había tirado tantas

veces ese penal –contó después–, que volvería a hacerlo a cada instante de su vida, dormido o despierto.

A las cuatro menos cuarto, Herminio Silva se puso a medio camino entre el arco y la pelota, se llevó el silbato a la boca y sopló con todas sus fuerzas. Estaba tan nervioso y el sol le había machacado tanto sobre la nuca que cuando la pelota salió hacia el arco sintió que los ojos se le reviraban y cayó de espaldas echando espuma por la boca. Díaz dio un paso al frente y se tiró a su derecha. La pelota salió dando vueltas hacia el medio del arco y Constante Gauna adivinó enseguida que las piernas del Gato Díaz llegarían justo para desviarla hacia un costado. El Gato pensó en el baile de la noche, en la gloria tardía, en que alguien corriera a tirar la pelota al córner porque había quedado picando en el área.

El petiso Mirabelli llegó primero que nadie y la tiro afuera, contra el alambrado, pero Herminio Silva no podía verlo porque estaba en el suelo, revolcándose con un ataque de epilepsia. Cuando todo Estrella Polar se arrojó sobre el Gato Díaz para festejar, el juez de línea corrió hacia Herminio Silva con la bandera levantada y desde el paredón donde estábamos sentados oímos que gritaba: «¡No vale, no vale!».

La noticia corrió de boca en boca, jubilosa. La atajada del Gato y el desmayo del árbitro. Entonces en la ruta todos abrieron damajuanas de vino y empezaron a celebrar, aunque el «no vale» llegara balbuceado por los mensajeros con una mueca atónita.

Hasta que Herminio Silva no se puso de pie, desencajado por el ataque, no hubo respuesta definitiva. Lo primero que preguntó fue «qué pasó» y cuando se lo contaron sacudió la cabeza y dijo que había que tirar de nuevo porque él no había estado allí y el reglamento señala que el partido no puede jugarse con un árbitro desmayado. Entonces el Gato Díaz apartó a los que querían pegarle al vendedor de rifas de Deportivo Belgrano y dijo que había que apurarse porque esa noche él tenía una cita y una promesa y fue a ponerse otra vez bajo el arco.

Constante Gauna debía tenerse poca fe porque le ofreció el tiro a Padín y solo después fue hacia la pelota mientras el juez de línea ayudaba a Herminio a mantenerse parado. Afuera se escuchaban bocinazos de festejo de los de Deportivo Belgrano y los jugadores de Estrella Polar empezaron a retirarse de la cancha rodeados por la policía.

El pelotazo salió a la izquierda y el Gato Díaz fue para el mismo lado con una elegancia y una seguridad que nunca más volvió a tener. Constante Gauna miró al cielo y se echó a llorar. Nosotros saltamos el paredón y fuimos a mirar de cerca a Díaz, el viejo, que miraba la pelota que tenía entre las manos como si se hubiera sacado la sortija en la calesita.

Dos años más tarde, cuando el Gato era una ruina y yo un joven insolente, me lo encontré otra vez, a doce pasos de distancia y lo vi inmenso, agazapado en puntas de pie, con los dedos abiertos y largos. En una mano llevaba un anillo de matrimonio que no era de la rubia Ferreira sino de la hermana del Coló Rivero, que era tan india y tan vieja como él. Evité mirarlo a los ojos y le cambié la pierna; después tiré de zurda, abajo, sabiendo que no llegaría porque ya estaba muy duro y le pesaba la gloria. Cuando fui a buscar la pelota dentro del arco estaba levantándose como un perro apaleado.

—Bien, pibe —me dijo—. Algún día vas a andar contando por ahí que le hiciste un gol al Gato Díaz, pero nadie te lo va a creer.









# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

## TRABAJO FINAL

### Consigna 1

- o Escribir un relato deportivo de 30 líneas de extensión que contenga:

Requisitos para la construcción de la historia:

- Contexto histórico trabajado en clase.
- Diálogo.
- Recuperar un personaje de los textos trabajados, que tenga conversación con una figura deportiva al que consideren ídola/a.

### Consigna 2

- o Escribir un relato literario (no deportivo) de 35 líneas de extensión.

Requisitos para la construcción de la historia:

- Perspectiva de género.
- 3 personajes (1 principal, 2 secundarios).
- Punto de vista desde el personaje principal, en primera persona.
- En el desarrollo jugar con los elementos de la narración.
- Características en las acciones, como físicas y psicológicas.

### Criterios de Evaluación

Titulo - ortografía - letra legible - puntuación - originalidad - respetar las pautas dadas en las consignas.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO



**Margaret Atwood**  
Pan  
Canadá, 1939

Imagina un pedazo de pan. No hace falta imaginarlo, está aquí en la cocina, sobre la tabla del pan, en su bolsa de plástico, junto al cuchillo del pan. Ese cuchillo es uno muy viejo que conseguiste en una subasta, la palabra PAN está tallada en el mango de madera. Abres la bolsa, pliegas el envoltorio hacia atrás, cortas una rebanada. La untas con mantequilla, con mantequilla de cacahuete, después miel, y lo doblas hacia adentro. Un poco de miel se te escurre entre los dedos y la lames con la lengua. Te lleva cerca de un minuto comer el pan. Este pan es negro, pero también hay pan blanco, en el frigorífico, y un poco de pan de centeno de la semana pasada, antes redondo como un estómago lleno, ahora a punto de echarse a perder. De vez en cuando haces pan. Lo ves como algo relajante que puedes elaborar con las manos.

Imagina una hambruna. Ahora imagina un pedazo de pan. Ambas cosas son reales pero tú estás en el mismo cuarto con sólo una de ellas. Ponte en otro cuarto, para eso sirve la mente. Ahora te encuentras sobre un colchón delgado en un cuarto caluroso. Las paredes están hechas de tierra seca, y tu hermana, más joven que tú, está contigo en el cuarto. Tiene mucha hambre, su vientre está hinchado, las moscas se le posan en los ojos, tú las espantas con las manos. Tienes un trapo, sucio pero húmedo, y se lo pones en los labios y en la frente. El pedazo de pan es el mismo pan que has estado guardando desde hace días. Sientes la misma hambre que ella, pero todavía no te sientes tan débil. ¿Cuánto va durar esto? ¿Cuándo vendrá alguien con más pan? Piensas en salir a ver si encuentras algo para comer, pero afuera las calles están infestadas de carroñeros y el hedor de los cuerpos lo llena todo. ¿Deberías compartir el pan o dárselo todo a tu hermana? ¿Deberías comer tú el pedazo de pan?

Después de todo, tú tienes una mejor oportunidad de sobrevivir, eres más fuerte. ¿Cuánto tiempo tardarás en decidirlo?

Imagina una prisión. Hay algo que tú conoces, pero que todavía no se lo has contado a nadie. Los controladores de la prisión saben que tú lo sabes y todos los demás también lo saben. Si hablas, treinta o cuarenta o cien de tus amigos, tus compañeros, serán detenidos y morirán. Si te niegas a hablar, esta noche sucederá lo mismo que la noche anterior. Siempre eligen la noche. Sin embargo, no piensas en la noche, sino en el pedazo de pan que te ofrecieron. ¿Cuánto tiempo tardarás en decidirte? El pedazo de pan era negro y fresco y te recordó un rayo de sol que cae sobre un pedazo de madera. Te recordó un bol, un bol amarillo que había en tu casa. Contenía manzanas y peras, y estaba sobre una mesa de madera que también recuerdas. No es el hambre o el dolor lo que te está matando sino la ausencia de aquel bol amarillo. Si tan solo pudieras sostener el bol en tus manos, aquí mismo, podrías aguantar lo que sea, te dices a ti mismo. El pan que te ofrecieron es peligroso y traicionero, significa la muerte.

Hubo una vez dos hermanas. Una era rica y no tenía hijos, la otra tenía cinco hijos y era viuda, tan pobre que ya no le quedaba nada de comer. Fue a ver a su hermana y le pidió un pedazo de pan. 'Mis hijos se están muriendo', dijo. La hermana rica respondió, 'No tengo suficiente para mí', y la echó de su casa. Luego el marido de la hermana rica llegó a su casa y quiso cortar un trozo de pan, pero al hacer el primer corte, brotó sangre roja. Todos sabían lo que eso significaba. Es un cuento maravilloso, un cuento tradicional alemán.

La hogaza de pan que he creado para ti flota unos centímetros por encima de la mesa de la cocina. La mesa es normal, no tiene ninguna trampa. Un paño azul de cocina flota bajo el pan y no hay hilos que sujeten al techo el paño o el pan ni la mesa al paño; ya lo has comprobado al pasar la mano por debajo y por arriba, y no has tocado el pan. ¿Qué te detuvo? No quieres saber si el pan es real o si es sólo una alucinación que te hice ver. No existen dudas de que puedes ver el pan, hasta puedes olerlo, huele a levadura, y parece lo bastante sólido, tan sólido como tu propio brazo. ¿Pero puedes confiar en él? ¿Puedes comerlo? No quieres saberlo, imagínalo.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO



**Mariana  
Enriquez**

*Las cosas que  
perdimos en  
el fuego*

La primera fue la chica del subte. Había quien lo discutía o, al menos, discutía su alcance, su poder, su capacidad para desatar las hogueras por sí sola. Eso era cierto: la chica del subte sólo predicaba en las seis líneas de tren subterráneo de la ciudad y nadie la acompañaba. Pero resultaba inolvidable. Tenía la cara y los brazos completamente desfigurados por una quemadura extensa, completa y profunda; ella explicaba cuánto tiempo le había costado recuperarse, los meses de infecciones, hospital y dolor, con su boca sin labios y una nariz pésimamente reconstruida; le quedaba un solo ojo, el otro era un hueco de piel, y la cara toda, la cabeza, el cuello, una máscara marrón recorrida por telarañas. En la nuca conservaba un mechón de pelo largo, lo que acrecentaba el efecto máscara: era la única parte de la cabeza que el fuego no había alcanzado. Tampoco había alcanzado las manos, que eran morenas y siempre estaban un poco sucias de manipular el dinero que mendigaba.

Su método era audaz: subía al vagón y saludaba a los pasajeros con un beso si no eran muchos, si la mayoría viajaba sentada. Algunos apartaban la cara con disgusto, hasta con un grito ahogado; algunos aceptaban el beso sintiéndose bien consigo mismos; algunos apenas dejaban que el asco les erizara la piel de los brazos, y si ella lo notaba, en verano, cuando podía verles la piel al aire, acariciaba con los dedos mugrientos los pelitos asustados y sonreía con su boca que era un tajo. Incluso había quienes se bajaban del vagón cuando la veían subir: los que ya conocían el método y no querían el beso de esa cara horrible.

La chica del subte, además, se vestía con jeans ajustados, blusas transparentes, incluso sandalias con tacos cuando hacía calor. Llevaba pulseras y cadenas colgando del cuello. Que su cuerpo fuera sensual resultaba inexplicablemente ofensivo.

Cuando pedía dinero lo dejaba muy en claro: no estaba juntando para cirugías plásticas, no tenían sentido, nunca volvería a su cara normal, lo sabía. Pedía para sus gastos, para el alquiler, la comida —nadie le daba trabajo con la cara así, ni siquiera en puestos donde no hiciera falta verla—. Y siempre, cuando terminaba de contar sus días de hospital, nombraba al hombre que la había quemado: Juan Martín Pozzi, su marido. Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitar eso, él la arruinó, que no fuera de nadie más, entonces. Mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado el alcohol en medio de una pelea y había querido fumar un cigarrillo todavía mojada.

—Y le creyeron —sonreía la chica del subte con su boca sin labios, su boca de reptil—. Hasta mi papá le creyó.

Ni bien pudo hablar, en el hospital, contó la verdad. Ahora él estaba preso.

Cuando se iba del vagón, la gente no hablaba de la chica quemada, pero el silencio en que quedaba el tren, roto por las sacudidas sobre los rieles, decía qué asco, qué miedo, no voy a olvidarme más de ella, cómo se puede vivir así.

A lo mejor no había sido la chica del subte la desencadenante de todo, pero ella había introducido la idea en su familia, creía Silvina. Fue una tarde de domingo, volvían con su madre del cine —una excursión rara, casi nunca salían juntas—. La chica del subte dio sus besos y contó su historia en el vagón; cuando terminó, agradeció y se bajó en la estación siguiente.

No le siguió a su partida el habitual silencio incómodo y avergonzado. Un chico, no podía tener más de veinte años, empezó a decir qué manipuladora, qué asquerosa, qué necesidad; también hacía chistes. Silvina recordaba que su madre, alta y con el pelo corto y gris, todo su aspecto de autoridad y potencia, había cruzado el pasillo del vagón hasta donde estaba el chico, casi sin tambalearse —aunque el vagón se sacudía como siempre—, y le había dado un puñetazo en la nariz, un golpe decidido y profesional, que lo hizo sangrar y gritar y vieja hija de puta qué te pasa, pero su madre no respondió, ni al chico que lloraba de dolor ni a los pasajeros que dudaban entre insultarla o ayudar. Silvina recordaba la mirada rápida, la orden silenciosa de sus ojos y cómo las dos habían salido corriendo no bien las puertas se abrieron y habían seguido corriendo por las escaleras a pesar de que Silvina estaba poco entrenada y se cansaba enseguida —correr le daba tos—, y su madre ya tenía más de sesenta años. Nadie las había seguido, pero eso no lo supieron hasta estar en la calle, en la esquina transitadísima de Corrientes y Pueyrredón; se metieron entre la gente para evitar y despistar a algún guarda, o incluso a la policía. Después de doscientos metros se dieron cuenta de que estaban a salvo. Silvina no podía olvidar la carcajada alegre, aliviada, de su madre; hacía años que no la veía tan feliz.

Hicieron falta Lucila y la epidemia que desató, sin embargo, para que llegaran las hogueras. Lucila era una modelo y era muy hermosa, pero, sobre todo, era encantadora. En las entrevistas de la televisión parecía distraída e ingenua, pero tenía respuestas inteligentes y audaces y por eso también se hizo famosa. Medio famosa. Famosa del todo se hizo cuando anunció su noviazgo con Mario Ponte, el 7 de Unidos de Córdoba, un club de segunda división que había llegado heroicamente a primera y se había mantenido entre los mejores durante dos torneos gracias a un gran equipo, pero, sobre todo, gracias a Mario, que era un jugador extraordinario que había rechazado ofertas de clubes europeos de puro leal —aunque algunos especialistas decían que, a los treinta y dos y con el nivel de competencia de los campeonatos europeos, era mejor para Mario convertirse en una leyenda local que en un fracaso transatlántico—. Lucila parecía enamorada y, aunque la pareja tenía mucha cobertura en los medios,

no se le prestaba demasiada atención; era perfecta y feliz, y sencillamente faltaba drama. Ella consiguió mejores contratos para publicidades y cerraba todos los desfiles; él se compró un auto carísimo.

El drama llegó una madrugada cuando sacaron a Lucila en camilla del departamento que compartía con Mario Ponte: tenía el 70% del cuerpo quemado y dijeron que no iba a sobrevivir. Sobrevivió una semana.

Silvina recordaba apenas los informes en los noticieros, las charlas en la oficina; él la había quemado durante una pelea. Igual que a la chica del subte, le había vaciado una botella de alcohol sobre el cuerpo —ella estaba en la cama— y, después, había echado un fósforo encendido sobre el cuerpo desnudo. La dejó arder unos minutos y la cubrió con la colcha. Después llamó a la ambulancia. Dijo, como el marido de la chica del subte, que había sido ella.

Por eso, cuando de verdad las mujeres empezaron a quemarse, nadie les creyó, pensaba Silvina mientras esperaba el colectivo —no usaba su propio auto cuando visitaba a su madre: la podían seguir—. Creían que estaban protegiendo a sus hombres, que todavía les tenían miedo, que estaban shockeadas y no podían decir la verdad; costó mucho concebir las hogueras.

Ahora que había una hoguera por semana, todavía nadie sabía ni qué decir ni cómo detenerlas, salvo con lo de siempre: controles, policía, vigilancia. Eso no servía. Una vez le había dicho una amiga anoréxica a Silvina: no pueden obligarte a comer. Sí pueden, le había contestado Silvina, te pueden poner suero, una sonda. Sí, pero no pueden controlarte todo el tiempo. Cortás la sonda. Cortás el suero. Nadie puede vigilarte veinticuatro horas al día, la gente duerme. Era cierto. Esa compañera de colegio se había muerto, finalmente. Silvina se sentó con la mochila sobre las piernas. Se alegró de no tener que viajar parada. Siempre temía que alguien abriera la mochila y se diera cuenta de lo que cargaba. Hicieron falta muchas mujeres quemadas para que empezaran las hogueras. Es contagio, explicaban los expertos en violencia de género en diarios y revistas y radios y televisión y donde pudieran hablar; era tan complejo informar, decían, porque por un lado había que alertar sobre los

feminicidios y por otro se provocaban esos efectos, parecidos a lo que ocurre con los suicidios entre adolescentes. Hombres quemaban a sus novias, esposas, amantes, por todo el país. Con alcohol la mayoría de las veces, como Ponte (por lo demás el héroe de muchos), pero también con ácido, y en un caso particularmente horrible la mujer había sido arrojada sobre neumáticos que ardían en medio de una ruta por alguna protesta de trabajadores. Pero Silvina y su madre recién se movilizaron —sin consultarlo entre ellas— cuando pasó lo de Lorena Pérez y su hija, las últimas asesinadas antes de la primera hoguera. El padre, antes de suicidarse, les había pegado fuego a madre e hija con el ya clásico método de la botella de alcohol. No las conocían, pero Silvina y su madre fueron al hospital para tratar de visitarlas o, por lo menos, protestar en la puerta; ahí se encontraron. Y ahí estaba también la chica del subte.

Pero ya no estaba sola. La acompañaba un grupo de mujeres de distintas edades, ninguna de ellas quemada. Cuando llegaron las cámaras, la chica del subte y sus compañeras se acercaron a la luz. Ella contó su historia, las otras asentían y aplaudían. La chica del subte dijo algo impresionante, brutal:

—Si siguen así, los hombres se van a tener que acostumbrar. La mayoría de las mujeres van a ser como yo, si no se mueren. Estaría bueno, ¿no? Una belleza nueva.

La mamá de Silvina se acercó a la chica del subte y a sus compañeras cuando se retiraron las cámaras. Había varias mujeres de más de sesenta años; a Silvina la sorprendió verlas dispuestas a pasar la noche en la calle, acampar en la vereda y pintar sus carteles que pedían BASTA BASTA DE QUEMARNOS. Ella también se quedó y, por la mañana, fue a la oficina sin dormir. Sus compañeros ni estaban enterados de la quema de la madre y la niña. Se están acostumbrando, pensó Silvina. Lo de la niñita les da un poco más de impresión, pero sólo eso, un poco. Estuvo toda la tarde mandándole mensajes a su madre, que no le contestó ninguno. Era bastante mala para los mensajes de texto, así que Silvina no se alarmó. Por la noche, la llamó a la casa y tampoco la encontró. ¿Seguiría en la puerta del hospital? Fue a buscarla, pero las mujeres habían abandonado el campamento. Quedaban apenas unos fibrones tirados y paquetes vacíos de galletitas, que el viento

arremolinaba. Venía una tormenta y Silvina volvió lo más rápido que pudo hasta su casa porque había dejado las ventanas abiertas.

La niña y su madre habían muerto durante la noche.

Silvina participó de su primera hoguera en un campo sobre la ruta 3. Las medidas de seguridad todavía eran muy elementales; las de las autoridades y las de las Mujeres Ardientes. Todavía la incredulidad era alta; sí, lo de aquella mujer que se había incendiado dentro de su propio auto, en el desierto patagónico, había sido bien extraño: las primeras investigaciones indicaron que había rociado con nafta el vehículo, se había sentado dentro, frente al volante, y que ella misma había dado el chasquido al encendedor. Nadie más: no había rastros de otro auto —eso era imposible de ocultar en el desierto—, y nadie hubiera podido irse a pie. Un suicidio, decían, un suicidio muy extraño, la pobre mujer estaba sugestionada por todas esas quemadas de mujeres, no entendemos por qué ocurren en Argentina, estas cosas son de países árabes, de la India.

—Serán hijos de puta; Silvinita, sentate —le dijo María Helena, la amiga de su madre, que dirigía el hospital clandestino de quemadas ahí, lejos de la ciudad, en el casco de la vieja estancia de su familia, rodeada de vacas y soja—. Yo no sé por qué esta muchacha, en vez de contactar con nosotras, hizo lo que hizo, pero bueno: a lo mejor se quería morir. Era su derecho. Pero que estos hijos de puta digan que las quemadas son de los árabes, de los indios...

María Helena se secó las manos —estaba pelando duraznos para una torta— y miró a Silvina a los ojos.

—Las quemadas las hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices.

La torta era para festejar a una de las Mujeres Ardientes, que había sobrevivido a su primer año de quemada. Algunas de las que iban a la hoguera preferían recuperarse en hospitales, pero muchas elegían centros clandestinos como el de María Helena. Había otros, Silvina no estaba segura de cuántos.

—El problema es que no nos creen. Les decimos que nos quemamos porque queremos y no nos creen. Por supuesto, no podemos hacer que hablen las chicas que

—Podemos filmar una ceremonia —dijo Silvina.

—Ya lo pensamos, pero sería invadir la privacidad de las chicas.

—De acuerdo, ¿pero si alguna quiere que la vean? Y podemos pedirle que vaya hacia la hoguera con, no sé, una máscara, un antifaz, si quiere taparse la cara.

—¿Y si distinguen dónde queda el lugar?

—Ay, María, la pampa es toda igual. Si la ceremonia se hace en el campo, ¿cómo van a saber dónde queda?

Así, casi sin pensarlo, Silvina decidió hacerse cargo de la filmación cuando alguna chica quisiera que su Quema fuera difundida. María Helena contactó con ella menos de un mes después del ofrecimiento. Sería la única autorizada, en la ceremonia, a estar con un equipo electrónico. Silvina llegó en auto: entonces todavía era bastante seguro usarlo. La ruta 3 estaba casi vacía, apenas la cruzaban algunos camiones; podía escuchar música y tratar de no pensar. En su madre, jefa de otro hospital clandestino, ubicado en una casa enorme del sur de la ciudad de Buenos Aires; su madre, siempre arriesgada y atrevida, tanto más que ella, que seguía trabajando en la oficina y no se animaba a unirse a las mujeres. En su padre, muerto cuando ella era chica, un hombre bueno y algo torpe («Ni se te ocurra pensar que hago esto por culpa de tu padre», le había dicho su madre una vez, en el patio de la casa-hospital, durante un descanso, mientras inspeccionaba los antibióticos que Silvina le había traído, «tu padre era un hombre delicioso, jamás me hizo sufrir»). En su ex novio, a quien había abandonado al mismo tiempo que supo definitiva la radicalización de su madre, porque él las pondría en peligro, lo sabía, era inevitable. En si debía traicionarlas ella misma, desbaratar la locura desde adentro. ¿Desde cuándo era un derecho quemarse viva? ¿Por qué tenía que respetarlas?

La ceremonia fue al atardecer. Silvina usó la función video de una cámara de fotos: los teléfonos estaban prohibidos y ella no tenía una cámara mejor, y tampoco quería comprar una por si la rastreaban. Filmó todo: las mujeres preparando la pira, con enormes ramas secas de los árboles del campo, el fuego alimentado con diarios y nafta hasta que alcanzó más de un metro de altura. Estaban campo adentro —una arboleda y la casa ocultaban la ceremonia de la ruta—. El otro

camino, a la derecha, quedaba demasiado lejos. No había vecinos ni peones. Ya no, a esa hora. Cuando cayó el sol, la mujer elegida caminó hacia el fuego. Lentamente. Silvina pensó que la chica iba a arrepentirse, porque lloraba. Había elegido una canción para su ceremonia, que las demás —unas diez, pocas— cantaban: «Ahí va tu cuerpo al fuego, ahí va. / Lo consume pronto, lo acaba sin tocarlo.» Pero no se arrepintió. La mujer entró en el fuego como en una pileta de natación, se zambulló, dispuesta a sumergirse: no había duda de que lo hacía por su propia voluntad; una voluntad supersticiosa o incitada, pero propia. Ardió apenas veinte segundos. Cumplido ese plazo, dos mujeres protegidas por amianto la sacaron de entre las llamas y la llevaron corriendo al hospital clandestino. Silvina detuvo la filmación antes de que pudiera verse el edificio.

Esa noche subió el video a internet. Al día siguiente, millones de personas lo habían visto.

Silvina tomó el colectivo. Su madre ya no era la jefa del hospital clandestino del sur; había tenido que mudarse cuando los padres enfurecidos de una mujer —que gritaban «¡tiene hijos, tiene hijos!»— descubrieron que se escondía detrás de esa casa de piedra, centenaria, que alguna vez había sido una residencia para ancianos. Su madre había logrado escapar del allanamiento —la vecina de la casa era una colaboradora de las Mujeres Ardientes, activa y, al mismo tiempo, distante, como Silvina— y la habían reubicado como enfermera en un hospital clandestino de Belgrano: después de un año entero de allanamientos, creían que la ciudad era más segura que los parajes alejados. También había caído el hospital de María Helena, aunque nunca descubrieron que la estancia había sido escenario de hogueras, porque, en el campo, no hay nada más común que quemar pastizales y hojas, siempre iban a encontrar pasto y suelo quemado. Los jueces expedían órdenes de allanamiento con mucha facilidad, y, a pesar de las protestas, las mujeres sin familia o que sencillamente andaban solas por la calle caían bajo sospecha: la policía les hacía abrir el bolso, la mochila, el baúl del auto cuando ellos lo deseaban, en cualquier momento, en cualquier lugar. El acoso había sido peor: de una hoguera cada cinco meses —

registrada: con mujeres que acudían a los hospitales normales pasó al estado actual, de una por semana.

Y, tal como esa compañera de colegio le había dicho a Silvina, las mujeres se las arreglaban para escapar de la vigilancia más que bien. Los campos seguían siendo enormes y no se podían revisar con satélite constantemente; además todo el mundo tiene un precio; si podían ingresar al país toneladas de drogas, ¿cómo no iban a dejar pasar autos con más bidones de nafta de lo razonable? Eso era todo lo necesario, porque las ramas para las hogueras estaban ahí, en cada lugar. Y el deseo las mujeres lo llevaban consigo.

No se va a detener, había dicho la chica del subte en un programa de entrevistas por televisión. Vean el lado bueno, decía, y se reía con su boca de reptil. Por lo menos ya no hay trata de mujeres, porque nadie quiere a un monstruo quemado y tampoco quieren a estas locas argentinas que un día van y se prenden fuego —y capaz que le pegan fuego al cliente también.

Una noche, mientras esperaba el llamado de su madre, que le había encargado antibióticos —Silvina los conseguía haciendo ronda por los hospitales de la ciudad donde trabajaban colaboradoras de las Mujeres Ardientes—, tuvo ganas de hablar con su ex novio. Tenía la boca llena de whisky y la nariz de humo de cigarrillo y del olor a la gasa furacinada, la que se usa para las quemaduras, que no se iba nunca, como no se iba el de la carne humana quemada, muy difícil de describir, sobre todo porque, más que nada, olía a nafta, aunque detrás había algo más, inolvidable y extrañamente cálido. Pero Silvina se contuvo. Lo había visto en la calle, con otra chica. Eso, ahora, no significaba nada. Muchas mujeres trataban de no estar solas en público para no ser molestadas por la policía. Todo era distinto desde las hogueras. Hacía apenas semanas, las primeras mujeres sobrevivientes habían empezado a mostrarse. A tomar colectivos. A comprar en el supermercado. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares, con las horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos, a veces sin algunas falanges, sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruas?

Silvina visitó a María Helena en la cárcel. Al principio, ella y su madre habían temido que las otras reclusas la

atacaran, pero no, la trataban inusualmente bien. «Es que yo hablo con las chicas. Les cuento que a nosotras las mujeres siempre nos quemaron, ¡que nos quemaron durante cuatro siglos! No lo pueden creer, no sabían nada de los juicios a las brujas, ¿se dan cuenta? La educación en este país se fue a la mierda. Pero tienen interés, pobrecitas, quieren saber.»

—¿Qué quieren saber? —preguntó Silvina.

—Y, quieren saber cuándo van a parar las hogueras.

—¿Y cuándo van a parar?

—Ay, qué sé yo, hija, ¡por mí que no paren nunca! .

La sala de visitas de la cárcel era un galpón con varias mesas y tres

sillas alrededor de cada una: una para la presa, dos para las visitas. María Helena hablaba en voz baja: no confiaba en las guardias.

—Algunas chicas dicen que van a parar cuando lleguen al número de la caza de brujas de la Inquisición.

—Eso es mucho —dijo Silvina.

—Depende —intervino su madre—. Hay historiadores que hablan de cientos de miles, otros de cuarenta mil.

—Cuarenta mil es un montón —murmuró Silvina.

—En cuatro siglos no es tanto —siguió su madre.

—Había poca gente en Europa hace seis siglos, mamá.

Silvina sentía que la furia le llenaba los ojos de lágrimas.

María Helena

abrió la boca y dijo algo más, pero Silvina no la escuchó y su madre siguió y las dos mujeres conversaron en la luz enferma de la sala de visitas de la cárcel, y Silvina solamente escuchó que ellas estaban demasiado viejas, que no sobrevivirían a una quema, la infección se las llevaba en un segundo, pero Silvinita, ah, cuándo se decidirá Silvinita, sería una quemada hermosa, una verdadera flor de fuego.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**Roberto  
Fontanarrosa**  
*El loco Cansino*

Para que usted tenga una idea de qué tipo de futbolista era ese muchacho, le cuento que jugaba llorando. Pero no le digo llorando porque protestaba o porque se la pasaba quejándose a los árbitros o esas cosas que nos han dado a los argentinos la fama de llorones, no.

El Loco Cansino lloraba en serio, con lágrimas, desconsoladamente, mientras llevaba la pelota. Yo lo he visto. Parece algo digno de risa pero créame que era una cosa bastante impresionante. Cómo decirle... angustiante.

Cansino entraba a la cancha muy serio, no sé si concentrado o qué, pero usted lo veía serio, el ceño fruncido, con la vista perdida sobre el césped, parecía que no se fijaba ni en los adversarios ni en la gente que había ido a la cancha. Y le aseguro que por ese entonces iba muchísima gente a la cancha de Sparta, muchísima. Porque tenía un equipazo. Jugaban el Gringo Talamone, el Negro Oroño, Sebastián Drappo, que después fue a Racing, la Garza Olmedo, que era el arquero, y otros más que ahora escapan a mi memoria pero que ya me voy a acordar.

Pero la figura, la figura, era Cansino sin duda alguna, el Loco Cansino. Y mientras el partido iba bien, digamos, mientras no fueran perdiendo, Cansino se mostraba normal, calmo, tranquilo. Jugaba ahí, en su punta, participaba poco del juego, la pedía de vez en cuando, al estilo de los viejos punteros derechos, que no se movían de al lado de la raya. Hasta daba la impresión de ser un poco frío, de no interesarle demasiado el partido.

Pero si los rivales hacían un gol, se ponían en ventaja, ahí Cansino se ponía a llorar. No le voy a decir que se ponía a llorar de golpe, de repente. Pero era una cosa como que entraba a hacer pucheros, a aspirar aire, a

fruncir la cara, y ya la gente empezaba a prestarle más atención a él que al partido porque sabía que Cansino se iba a largar a llorar.

Era una cosa bastante dramática, permítame que le diga. Bastante dramática. "¡Aguante, Cansino! ¡No es nada, Loco, ya van a empatar, no llores!" lo alentaban desde la tribuna, porque a la gente le daba no sé qué verlo así, tan sentido. Pero se largaba a llorar nomás, como los chicos. Y le cuento que Cansino, cuando pasó por Sparta ya andaba cerca de los 30, debía ser un muchacho de 28, 29 años. Le juro que entonces, ya perdiendo uno a cero, se venía para el medio, era como que no podía esperar a que la pelota le llegase a la punta. Se venía para el medio y empezaba a conducir el juego, pero no dejaba de llorar, desconsoladamente lloraba, daba pena verlo pobre muchacho. Era algo desgarrador mirarlo correr con la pelota, levantando la cabeza para localizar a sus compañeros, saltando sobre las barridas de los rivales y llorando a moco tendido, la boca abierta, colorado por el esfuerzo, las venas del cuello hinchadas a punto de reventar.

Lo notable es que los árbitros no sabían cómo tratarlo, no hay en el reglamento ninguna regla que estipule que un jugador no puede jugar llorando. Que no pueda insultar, sí, está contemplado, o gritarle al referí, bueno, vaya y pase (o como ahora que no está permitido seguir si un jugador está sangrando), pero nunca el reglamento dijo algo sobre un jugador que llorara. Lo dejaban, entonces.

Me acuerdo que hubo un arbitro muy grandote, el Inglés Mackinson, que la primera vez que lo vio así trató de consolarlo porque él mismo, Mackinson, ya tenía los ojos enrojecidos, vidriosos.

Vio usted que hay gente que cuando ve llorar a otra persona, llora también. Paró el partido y le habló, agarrándolo de un hombro, paternalmente.

Pero no hubo caso, Cansino se contuvo un momento, tratando de aspirar hondo para cortar los sollozos; apenas reanudado el juego empezó de nuevo a puchear y enseguida volvió al llanto.

Se imagina que a la hinchada de Sparta la cosa mucho no le gustaba porque era motivo de la risa de las otras hinchadas. De las risas y de las cargadas. Si hasta llegaron a decirles "los llorones" a los hinchas de Sparta, por causa de Cansino. Por otra parte, en esos momentos era cuando Cansino, desesperado por el resultado adverso, podía conseguir los milagros más conmovedores, futbolísticamente hablando. Era ahí cuando se hacía dueño de la pelota y podía dar vuelta un resultado con una facilidad asombrosa. Gambeteaba de a cuatro, de a cinco rivales, hacía jugadas que yo, después, no he visto hacerlas a nadie, podía dar vuelta un partido él solo aunque fuera perdiendo por 3 ó 4 a 0 (cero).

Después, cuando Sparta lograba empatar, Cansino ya se calmaba. Casi ni gritaba el gol del empate, le digo. Se abrazaba con sus compañeros, eso sí, y se limpiaba los ojos con la manga de la camiseta. O con un pañuelo mugriento que siempre llevaba en la media. En ocasiones los mismos árbitros le alcanzaban un pañuelo y en una oportunidad lo vi secarse los ojos con el banderín del córner luego de lanzar el centro que determinó la paridad en el marcador.

"Escaso nivel de resistencia ante la adversidad", así me lo definió el doctor Suárez una vez que le pregunté, preocupado, por el caso de Cansino. Porque, indudablemente, como periodista deportivo del matutino "Democracia", el caso me interesaba. Consulté a Suárez, asimismo, y ya en otro orden de cosas, si había alguna condición física, alguna anomalía incluso, que generara esa capacidad que Cansino tenía para la gambeta. "A veces se presenta una distorsión congénita -recuerdo perfectamente que me dijo el doctor Suárez, médico del Sparta- que genera una apreciable diferencia entre un hemisferio del cerebro y el otro, lo que produce en el paciente una distinta captación del tiempo y el espacio. Esto, en algunos casos, motiva una distinta relación en el equilibrio, y es por eso que Cansino

puede intentar algunas cabriolas, o recuperar la vertical en una forma totalmente imposible para el resto de los mortales". Alguna explicación de ese tipo debía de haber porque era insólito lo que hacía este muchacho en la cancha. La ley de gravedad no parecía existir para él y a veces uno sospechaba que tenía un radar de esos que tienen los murciélagos dada su capacidad para no chocar contra los objetos sólidos. Pasaba entre una multitud de piernas, zigzagueando, sin tocarlas, cambiando el ángulo de su carrera a medida que lo iban bloqueando, modificando incluso su volumen corpóreo como si fuese líquido, como si fuese de mercurio, en procura de evitar los choques.

Era, por supuesto, imprevisible, y por eso le decían "El Loco". Podía arrancar, de pronto, hacia su propio arco, como si hubiese perdido el sentido de la orientación, como esas tortugas que ante explosiones atómicas han perdido la brújula genética que les indica dónde se encuentra el mar. O, de repente, llegaba hasta la línea de fondo y echaba el centro hacia el lado de afuera de la cancha, estrellándolo contra el alambrado. Para no contar las veces en que, de repente, se iba de la cancha, murmurando cosas, hablando solo, hasta meterse en el túnel.

Nadie se animaba a decirle nada porque, por sobre todas las cosas, Cansino era muy manso, muy buen muchacho, muy dócil. Le digo esto porque un par de veces yo fui a hacerle alguna entrevista a los entrenamientos y me atendió con mucha cordialidad. Pero, eso era cierto, se le notaba que no era un muchacho muy normal. O, digamos, yo ya comencé a percibir que, en él, se estaba desencadenando lo que después terminó como terminó.

La primera vez que le hice un reportaje fue acá en el centro, en el Hotel Italia, donde él paraba. Recuerdo que nos sentamos a tomar un café y me esquivaba la mirada. Otro detalle que recuerdo perfectamente, porque me impresionó mucho, fue que transpiraba. Transpiraba muchísimo, y era pleno invierno. Yo le hice una pregunta y no me contestó, no me contestó nada.

Había empezado a mirarme con cierta molesta fijeza. Pensé que no me quería contestar aquella pregunta que ya no recuerdo pero que, sin duda, era una pregunta absolutamente convencional y tonta, como

ser dónde había nacido o cosa así. Intenté entonces con otra, que tampoco me contestó. Opté por una tercera, ya francamente incómodo e inseguro: considere usted que yo era un pibe de poco más de 20 años. A la quinta pregunta, Cansino modificó un poco su postura en la silla, me señaló su oreja izquierda y me dijo: "Hábleme de este lado, porque no escucho nada con el otro oído". Yo le había estado hablando sobre el oído sordo.

De ahí en más pude hacerle la entrevista y me encontré con la sorpresa de que era un hombre muy culto. Me habló de los inconvenientes que debe superar un joven de clase trabajadora para acceder a los primeros niveles en el orden del deporte, del fino y personalizado trabajo artesanal que hay en la confección de una pelota de fútbol, del elevado porcentaje de lactosa que se encuentra en un litro de leche de vaca y de la reconstrucción de la ciudad de Constantinopla luego de haber sido destruida por la Cuarta Cruzada a los Santos Lugares.

Era un poco errático en materia de conversación, lo admito, pero muy interesante. Lo del oído lo comenté después con el doctor Suárez y él me corroboró que ese tipo de disminución auditiva influía en gran medida en el sentido del equilibrio, tema que ya habíamos tocado en relación con la gambeta. Había algo inconexo en él; debido a eso, había un quiebre del equilibrio o de la inercia que lo hacía imprevisible.

En aquel campeonato regional del año 37, gracias a Cansino, Sparta se prendió en las primeras posiciones, cosa que nunca había conseguido. Pero a medida que se acercaba la definición del campeonato, la conducta de Cansino se hizo más y más extraña. Nunca se mostró agresivo o violento, pero siempre daba la nota con algún detalle fuera de lo común o medio raro. Salía a la cancha, por ejemplo, con una toalla rodeándole el cuello, como si recién se hubiera bañado. Había referís que se la hacían quitar, otros se hacían los distraídos, pero no era un detalle que pasara desapercibido pese a que le estoy hablando de una época en que los árbitros dirigían con saco y, a veces, los arqueros usaban sombrero, pero sombrero de fieltro, funyi.

Por esa época, Cansino empezó a escuchar voces, afirmaba que escuchaba voces que le hablaban en otros idiomas. Y lo que era más raro, las escuchaba en el oído sordo. En Sparta lo tenían entre algodones,

preservándolo para la final, especialmente el ingeniero Wernicke, el presidente del club. Wernicke, muy preocupado, me decía: "Yo fui el que lo traje al club. Y cuando lo contraté sabía que le decían "El Loco", como se les dice a tantos wines derechos, pero no sabía que era loco de verdad".

Hacía bien en preocuparse Wernicke, quien además quería mucho a Cansino. En la semana previa al partido final contra Deportivo Federación, Cansino empeoró. Lo encontraron una noche caminando desnudo por las terrazas en la manzana de la pensión donde vivía. Dijo que estaba entrenando. O caminaba por calle Córdoba señalando con dedo índice hacia el cielo, vocalizando como si hablara pero sin emitir sonido. La gente no le decía nada porque lo reconocían. Lo reconocían porque andaba siempre con la camiseta de Sparta puesta, debajo del saco y la corbata.

Dos días antes del partido me enteré que lo habían llevado a un manicomio. Una cosa muy mesurada, hecha bajo cuerda para que no tomara estado público, pero con la intención de que lo trataran, lo sedaran, procurando que para el domingo estuviera bien. Un tratamiento rápido, por supuesto, de shock se diría ahora.

El sábado lo fui a ver, con una curiosidad más humana que periodística. Le estoy hablando de una época en que había menos canibalismo periodístico, no existía esa compulsión hacia los escándalos y las noticias rimbombantes. De ser así... ¿cuántos periodistas hubieran dado lo que no tenían para disponer de una primicia como la que yo sabía, revelada por el propio presidente del club?

Me fui a Oliveros, entonces, donde había por entonces, una pequeña casa de reposo, de salud. Y ahí estaba Cansino. Le habían hecho un tratamiento de electroshock que le había chamuscado casi todo el pelo. Él tenía un pelo bastante mota, renegrido y, cuando yo llegué, todavía le humeaba. Se imagina usted que, por esos años, no había un cabal conocimiento del manejo de la energía eléctrica y esos tratamientos se hacían un poco a lo bestia. Le conectaban unos alambres, le humedecían la ropa para que hubiera una mejor transmisión de la corriente y ahí le sacudían. Cuatro, cinco veces, las que fueran

necesarias. El doctor que estaba a cargo del establecimiento me dijo que también le habían suministrado unas inyecciones de láudano, tilo y mercurio, para tranquilizarlo. También me contó que indudablemente la práctica del fútbol había empeorado la disfunción mental de Cansino, aquella descoordinación entre un hemisferio cerebral y el otro, de la cual me había hablado Suárez.

"Cada vez que este muchacho va a cabecear, y cabecea -me dijo-, el cimbronazo del impacto descoloca un poco más la armonía entre un hemisferio y el otro, haciendo más grande la grieta entre ambos".

De todos modos, la verdad es que Cansino lucía tranquilo, calmo. Se paseaba entre los otros pacientes con una sonrisita por esa especie de parque que tenía la clínica. Me reconoció enseguida y fue muy cordial conmigo. Me dijo que iba a jugar al día siguiente, que estaba perfecto. Me preguntó si yo sabía idiomas, porque creía reconocer la voz mía entre las voces que solía escuchar, habiéndole en portugués. Le dije que no, que lamentablemente sólo hablaba castellano. Incluso en un rasgo de sensatez me consultó cuál sería la formación del equipo de Sportivo Federación al día siguiente, y si había llegado al país en el dirigible Hindenburg. Ahí la pifiaba feo porque Federación era un club de acá nomás, de Roldan. Pero no lo encontré mal, dentro de todo.

Al día siguiente, el domingo, fui a la cancha. Había un gentío impresionante. Era la final, creo que ya le dije. Y el Loco Cansino salió con el equipo, lo que provocó una algarabía enorme entre la hinchada de Sparta porque algo había trascendido sobre su internación y había rumores de que no iba a jugar. Humeaba un poco, todavía, o al menos así me pareció a mí, pero también es posible que haya sido ese vapor que se desprende de los jugadores cuando están transpirados por el calentamiento previo y salen al frío del invierno.

Eso sí, lo noté algo descoordinado en los movimientos. Se hizo la señal de la cruz -yo no sabía que era tan católico- tocándose la frente, un hombro, una cadera, la rodilla derecha y el otro hombro. Luego se le producía un estremecimiento facial, una contracción como la que ocurre cuando uno bebe algo muy ácido. Pero estaba bien.

La cuestión es que empezó el partido y Federación metió un gol, así nomás, de arranque. Y, por supuesto, curado o no curado, contenido o no contenido, el Loco se largó a llorar, lo que produjo la burla, la cargada, el sarcasmo de la hinchada rival que había llegado en buen número.

Era algo contradictorio porque, como ya le he contado, Cansino lloraba y metía pierna como el que más, trababa más fuerte que ninguno y gambeteaba a cuanto rival se le cruzara. Sin embargo, todo su esfuerzo fue en vano. Cerca del final del primer tiempo, Federación metió el segundo gol. Era más equipo, buscar otras explicaciones sería faltar a la verdad. Más equipo. Empieza el segundo tiempo y el Loco estaba desatado.

Lloraba y metía centros, lloraba y pateaba al arco, lloraba y eludía a los adversarios. Cerca de los 20 minutos hizo una jugada bárbara y se metió en el arco con pelota y todo: 2 a 1.

En eso, yo, que estaba agarrado al alambrado, cerca de los palcos para la prensa y las autoridades, entre el griterío de la gente escucho una sirena. Me doy vuelta y veo llegar, por detrás del estadio, una ambulancia, a toda velocidad. Enseguida entran al estadio un par de enfermeros, con el médico que yo había conocido en la casa de salud de Oliveros y se dirigen corriendo hacia el palco del ingeniero Wernicke. Me acerco, entonces, a riesgo de que me consideraran un entrometido. Y escucho que el médico le cuenta al ingeniero que Cansino había matado a uno de los pacientes de la clínica. Se suponía que lo había degollado con un vidrio durante la noche, pero había escondido el cuerpo bajo la cama de su propia habitación y los enfermeros recién lo encontraron al mediodía, cuando a Cansino ya le habían permitido volver a Rosario para jugar el partido. Según el médico, había que encerrarlo de inmediato porque era muy peligroso.

Yo vi la cara del presidente y comprendí de inmediato el intenso conflicto emocional que lo invadía en esos momentos. Cansino era fundamental para alcanzar el empate que les permitiría consagrarse campeones. Le pidió, entonces, le rogó, al médico, que le diera a Cansino diez minutos más de libertad. El médico accedió, en parte porque le gustaba el fútbol, y en parte porque estaba esperando la llegada de la policía

para dominar a Cansino.

Diez minutos después, exactamente diez minutos después, Cansino hizo otra jugada extraordinaria y le sirvió el gol al Valija Molina, un nueve grandote que era muy bruto pero que siempre la empujaba adentro. Molina hizo el gol y, automáticamente, toda la hinchada de Sparta invadió la cancha, para festejar.

Fue lo que aprovecharon la policía y los enfermeros, junto con nosotros, para correr hacia donde todos los jugadores de Sparta celebraban apilados: una decisión providencial, creo. Cuando llegamos hasta la montaña de jugadores, debajo de dos o tres de ellos, Cansino, rojo, desencajado, estaba estrangulando a Sturam, al petiso Sturam, el cuatro de su propio equipo con un alambre de enfardar.

Se le tiraron encima los enfermeros, los policías y hasta el presidente mismo para contenerlo. Después la prensa, desinformada, acusó a la policía de parcialidad manifiesta por unirse en el festejo de la conquista. Lo cierto es que, en el remolino de gente, lo agarraron a Cansino entre muchos y se lo llevaron para el túnel.

El partido no pudo reanudarse, había mucha gente dentro de la cancha y en realidad faltaban nada más que dos minutos. Entre la algarabía de la hinchada, yo escuché las sirenas de las ambulancias y de la policía alejándose. Fue la última vez que pude ver a

Cansino. El club notificó luego que lo habían vendido a Montevideo, hubo trascendidos de que se había retirado del fútbol. Pero lo cierto es que nadie supo nada más de él. Quedó como un héroe, eso sí. Vaya usted y pregunte a los viejos hinchas de Sparta por el Loco Cansino y todos se van a llenar la boca de elogios hablándole de él. Yo estuve tentado un par de veces de irme para Oliveros porque tenía la sospecha de que lo habían vuelto a encerrar allí. Pero vio cómo son estas cosas, va pasando el tiempo, uno se ocupa de otras cosas, y al final no va nunca. Pero... qué wing derecho era el Loco... Qué wing derecho.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**Mary Shelley**

*El mortal inmortal*

Día 16 de julio de 1833. Este es un aniversario memorable para mí; ¡hoy cumplo trescientos veintitrés años!

¿El judío errante...? Seguro que no. Más de dieciocho siglos han pasado por encima de su cabeza. En comparación con él, soy un inmortal muy joven.

¿Soy, entonces, inmortal? Esa es una pregunta que me he formulado a mí mismo, día y noche, desde hace trescientos tres años, y aún no conozco la respuesta. He detectado una cana entre mi pelo castaño, hoy precisamente...; eso significa con toda seguridad deterioro. Pero puede haber permanecido escondida ahí durante trescientos años...; a algunas personas se les vuelve completamente blanco el cabello antes de los veinte años de edad.

Contaré mi historia, y que el lector juzgue por mí. Al menos, así conseguiré pasar algunas horas de una larga eternidad que se me hace tan tediosa. ¡Eternamente! ¿Es eso posible? ¡Vivir eternamente! He oído de encantamientos en los cuales las víctimas son sumidas en un profundo sueño, para despertar, tras un centenar de años, tan frescas como siempre; he oído hablar de los Siete Durmientes... De modo que ser inmortal no debería ser tan opresivo para mí; pero, ¡ay!, el peso del interminable tiempo..., ¡el tedioso pasar de la procesión de las horas! ¡Qué feliz fue el legendario Nourjahad! Mas en cuanto a mí...

Todo el mundo ha oído hablar de Cornelius Agrippa. Su recuerdo es tan inmortal como su arte me ha hecho a mí. Todo el mundo ha oído hablar también de su discípulo, que, descuidadamente, dejó en libertad al espíritu maligno durante

la ausencia de su maestro y fue destruido por él. La noticia, verdadera o falsa, de este accidente le ocasionó muchos problemas al renombrado filósofo.

Todos sus discípulos le abandonaron, sus sirvientes desaparecieron... Se encontró sin nadie que fuera añadiendo carbón a sus permanentes fuegos mientras él dormía, o vigilara los cambios de color de sus medicinas mientras él estudiaba. Experimento tras experimento fracasaron, porque un par de manos eran insuficientes para completarlos; los espíritus tenebrosos se rieron de él por no ser capaz de retener a un solo mortal a su servicio.

Yo era muy joven por aquel entonces –y muy pobre–, y estaba muy enamorado. Había sido durante casi un año pupilo de Cornelius, aunque estaba ausente cuando aquel accidente tuvo lugar. A mi regreso, mis amigos me imploraron que no regresara a la morada del alquimista. Temblé cuando escuché el terrible relato que me hicieron; no necesité una segunda advertencia. Y cuando Cornelius vino y me ofreció una bolsa de oro si me quedaba bajo su techo, sentí como si el propio Satán me estuviera tentando. Mis dientes castañetearon, todo mi pelo se erizó, y eché a correr tan rápido como mis temblorosas rodillas me lo permitieron.

Mis vacilantes pies se dirigieron hacia el lugar al que durante dos años se habían sentido atraídos cada atardecer..., un agradable arroyo espumeante de cristalina agua, junto al cual paseaba una muchacha de pelo oscuro, cuyos radiantes ojos estaban fijos en el camino que yo acostumbraba a recorrer cada noche. No puedo recordar un momento en que no haya estado enamorado de Bertha; habíamos sido vecinos y compañeros de juegos desde la infancia.

Sus padres, al igual que los míos, eran humildes pero respetables, y nuestra mutua atracción había sido una fuente de placer para ellos.

En una aciaga hora, sin embargo, una fiebre maligna se llevó a la vez a su padre y a su madre, y Bertha quedó huérfana. Hubiera hallado un hogar bajo el techo de mis padres pero, desgraciadamente, la vieja dama del castillo cercano, rica, sin hijos y solitaria, declaró su intención de adoptarla. A partir de entonces Bertha se vio ataviada con sedas y viviendo en un palacio de mármol, y parecía como si hubiera sido altamente favorecida por la fortuna. No obstante, pese a su nueva situación y sus nuevas relaciones, Bertha permaneció fiel al amigo de sus días humildes. A menudo visitaba la casa de mi padre, y aun cuando tenía prohibido ir más allá, con frecuencia se dirigía paseando hacia el bosquecillo cercano y se encontraba conmigo junto a aquella umbría fuente.

Solía decir que no sentía ninguna obligación hacia su nueva protectora que pudiera igualar a la devoción que la unía a nosotros.

Sin embargo, yo seguía siendo demasiado pobre para poder casarme, y ella empezó a sentirse incomodada por el tormento que sentía en relación a mí. Tenía un espíritu noble pero impaciente, y cada vez se mostraba más irritada por los obstáculos que impedían nuestra unión. Ahora nos reuníamos tras una ausencia por mi parte, y ella se había sentido sumamente abandonada mientras yo estaba lejos.

Se quejó amargamente, y casi me reprochó el ser pobre. Yo repliqué rápidamente:

—¡Soy pobre pero honrado! Si no lo fuera, muy pronto podría ser rico.

Esta exclamación acarreó un millar de preguntas. Temí impresionarla demasiado revelándole la verdad, pero ella supo sacármela; y luego, lanzándome una mirada de desdén, dijo:

—¡Pretendes amarme, y temes enfrentarte al demonio por mí!

Protesté que solamente había temido ofenderla a ella..., mientras que ella no hacía más que hablar de la magnitud de la recompensa que yo iba a recibir. Así animado —y avergonzado por ella—, y empujado por mi amor y por la esperanza y riéndome de mis anteriores miedos, regresé a pasos rápidos y con el corazón ligero a aceptar la oferta del alquimista, e instantáneamente me vi instalado en mi puesto.

Transcurrió un año. Me vi poseedor de una suma de dinero que no era insignificante precisamente. El hábito había hecho desvanecerse mis temores. Pese a toda mi atenta vigilancia, jamás había detectado la huella de un pie hendido; ni el estudioso silencio ni nuestra morada fueron perturbados jamás por aullidos demoníacos.

Yo seguí manteniendo mis entrevistas clandestinas con Bertha, y la esperanza nació en mí... La esperanza, pero no la alegría perfecta, porque Bertha creía que amor y seguridad eran enemigos, y se complacía en dividirlos en mi pecho. Aunque de buen corazón, era en cierto modo de costumbres coquetas; y yo me sentía tan celoso como un turco. Me despreciaba de mil maneras, sin querer aceptar nunca que estaba equivocada. Me volvía loco de irritación, y luego me obligaba a pedirle perdón. A veces me reprochaba que yo no era suficientemente sumiso, y luego me contaba alguna historia de un rival, que gozaba de los favores de su protectora. Estaba rodeada constantemente por jóvenes vestidos de seda..., ricos y alegres.

¿Qué posibilidades tenía el pobremente vestido ayudante de Cornelius comparado con ellos?

En una ocasión, el filósofo exigió tanto de mi tiempo que no pude ir al encuentro de Bertha como era mi costumbre. Estaba dedicado a algún trabajo importante, y me vi obligado a quedarme, día y noche, alimentando sus hornos y vigilando sus preparaciones químicas. Mi amada me aguardó en vano junto a la fuente. Su espíritu altivo llameó ante este abandono; y cuando finalmente pude salir, robándole unos pocos minutos al tiempo que se me había concedido para dormir, y confié en ser consolado por ella, me recibió con desdén, me despidió despectivamente y afirmó que ningún hombre que no pudiera estar por ella en dos lugares a la vez poseería jamás su mano. ¡Se desquitaría de aquello! Y realmente lo hizo.

En mi sucio retiro oí que había estado cazando, escoltada por Albert Hoffer. Albert Hoffer era uno de los favorecidos por su protectora, y los tres pasaron cabalgando junto a mi ahumada ventana.

Me parece que mencionaron mi nombre; fue seguido por una carcajada de burla, mientras los oscuros ojos de ella miraban desdeñosos hacia mi morada.

Los celos, con todo su veneno y toda su miseria, penetraron en mi pecho. Derramé un torrente de lágrimas, pensando que nunca podría proclamarla mía; y luego maldecí un millar de veces su inconstancia. Pero mientras tanto, seguí avivando los fuegos del alquimista, seguí vigilando los cambios de sus incomprensibles medicinas.

Cornelius había estado vigilando también durante tres días y

tres noches, sin cerrar los ojos. Los progresos de sus alambiques eran más lentos de lo que esperaba; pese a su ansiedad, el sueño pesaba sobre sus ojos. Una y otra vez arrojaba la somnolencia lejos de sí, con una energía más que humana; una y otra vez obligaba a sus sentidos a permanecer alertas. Contemplaba sus crisoles anhelosamente.

—Aún no están a punto —murmuraba—. ¿Deberá pasar otra noche antes de que el trabajo esté realizado? Winzy, tú sabes estar atento, eres constante... Además, la noche pasada dormiste. Observa esa redoma de cristal. El líquido que contiene es de un color rosa suave; en el momento en que empiece a cambiar de aspecto, despiértame... Hasta entonces podré cerrar un momento los ojos.

Primero debe volverse blanco, y luego emitir destellos dorados; pero no aguardes hasta entonces; cuando el color rosa empiece a palidecer, despiértame.

Apenas oí las últimas palabras, murmuradas casi en medio del sueño. Sin embargo, dijo aún:

—Y Winzy, muchacho, no toques la redoma... No te la lleses a los labios; es un filtro..., un filtro para curar el amor. No querrás dejar de amar a tu Bertha... ¡Cuidado, no bebas!

Y se durmió. Su venerable cabeza se hundió en su pecho, y yo apenas oí su regular respiración. Durante unos minutos observé las redomas...; la apariencia rosada del líquido permanecía inamovible.

Luego mis pensamientos empezaron a divagar... Visitaron la fuente, y se recrearon en un millar de agradables escenas que ya nunca volverían... ¡Nunca! Serpientes y víboras anidaron en mi cabeza mientras la palabra “¡Nunca!” se semiformaba en mis labios. ¡Mujer falsa! ¡Falsa y cruel! Nunca me sonreiría a mí como aquella tarde le había sonreído a Albert. ¡Mujer despreciable y ruin! No me quedaría sin vengarme... Haría

que viera a Albert expirar a sus pies; ella no era digna de morir a mis manos. Había sonreído desdeñosa y triunfante... Conocía mi miseria y su poder. Pero ¿qué poder tenía?... El poder de excitar mi odio, todo mi desprecio, mi... ¡Todo menos mi indiferencia! Si pudiera lograr eso..., si pudiera mirarla con ojos indiferentes, transferir mi rechazado amor a otro más real y merecido... ¡Eso sería una auténtica victoria!

Un resplandor llameó ante mis ojos. Había olvidado la medicina del adepto. La contemplé maravillado: destellos de admirable belleza, más brillantes que los que emite el diamante cuando los rayos del sol penetran en él, resplandecían en la superficie del líquido; un olor de entre los más fragantes y agradables inundó mis sentidos. La redoma parecía un globo de viviente radiación, precioso a los ojos, invitando a ser probado. El primer pensamiento, inspirado instintivamente por mis más bajos sentidos, fue: “lo haré..., debo beber”.

Alcé la redoma hacia mis labios. “Eso me curará del amor..., ¡de la tortura!” Llevaba bebida ya la mitad del más delicioso licor que jamás hubiera probado, paladar de hombre alguno cuando el filósofo se agitó. Me sobresalté y dejé caer la redoma... El fluido se extendió llameando por el suelo, mientras sentía que Cornelius aferraba mi garganta y chillaba:

—¡Infeliz! ¡Has destruido la labor de mi vida!

Cornelius no se había dado cuenta de que yo había bebido una parte de su droga. Tenía la impresión, y yo me apresuré a confirmarla, de que yo había alzado la redoma por curiosidad y que, asustado por su brillo y el llamear de su intensa luz, la había dejado caer. Nunca le dejé entrever lo contrario. El fuego de la medicina se apagó, la fragancia murió... y él se calmó, como debe hacer un filósofo ante las más duras pruebas, y me envió a descansar.

No intentaré describir los sueños de gloria y felicidad que bañaron mi alma en el paraíso durante las restantes horas de aquella memorable noche. Las palabras serían pálidas y triviales para describir mi alegría, o la exaltación que me poseía cuando me desperté.

Flotaba en el aire..., mis pensamientos estaban en los cielos. La tierra parecía ser el mismo cielo, y mi herencia era una completa felicidad. “Eso representa el

sentirme curado del amor —pensé—. Veré a Bertha hoy, y ella descubrirá a su amante frío y despreocupado; demasiado feliz para mostrarse desdeñoso, ¡pero cuán absolutamente indiferente hacia ella!”.

Pasaron las horas. El filósofo, seguro de haber triunfado una vez, y creyendo que lo conseguiría de nuevo, empezó a preparar una vez más la misma medicina. Se encerró con sus libros y potingues, y yo tuve el día libre. Me vestí con todo cuidado; me miré en un escudo viejo pero pulido, que me sirvió de espejo; me pareció que mi buen aspecto había mejorado extraordinariamente. Me precipité más allá de los límites de la ciudad, la alegría en el alma, las bellezas del cielo y de la tierra rodeándome. Dirigí mis pasos hacia el castillo. Podía mirar sus altivas torres con el corazón ligero, porque estaba curado del amor. Mi Bertha me vio desde lejos, mientras subía por la avenida. No sé qué súbito impulso animó su pecho, pero al

verme saltó como un corzo bajando las escalinatas de mármol y echó a correr hacia mí. Pero yo había sido visto también por otra persona. La bruja de alta cuna, que se llamaba a sí misma su protectora y que en realidad era su tirana, también me había divisado. Renqueó, jadeante, hacia la terraza. Un paje, tan feo como ella, echó a correr tras su ama, abanicándola mientras la arpía se apresuraba y detenía a mi hermosa muchacha con un:

—¿Dónde va mi imprudente señorita? ¿Dónde tan aprisa? ¡Vuelve a tu jaula..., ahí delante hay halcones!

Bertha se apretó las manos, los ojos clavados aún en mi figura que se aproximaba. Vi su lucha consigo misma. Cómo odié a la vieja bruja que refrenaba los gentiles impulsos del blando corazón de mi Bertha. Hasta entonces, el respeto a su rango social había hecho que evitara a la dama del castillo; ahora desdeñé una tan trivial consideración. Estaba curado del amor, y elevado más allá de todos los temores humanos; me apresuré hacia delante, y pronto alcancé la terraza. ¡Qué encantadora estaba Bertha! Sus ojos llameaban; sus mejillas resplandecían con impaciencia y rabia; estaba un millar de veces más graciosa y atractiva que nunca. Ya no la amaba..., ¡oh, no! La adoraba..., la reverenciaba..., ¡la idolatraba!

Aquella mañana había sido perseguida, con más vehemencia de lo habitual, para que consintiera en un matrimonio inmediato con mi rival.

Se le reprocharon los ánimos y las esperanzas que había dado, se la amenazó con ser arrojada de casa vergonzosamente y en desgracia. Su orgulloso espíritu se alzó en armas ante la amenaza; pero cuando recordó el desprecio

que había exhibido ante mí, y cómo, quizás, había perdido con ello al que consideraba como a su único amigo, lloró de remordimiento y rabia. Y en aquel momento aparecí yo.

—¡Oh, Winzy! —exclamó—. Llévame a casa de tu madre; hazme abandonar rápidamente los detestables lujos y la ruindad de esta noble morada...; devuélveme a la pobreza y a la felicidad.

La abracé fuertemente, sintiéndome transportado. La vieja dama estaba sin habla por la furia, y sólo prorrumpió en invectivas cuando ya nos hallábamos lejos en nuestra calle, camino de mi casa natal. Mi madre recibió a la hermosa fugitiva, escapada de una jaula dorada a la naturaleza y a la libertad, con ternura y alegría; mi padre, que la amaba, la recibió de todo corazón. Fue un día de regocijo, que no necesitó de la adición de la poción celestial del alquimista para llenarme de dicha.

Poco después de aquel día memorable me convertí en el esposo de Bertha. Dejé de ser el ayudante de Cornelius, pero continué siendo su amigo. Siempre me sentí agradecido hacia él por haberme procurado, inconscientemente, aquel delicioso trago de un elixir divino que, en vez de curarme del amor (¡triste cura!, solitario remedio carente de alegría para maldiciones que parecen bendiciones al recuerdo), me había inspirado valor y resolución, trayéndome el premio de un tesoro inestimable en la persona de mi Bertha.

A menudo he recordado con maravilla ese período de trance parecido a la embriaguez. La pócima de Cornelius no había cumplido con la tarea para la cual afirmaba él que había sido

preparada, pero sus efectos habían sido más poderosos y felices de lo que las palabras pueden expresar. Se fueron desvaneciendo gradualmente, pero permanecieron largo tiempo... y colorearon mi vida con matices de esplendor. A menudo Bertha se maravillaba de mi radiante corazón y de mi constante alegría porque, antes, yo había sido de carácter más bien serio, incluso triste. Me amaba aún más por mi

—¡He aquí la vanidad de los anhelos humanos! —dijo, con una voz rota que parecía surgir de sus entrañas—. Mis esperanzas estaban a punto de verse coronadas por segunda vez, y por segunda vez se ven destruidas. Mira esa pócima... Recuerda que hace cinco años la preparé también, con idéntico éxito. Entonces, como ahora, mis sedientos labios esperaban saborear el elixir inmortal... ¡Tú me lo arrebataste! Y ahora ya es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad, y se dejó caer sobre la almohada. No pude evitar el decir:

—¿Cómo, reverenciado maestro, puede una cura para el amor restaurar vuestra vida?

Una débil sonrisa revoloteó en su rostro, mientras yo escuchaba intensamente su apenas inteligible respuesta.

—Una cura para el amor y para todas las cosas... El elixir de la inmortalidad. ¡Ah! ¡Si ahora pudiera beberlo, viviría eternamente!

Mientras hablaba, un relampagueo dorado brotó del fluido y una fragancia que yo recordaba muy bien se extendió por los aires.

Cornelius se alzó, débil como estaba; las fuerzas parecieron volver a él milagrosamente. Tendió su mano hacia delante... Entonces, una fuerte explosión me sobresaltó, un rayo de fuego brotó del elixir... ¡y la redoma de cristal que lo contenía quedó reducida a átomos! Volví mis ojos hacia el filósofo. Se había derrumbado hacia atrás. Sus ojos eran vidriosos, sus rasgos estaban rígidos... ¡Había muerto!

¡Pero yo vivía, e iba a vivir eternamente! Así había dicho el infortunado alquimista, y durante unos días creí en sus palabras.

Recordé la gloriosa intoxicación que había seguido a mi subrepticio beber. Reflexioné sobre el cambio que había sentido en mi cuerpo, en mi alma. La ligera elasticidad del primero, el luminoso vigor de la segunda. Me observé en un espejo, y no pude percibir ningún cambio en mis rasgos tras los cinco años transcurridos. Recordé el radiante color y el agradable aroma

de aquel delicioso brebaje, el valioso don que era capaz de conferir... Entonces, ¡era inmortal!

Pocos días más tarde me reía de mi credulidad. El viejo proverbio de que "nadie es profeta en su tierra" era cierto con respecto a mí y a mi difunto maestro. Lo apreciaba como hombre, lo respetaba como sabio, pero

me burlaba de la idea de que pudiera mandar sobre los poderes de las tinieblas, y me reía de los supersticiosos temores con los que era mirado por el vulgo. Era un filósofo juicioso, pero no tenía tratos con ningún espíritu excepto aquellos revestidos de carne y huesos. Su ciencia era simplemente humana; y la ciencia humana, me persuadí muy pronto, nunca podrá conquistar las leyes de la naturaleza hasta tal punto que logre aprisionar eternamente el alma dentro de un habitáculo carnal. Cornelius había obtenido una bebida que refrescaba y aligeraba el alma; algo más embriagador que el vino, mucho más dulce y fragante que cualquier fruta. Probablemente poseía fuertes poderes medicinales, impartiendo ligereza al corazón y vigor a los miembros; pero sus efectos terminaban desapareciendo; ya no debían de existir siquiera en mi organismo. Era un hombre afortunado que había bebido un sorbo de salud y de alegría de espíritu, y quizá también de larga vida, de manos de mi maestro; pero mi buena suerte terminaba ahí: la longevidad era algo muy distinto de la inmortalidad.

Continué con esta creencia durante varios años. A veces un pensamiento cruzaba furtivamente por mi cabeza... ¿Estaba realmente equivocado el alquimista? Sin embargo, mi creencia habitual era que seguiría la suerte de todos los hijos de Adán a

su debido tiempo. Un poco más tarde quizá, pero siempre a una edad natural.

No obstante, era innegable que mantenía un sorprendente aspecto juvenil. Me reía de mi propia vanidad consultando muy a menudo el espejo. Pero lo consultaba en vano; mi frente estaba libre de arrugas, mis mejillas, mis ojos..., toda mi persona continuaba tan lozana como en mi vigésimo cumpleaños.

Me sentía turbado. Miraba la marchita belleza de Bertha... Yo parecía más bien su hijo. Poco a poco, nuestros vecinos comenzaron a hacer similares observaciones, y al final descubrí que empezaban a llamarme "el discípulo embrujado". La propia Berta empezó a mostrarse inquieta. Se volvió celosa e irritable, y al poco tiempo empezó a hacerme preguntas. No teníamos hijos; éramos totalmente el uno para el otro. Y pese a que, al ir haciéndose más vieja, su espíritu vivaz se volvió un poco propenso al mal genio y su belleza disminuyó un tanto, yo la seguía

amando con todo mi corazón como a la muchachita a la que había idolatrado, la esposa que siempre había anhelado y que había conseguido con un tan perfecto amor.

Finalmente, nuestra situación se hizo intolerable: Bertha tenía cincuenta años..., yo veinte. Yo había adoptado en cierta medida, y no sin algo de vergüenza, las costumbres de una edad más avanzada. Ya no me mezclaba en el baile entre los jóvenes, pero mi corazón saltaba con ellos mientras contenía mis pies. Y empecé a tener una cierta mala fama entre los viejos de nuestro pueblo. Las cosas fueron deteriorándose. Éramos evitados por todos. Se dijo de nosotros —de mí al menos— que habíamos hecho un trato inicuo con alguno de los supuestos amigos de mi anterior maestro. La pobre Bertha era objeto de piedad, pero evitada. Yo era mirado con horror y aborrecimiento.

¿Qué podíamos hacer? Permanecer sentados junto a nuestro fuego... La pobreza se había instalado con nosotros, ya que nadie quería los productos de mi granja; y a menudo me veía obligado a viajar veinte millas, hasta algún lugar donde no fuera conocido, para vender mis cosechas. Sí, es cierto, habíamos ahorrado algo para los malos días..., y esos días habían llegado.

Permanecíamos sentados solos junto al fuego, el joven de viejo corazón y su envejecida esposa. De nuevo Bertha insistió en conocer la verdad; recapituló todo lo que había oído decir de mí, y añadió sus propias observaciones. Me conjuró a que le revelara el hechizo; describió cómo me quedarían mejor unas sienes plateadas que el color castaño de mi pelo; disertó acerca de la reverencia y el respeto que proporcionaba la edad... y lo preferible que eran a las distraídas miradas que se les dirigía a los niños. ¿Acaso imaginaba que los despreciables dones de la juventud y buena apariencia superaban la desgracia, el odio y el desprecio? No, al final sería quemado como traficante en artes negras, mientras que ella, a quien ni siquiera me había dignado comunicarle la menor porción de mi buena fortuna, sería lapidada como mi cómplice. Finalmente, insinuó que debía compartir mi secreto con ella y concederle los beneficios de los que yo gozaba, o se vería obligada a denunciarme..., y entonces estalló en llanto.

Así acorralado, me pareció que lo mejor era decirle la verdad.

Se la revelé tan tiernamente como me fue posible, y hablé tan sólo de una muy larga vida, no de inmortalidad..., concepto que, de hecho, coincidía mejor con mis propias ideas. Cuando terminé, me levanté y dije:

—Y ahora, mi querida Bertha, ¿denunciarás al amante de tu juventud? No lo harás, lo sé. Pero es demasiado duro, mi pobre esposa, que tengas que sufrir a causa de mi aciaga suerte y de las detestables artes de Cornelius. Me marcharé. Tienes buena salud, y amigos con los que ir en mi ausencia. Sí, me iré: joven como parezco, y fuerte como soy, puedo trabajar y ganarme el pan entre desconocidos, sin que nadie sepa ni sospeche nada de mí. Te amé en tu juventud. Dios es testigo de que no te abandonaré en tu vejez, pero tu seguridad y tu felicidad requieren que ahora haga esto.

Tomé mi gorra y me dirigí hacia la puerta; en un momento los brazos de Bertha rodeaban mi cuello, y sus labios se apretaban contra los míos.

—No, esposo mío, mi Winzy —dijo—. No te irás solo... Llévame contigo; nos marcharemos de este lugar y, como tú dices, entre desconocidos estaremos seguros sin que nadie sospeche de nosotros. No soy tan vieja todavía como para avergonzarte, mi Winzy; y me atrevería a decir que el encantamiento desaparecerá pronto y, con la bendición de Dios, empezarás a parecer más viejo, como corresponde. No debes abandonarme.

Le devolví de todo corazón su generoso abrazo.

—No lo haré, Bertha mía; pero por tu bien no debería pensar así. Seré tu fiel y dedicado esposo mientras estés conmigo, y cumpliré con mi deber contigo hasta el final. Al día siguiente nos preparamos en secreto para nuestra emigración. Nos vimos obligados a hacer grandes sacrificios pecuniarios, era inevitable. De todos modos, conseguimos al fin reunir una suma suficiente como para al menos mantenernos mientras Bertha viviera. Y sin decirle adiós a nadie, abandonamos nuestra región natal para buscar refugio en un remoto lugar del oeste de Francia.

Resultó cruel arrancar a la pobre Bertha de su pueblo natal, de todos los amigos de su juventud, para llevarla a un nuevo país, un nuevo lenguaje, unas nuevas

costumbres. El extraño secreto de mi destino hizo que yo ni siquiera me diera cuenta de ese cambio; pero la compadecí profundamente, y me alegró el darme cuenta de que ella hallaba alguna compensación a su infortunio en una serie de pequeñas y ridículas circunstancias. Lejos de toda murmuración, buscó disminuir la aparente disparidad de nuestras edades a través de un millar de artes femeninas: rojo de labios, trajes juveniles y la adopción de una serie de actitudes desacordes con su edad. No podía irritarme por eso. ¿No llevaba yo mismo una máscara? ¿Para qué pelearme con ella, sólo porque tenía menos éxito que yo? Me apené profundamente cuando recordé que esa remilgada y celosa vieja de sonrisa tonta era mi Bertha, aquella muchachita de pelo y ojos oscuros, con una sonrisa de encantadora picardía y un andar de corzo, a la que tan tiernamente había amado y a la que había conseguido con un tal arrebató. Hubiera debido

reverenciar sus grises cabellos y sus arrugadas mejillas. Hubiera debido hacerlo; pero no lo hice, y ahora deploro esa debilidad humana.

Sus celos estaban siempre presentes. Su principal ocupación era intentar descubrir que, pese a las apariencias externas, yo también estaba envejeciendo. Creo verdaderamente que aquella pobre alma me amaba de corazón, pero nunca hubo mujer tan atormentada sobre cómo desplegar en mí toda su atención. Hubiera querido discernir arrugas en mi rostro y decrepitud en mi andar, mientras que yo desplegaba un vigor cada vez mayor, con una juventud por debajo de los veinte años. Nunca me atreví a dirigirme a otra mujer. En una ocasión, creyendo que la belleza del pueblo me miraba con buenos ojos, me compró una peluca gris. Su constante conversación entre sus amistades era que yo, aunque parecía tan joven, estaba hecho una ruina; y afirmaba que el peor síntoma era mi aparente salud. Mi juventud era una enfermedad, decía, y yo debía estar preparado en cualquier momento, sino para una repentina y horrible muerte, sí al menos para despertarme cualquier mañana con la cabeza completamente blanca y encorvado, con todas las señales de la senectud. Yo la dejaba hablar... y a menudo incluso me unía a ella en sus conjeturas. Sus advertencias hacían coro con mis interminables especulaciones relativas a mi estado, y me tomaba un enorme y doloroso interés en escuchar todo

aquello que su rápido ingenio y excitada imaginación podían decir al respecto.

¿Para qué extenderse en todos estos pequeños detalles? Vivimos así durante largos años. Bertha se quedó postrada en

cama y paralítica; la cuidé como una madre cuidaría a un hijo. Se volvió cada vez más irritable, y aún seguía insistiendo en lo mismo, en cuánto tiempo la sobreviviría. Seguí cumpliendo escrupulosamente, pese a todo, con mis deberes hacia ella, lo cual fue una fuente de consuelo para mí. Había sido mía en su juventud, era mía en su vejez; y al final, cuando arrojé la primera paletada de tierra sobre su cadáver, me eché a llorar, sintiendo que había perdido todo lo que realmente me ataba a la humanidad.

Desde entonces, ¡cuántas han sido mis preocupaciones y pesares, cuan pocas y vacías mis alegrías! Detengo aquí mi historia, no la proseguiré más. Un marinero sin timón ni compás, lanzado a un mar tormentoso, un viajero perdido en un páramo interminable, sin indicador ni mojón que lo guíe a ninguna parte..., eso he sido yo; más perdido, más desesperanzado que nadie. Una nave acercándose, un destello de un faro lejano, podrían salvarme; pero no tengo más guía que la esperanza de la muerte.

¡La muerte! ¡Misteriosa, hosca amiga de la frágil humanidad!

¿Por qué, único entre todos los mortales, me has arrojado a mí fuera de tu acogedor manto? ¡Oh, la paz de la tumba! ¡El profundo silencio del sepulcro revestido de hierro! ¡Los pensamientos dejarían por fin de martillar en mi cerebro, y mi corazón ya no latiría más con emociones que sólo saben adoptar nuevas formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que el brebaje del alquimista estuviera cargado con longevidad más que con vida eterna? Tal es mi esperanza. Y además, debo recordar que sólo bebí la mitad de la poción preparada para él. ¿Acaso no era necesaria la totalidad para completar el encantamiento? Haber bebido la mitad del elixir de la inmortalidad es convertirse en semi inmortal...; mi eternidad está pues truncada.

Pero, de nuevo, ¿cuál es el número de años de media eternidad? A menudo intento imaginar si lo que rige el

infinito puede ser dividido. A veces, creo descubrir la vejez avanzar sobre mí. He descubierto una cana. ¡Estúpido! ¿Debo lamentarme? Sí, el miedo a la vejez y a la muerte repta a menudo fríamente hasta mi corazón, y cuanto más vivo más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Ése es el enigma del hombre, nacido para perecer, cuando lucha, como hago yo, contra las leyes establecidas de su naturaleza.

Pero seguramente moriré a causa de esta anomalía de los sentimientos; la medicina del alquimista no debe de proteger contra el fuego, la espada y las asfixiantes aguas. He contemplado las azules profundidades de muchos lagos apacibles, y el tumultuoso discurrir de numerosos ríos caudalosos, y me he dicho: la paz habita en estas aguas. Sin embargo, he guiado mis pasos lejos de ellos, para vivir otro día más. Me he preguntado a mí mismo si el suicidio es un crimen en alguien para quien constituye la única posibilidad de abrir la puerta al otro mundo. Lo he hecho todo, excepto presentarme voluntario como soldado o duelista, pues no deseo destruir a mis semejantes. Pero no, ellos no son mis semejantes. El inextinguible poder de la vida en mi cuerpo y su efímera existencia nos alejan tanto como lo están los dos polos de la Tierra. No podría alzar una mano contra el más débil ni el más poderoso de entre ellos.

Así he seguido viviendo año tras año... Solo, y cansado de mí mismo. Deseoso de morir, pero no muriendo nunca. Un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia pueden entrar en mi mente, y el ardiente amor que roe mi corazón jamás me será devuelto; nunca encontraré a un igual con quien compartirlo. La vida sólo está aquí para atormentarme.

Hoy he concebido una forma por la que quizá todo pueda terminar sin matarme a mí mismo, sin convertir a otro hombre en un Caín... Una expedición en la que ningún ser mortal pueda nunca sobrevivir, aun revestido con la juventud y la fortaleza que anidan en mí. Así podré poner mi inmortalidad a prueba y descansar para siempre... o regresar, como la maravilla y el benefactor de la especie humana. A

ntes de marchar, una miserable vanidad ha hecho que escriba estas páginas. No quiero morir sin dejar ningún nombre detrás. Han pasado tres siglos desde que bebí el brebaje fatal; no transcurrirá otro año antes de que,

enfrentándome a gigantescos peligros, luchando con los poderes del hielo en su propio campo, acosado por el hambre, la fatiga y las tormentas, rinda este cuerpo, una prisión demasiado tenaz para un alma que suspira por la libertad, a los elementos destructivos del aire y el agua. O, si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Y una vez terminada mi tarea, deberé adoptar medios más drásticos.

Esparciendo y aniquilando los átomos que componen mi ser, dejaré en libertad la vida que hay aprisionada en él, tan cruelmente impedida de remontarse por encima de esta sombría tierra, a una esfera más compatible con su esencia inmortal.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO



**Sir Arthur Conan  
Doyle**  
*El señor de  
Falconbridge  
(1909)*

Tom Cribbe, el campeón de Inglaterra, finalizó su carrera activa luego de los dos famosos combates con el terrible Molineux, entonces, abrió una posada conocida como Union Arms, en la esquina de la calle Pantón, en Haymarket. Detrás de la barra, una cortina de paño verde daba paso a un gran salón con las paredes tapizadas de rojo, profusamente adornado con grabados y trofeos —copas y cinturones— que el famoso boxeador había atesorado a lo largo de su victoriosa carrera. En esta cómoda habitación, los miembros de los Corinthians acostumbraban reunirse a beber los excelentes vinos de Cribb y a conversar sobre fútbol: además de seguir las alternativas de los partidos que se estaban jugando, discutían sobre viejos partidos o apostaban sobre los que vendrían. Allí también llegaban otros boxeadores como él, especialmente aquellos que pasaban por momentos difíciles o estaban en la indigencia, porque la generosidad del Campeón era proverbial. Las puertas de su posada estaban siempre abiertas para cualquier boxeador que necesitara una palabra de aliento o una buena comida. En la mañana en cuestión —25 de agosto de 1818— sólo había dos hombres en esta acogedora habitación. Uno de ellos era Cribbs, algo rollizo después de siete años sin el entrenamiento diario. Desde la última pelea, no había vuelto a correr los sesenta y cuatro kilómetros que recorría a diario con el capitán Barclay por los caminos de los Highlands. Era un hombre alto, de cuerpo ancho y entrado en carnes y casi ciento veinte kilos de peso. Sin embargo, su rostro tosco y prominente y sus ojos leoninos demostraban que el espíritu del boxeador seguía prevaleciendo sobre la gordura del posadero. El reloj no daba todavía las once, pero ya tenía un gran jarro de cerveza amarga frente a él, mientras cortaba un rollo de

tabaco negro en rodajas y lo deshacía con sus dedos callosos. A pesar de la ferocidad demostrada en los combates, su aspecto reflejaba lo que era: un hombre bondadoso, alegre y de buen corazón y un comerciante próspero, decente y respetuoso de las leyes. El hombre que lo acompañaba lucía un semblante bien diferente porque estaba en dificultades. Era unos quince años más joven que el campeón, alto y bien formado; su enérgica expresión y sus anchos hombros reflejaban algo de la belleza varonil que había distinguido a Cribb en sus mejores años.

Cualquiera que lo observara, podía reconocer en él a un boxeador de profesión y, considerando su metro ochenta de estatura, sus ochenta y dos kilos de peso, sus sólidos músculos y su armoniosa contextura, cualquier conocedor de boxeo debía admitir que había comenzado su carrera con una ventaja que, sólo con una pizca de empuje y bravura, debía llevarlo muy lejos. Tom Winter, o Spring como hacía llamarse, había llegado de su Herefordshire natal con un interesante récord de triunfos locales, entre los que se contaban las victorias sobre dos formidables pesos pesados de Londres. Tres semanas antes, empero, había sido derrotado por el famoso Painter y ese revés pesaba enormemente en su ánimo. —¡Ánimo, muchacho! —le dijo el campeón, mirando la desconsolada imagen de su acompañante—. No lo tomes tan a pecho, Tom. El joven refunfuñó pero no dijo palabra. —Otros han sido derrotados antes que tú y llegaron a ser campeones de Inglaterra, como yo. En 1805 perdí con George Nicholls en Broadwater. Sin embargo, seguí adelante y aquí estoy. Cuando el gran Black vino de Norteamérica, no fue a buscar a George Nicholls sino a mí. No te des por vencido, porque estoy seguro que vas a seguir mis pasos Tom Spring sacudió la cabeza. —Imposible, papá, porque

para lograrlo tendría que pelear contigo. —No puedo retener el título para siempre, Tom. Es totalmente irrazonable. El año que viene voy a exponer el título en el Fives Courts de Londres y me gustaría que fueras tú quien lo gane. Yo ya no puedo entrenarme para una pelea así. Mis días de boxeo han terminado.

— Como quieras, papá, pero no voy a pelear hasta que hayas dado un paso al costado por decisión propia. Después, se verá.

— Bueno, Tom, puedes tomar un descanso y esperar tu oportunidad. Mientras tanto, aquí siempre encontrarás un plato de comida y una cama donde dormir. Spring golpeó su puño contra la rodilla.

— ¡Lo sé, papá! Desde que llegué de Fownthorpe has sido un buen padre para mí. — Sé reconocer un ganador cuando lo veo. — ¡Vaya ganador! Derrotado por Ned Painter en cuarenta asaltos. — Pero tú lo habías vencido primero. — Y te juro que le voy a ganar otra vez. — Seguro, muchacho. George Nicholls nunca me dio otra oportunidad. No era ningún tonto. Con el dinero de la pelea compró una carnicería. en Bristol y ahí sigue hasta el día de hoy. —Yo voy a volver a pelear con Painter, pero ahora no tengo ni medio chelín y mis promotores ya no me tienen fe. Si no fuera por ti, estaría durmiendo en la calle.

— ¿No te queda nada, Tom? —Ni para pagar una comida. Dejé hasta mi último penique, y mi buen nombre también, en el ring de Kingston. Y así seguiré, a menos que aparezca otra pelea. Tengo que conseguir un promotor. — ¡Vamos, hombre! La gente que te conoce te va a apoyar, porque eres el número uno, a pesar de Ned Painter. Pero hay otras maneras de ganar dinero. Esta mañana vino una señora preguntando por ti. No era una mujerzuela, sino una persona distinguida, una verdadera dama. El coche que la trajo tenía una corona de la nobleza. —¿Una dama preguntó por mí? El joven se puso de pie. Estaba sorprendido pero también un poco aterrorizado. ¿No estarás sugiriendo...? — No te estoy sugiriendo nada deshonesto, muchacho. Puedes estar seguro de ello. —Tú dijiste que podía ganar dinero. —Y tal vez te alcance para salir de esta situación. Debe ser por algún asunto relacionado con el boxeo. Ella quería saber tu altura, tu peso y qué opinaba yo sobre tus posibilidades. Te aseguro que mis respuestas te dejaron bien parado. —¿No estará tratando de arreglar una pelea?

—Bueno, parecía saber mucho de boxeo. Me preguntó también por George Cooper, por Richmond, el Negro, y por Tom Oliver, pero en realidad tú eres quien le interesa. Quería saber si eres el mejor y, sobre todo, si eres digno de confianza. ¡Créeme, Tom! Ni el mismísimo arcángel se compara con la descripción que le hice de ti. El empleado de la barra se asomó por la cortina.

—Disculpe, señor Cribb, el carruaje de la señora ha regresado. El Campeón dejó su larga pipa de arcilla. — ¡Ven conmigo! —dijo, tomando al joven del brazo y conduciéndolo hacia la ventana lateral—. ¡Mira, allí! ¿Alguna vez viste un carruaje más extravagante? ¡Mira los caballos! Esos bayos deben costar doscientas guineas cada uno. Y con cochero y lacayo. No es común ver algo así.

Ahí está ella bajando del carruaje. Espera aquí, muchacho, que primero voy a darle la bienvenida. Tom Cribb salió apresuradamente y el joven Spring permaneció junto a la ventana, dando golpecitos nerviosos en el vidrio. Él era un muchacho de campo, algo simplón y poco conocedor de las mujeres. Por eso, tenía mucho temor de caer en alguna de las trampas de la gran ciudad que siempre pescan desprevenidos a los muchachos como él. Se rumoreaban muchas historias de boxeadores que habían sucumbido ante una mujer adinerada y luego habían sido abandonados por ellas, como ocurrió con los gladiadores durante la decadencia de Roma. La desconfianza y la inquietud se apoderaron de él cuando esta mujer esbelta, cubierta con un velo, entró en la habitación. Sin embargo, la tensión cedió un poco cuando observó la robusta silueta de Tom Cribb caminando justo detrás de ella. La entrevista no sería privada, afortunadamente. Cuando la puerta se cerró, la señora se quitó los guantes con el único propósito de mostrar sus manos relucientes de diamantes. Luego, se quitó el velo y lo dobló delicadamente. Finalmente, giró su cabeza para mirar a Spring. —¿Éste es su hombre? — preguntó ella. Permanecieron de pie, estudiándose con mutuo interés y sintiendo cómo crecía una mutua y calurosa admiración. Ella tenía delante de sí a un joven de lo más refinado que puede encontrarse en Inglaterra, de mejillas sonrosadas y un modo tímido y mesurado que lo hacían muy atractivo. Él, por su parte, observaba a una mujer treintañera, alta, morena, con un aire regio y arrogante y un bonito rostro, cuyas líneas y rasgos

hablaban del orgullo y la casta de las personas nacidas en las cortes. Si bien podía adivinarse un fuerte instinto de autoridad, tenía los modales de una mujer delicada, lo que le permitía atemperar y disimular la firmeza de su espíritu. Mientras la miraba, Tom Spring pensó que nunca —ni en sueños— había visto a una mujer tan hermosa como ella, pero no podía librarse de esa sensación que lo alentaba a no bajar la guardia. Una hermosa mujer, sin duda, con un rostro increíblemente bello. Pero, ¿cuánto había de bueno, de noble o de auténtico en ella? Una extraña repulsión subconsciente se mezclaba con la admiración que le despertaba su encanto. La dama, por su lado, ya había dejado de evaluar al hombre como tal y lo estudiaba con ojos críticos, como si fuera una máquina destinada a un propósito específico.

— Es un placer conocerlo —señor..., señor Spring —dijo ella, observándolo con la parsimonia de un comerciante que está por comprar un caballo—. No es tan alto como me dio a entender, señor Cribb. Usted dijo un metro ochenta, ¿no es así?

—Efectivamente, señora, aunque no lo parezca. Sólo los tallos de las habichuelas se ven altos. Mire, yo también mido un metro ochenta y nuestras cabezas están al mismo nivel, aunque mi cuerpo está un poco fofo. —¿Y la medida del tórax? —Un metro diez, señora.

— Por cierto, en apariencia eres muy fuerte y espero que también muy atrevido. El joven Spring se encogió de hombros. — No soy yo quien debe decirlo, señora.

— Yo puedo dar fe de ello, señora —dijo Cribb—. Tenga el Sporting Chronicle de hace tres semanas. Lea usted misma cómo enfrentó a Ned Painter hasta perder el sentido. Yo estuve a su lado y lo sé. —Pero fue derrotado —dijo, fríamente—. El hombre que lo venció demostró ser mejor. — Yo no lo creo, señora y, excepto por la opinión del caballero Jackson, la mía es tan válida como la de cualquier otro. Mi muchacho ya derrotó a Painter una vez y volverá a hacerlo, si su señoría está dispuesta a promover la pelea. Enojada, la señora miró al campeón y le dijo: — ¿Por qué me llamó de ese modo? — Le pido perdón. Es sólo una forma de decir. —Le ordeno que no vuelva a hacerlo. — Muy bien, señora.

—Estoy aquí de incógnito, así que exijo que no pregunten mi nombre. Si no me dan su palabra de honor, daré por terminado el asunto.

— Muy bien, señora. En lo que a mí concierne, se lo prometo y estoy seguro de que Spring también lo hará. Pero, para serle franco, lo que no puedo evitar es que mis empleados hablen con sus sirvientes. — El cochero y el lacayo no saben nada de mí, al igual que usted. Como no tengo mucho tiempo, vayamos al grano. Según creo, señor Spring, usted está en la ruina, ¿no es así? — Así es, señora.

— Y entiendo, por lo que me dijo el señor Cribb, que usted puede pelear con cualquier boxeador, no importa la categoría. —Con cualquier criatura de dos patas — afirmó el campeón. —¿Con quién quiere que pelee? — preguntó el joven pugilista.

—Eso no es de su incumbencia. Si usted está realmente listo para pelear con cualquiera, entonces el nombre de esa persona carece de importancia. Tengo mis razones para no revelarlo. — Como usted diga, señora.

—Usted lleva ya unas semanas sin entrenarse. ¿Cuánto tiempo le llevará volver a estar en forma? —Tres o cuatro semanas.

—Bien. Yo le pagaré los gastos de entrenamiento más dos libras por semana. Aquí tiene cinco libras como garantía. La pelea se hará cuando yo considere que está listo y las circunstancias sean favorables. Si gana la pelea, le pagaré cincuenta libras. ¿Está de acuerdo? — Es usted muy generosa, señora.

—Y recuerde, señor Spring, que no lo elegí porque lo considere el mejor hombre — porque hay dos opiniones contrarias al respecto— sino porque tengo entendido que usted es un hombre decente y confiable. Las condiciones de esta pelea deben quedar en secreto.

— Tiene mi palabra.

—Es una pelea privada, eso es todo. Debe comenzar el entrenamiento mañana mismo. —Muy bien, señora. — Le pediré al señor Cribb que sea su entrenador.

—Lo haré con mucho placer, señora. Pero, con su permiso, ¿qué pasa si el muchacho pierde?— Un arrebató de emoción surcó el rostro de la mujer, que apretó los puños con fuerza. —Si pierde, ¡ni un penique! — gritó— ¡No debe perder y no perderá!

—Está bien, señora —dijo Spring—. Esto es nuevo para mí y, como estoy en la miseria, no tengo derecho a elegir. Haré todo lo que usted diga. Me entrenaré hasta que usted diga que es suficiente y pelearé cuando usted lo disponga. Sólo espero que el ring sea lo suficientemente

y pelearé cuando usted lo disponga. Sólo espero que el ring sea lo suficientemente grande. —Así será —dijo ella. — ¿Y a qué distancia de Londres?

—Ciento cincuenta kilómetros, no más. ¿Tiene alguna otra pregunta? Ya debo irme. —Me gustaría preguntarle —dijo el campeón, seriamente— si podré asistirlo en esta pelea, como lo hice en las dos últimas.

— ¡No! —dijo la mujer, bruscamente. Y, sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y se marchó, cerrando la puerta detrás de sí. Unos instantes más tarde, el hermoso carruaje pasó raudamente por la ventana, dobló por la ajetreada Haymarket y se perdió en el tráfico. Los dos hombres se miraron en silencio.

— ¡Que me lleve el diablo! Esto parece más ilegal que una riña de gallos! —dijo Tom Cribb, por fin—. Pase lo que pase, las cinco libras son nuestras. Pero hay algo raro en esta pelea, te lo aseguro.

Después de varias consultas, decidieron que Spring se entrenara en el Castle Inn, en Hampstead Heath, para que Cribb pudiera estar presente en los entrenamientos. Hacia allá se dirigió Tom el día después de entrevistarse con su benefactora y comenzó a trabajar de inmediato para ponerse otra vez en forma. Sin embargo, le resultaba difícil tomarse el asunto en serio y lo mismo le ocurría a su afable entrenador.

—Extraño la pipa —dijo el joven, el tercer día de entrenamiento, durante el descanso de la tarde—. No creo que me haga daño fumar un poco, ¿no te parece?

—Bueno, muchacho, va contra mis principios, pero aquí tienes mi caja y mi pipa de barro —dijo el Campeón—. No sé qué diría el capitán Barclay de Ury si encontrara a alguien fumando durante un entrenamiento. Él debería entrenarte. A mí me hizo bajar tres kilos la segunda vez que peleé con Richmond.

Spring encendió la pipa y se recostó, envuelto en una nube de humo negro. —Para ti fue fácil, porque estabas enterado de todo: la fecha, el lugar y el entrenador. Sabías que, un mes después, estarías parado en el ring rodeado de miles de personas y con cien mil libras en apuestas sobre tus espaldas. Hasta conocías a tu contrincante y no le hubieras dado ninguna ventaja. Pero esto es distinto. Por lo que sé, me parece que esta mujer está encaprichada y que este asunto puede terminar en nada. Si estuviera seguro de ella, rompería esta pipa sin fumarla. Tom Cribb se rascó la cabeza en señal de

desconcierto. —Yo no entiendo demasiado, muchacho, excepto que su dinero vale. Si te pones a pensar, ¿cuántos boxeadores están en condiciones de pelear contigo? Stringer no, porque ya le ganaste. Cooper está en Newcastle, así que él no puede ser. Richmond tampoco, porque a él puedes ganarle sin despeinarte. Gasman no es de tu categoría. Queda Bill Neat, de Bristol. Tiene que ser él. La señora quiere que pelees con Gasman o con Bill Neat, seguro. —Y, ¿por qué no lo dijo? Yo me entrenaría duro si fuera Gasman y mucho más duro si tuviera que pelear con Bill Neat, pero si tengo que seguir entrenando así, sin saber con quién voy a pelear, me va a ir mal. Las especulaciones fueron interrumpidas súbitamente por la entrada de la mujer. Cuando los vio, su bello rostro enrojeció de rabia. Se quedó mirándolos en silencio, con una expresión de desprecio que los hizo avergonzar. Se pusieron de pie, con las pipas humeantes en la mano y se arrastraron cabizbajos, como dos grandes mastines frente a una dueña enojada.

—¡Vaya! —dijo ella, pateando furiosamente—. ¿A esto le llaman entrenar? —Le aseguro que lo lamentamos mucho, señora —dijo el campeón, avergonzado—. No creí que... No se me ocurrió ni por un momento que...

—¿Qué cosa? ¿Que vendría a ver con mis propios ojos si me estaban engañando? No, me atrevo a decir que no. ¡Qué necio! —le dijo ella, furiosa, y se volvió súbitamente hacia Tom Spring—. Si sigue así, va perder la pelea y será el fin. El joven levantó la vista y le dejó ver su enojo. —Le ruego que no me insulte, señora. Yo tengo mi orgullo, igual que usted. Sé que no debería fumar mientras entreno, pero antes de que usted llegara estaba diciéndole a Tom que si dejara de tratarnos como niños y me dijera con quién voy a pelear, cuándo y dónde, me sería mucho más fácil concentrarme en lo que debo hacer.

—Es verdad, señora —dijo el campeón—. Yo creo saber de quién se trata: Gasman o Bill Neat. No hay otros. Dígame la verdad y le prometo que, el día de la pelea, el muchacho estará más afinado que un violín. La señora rió con desdén.

—¿Por qué supone que se trata de un boxeador profesional? No son los únicos capaces de pelear —dijo ella.

— ¡Por Dios! No será un amateur—gritó Cribb, asombrado—. Tom Npning no necesita entrenarse tres semanas para

pelear con un boxeador amateur.

—No voy a decir más nada. No es asunto de ustedes — contestó la señora, muy enojada—. Todo lo que puedo decirles es que, si no se en::,-na, lo dejaré de lado y contrataré a alguien que esté dispuesto a hacerlo. .No crea que puede engañarme porque soy mujer. He aprendido los gajes de este oficio tan bien como un hombre. —De eso me di cuenta el primer día —dijo Cribb.

—No lo olvide, entonces. No habrá una segunda advertencia. Si por casualidad los vuelvo a pescar en falta, buscaré a otra persona. — Entonces, ¿no me va a decir con quién voy a pelear?

— Ni una palabra. Pero le puedo asegurar que ni usted, ni ningún otro hombre de Inglaterra, podrá vencerlo fácilmente, aun entrenándose bien. Ahora vuelva inmediatamente a su trabajo y tenga cuidado de que no lo encuentre holgazaneando otra vez. Dicho esto, miró a los hombres con arrogancia, pegó media vuelta y abandonó el lugar. Cuando la puerta se cerró, el campeón largó un silbido y se secó la trence con su pañuelo rojo. Miró al joven, que no salía de su consternación, y le dijo: — Te prometo que de ahora en más trabajaré a conciencia. — Estoy de acuerdo —dijo Spring, solemnemente.

En el transcurso de los siguientes quince días, la señora hizo varias visitas sorpresivas para ver si su campeón se estaba entrenando correctamente. Llegaba en los momentos más inesperados, pero nunca volvió a acusarlos de negligentes, ni a él ni al entrenador. Todos los días, el joven hacía largas sesiones de guantes, caminaba cincuenta kilómetros, corría largas horas detrás del coche del cartero y saltaba a la soga, dejando hasta la última gota de sudor en la tarea. Su entrenador no le permitió aflojar hasta que perdió "el último gramo de grasa de su cuerpo", literalmente hablando, y estuvo listo para pelear. Una sola vez vino acompañada por otra persona. Era un joven alto y elegante, de maneras, aristocráticas, que hubiera sido llamativamente apuesto de no haber sido por el accidente que lo dejó con la nariz destrozada y las facciones asimétricas. El hombre se quedó parado en silencio, con los brazos cruzados y la mirada taciturna, observando el espléndido torso del boxeador mientras hacía el trabajo de pesas. —

¿Y, qué te parece? —le preguntó ella. El joven se encogió de hombros. — A mí no me gusta, cara mía. Es inútil que finja lo contrario. — Tiene que gustarte, George. He puesto mi alma en este asunto.

—No es de ingleses hablar así. Es más propio de Lucrecia Borgia y la Italia medieval. Esa manera de amar y odiar al mismo tiempo me parece fuera de lugar en el Londres del siglo XIX. —¿No crees que hay que darle una lección?

—Sí, sí, pero debería de haber otras formas de hacerlo. — Ya lo hicimos a tu manera y no logramos nada. El joven sonrió de un modo grotesco, mientras enrollaba el puño de la camisa y examinaba un agujero del tamaño de una avellana que tenía en la muñeca. —Tienes razón —dijo.

—Tú lo intentaste y fallaste. —Está bien, lo admito. —¿Qué nos queda entonces? ¿Ir a la justicia? —¡Por Dios, no! — Entonces es mi turno, George, y nada podrá impedirlo. — No creo que exista la persona capaz de interponerse en tu camino, cara mía. A mí, ni siquiera se me ocurriría. Pero tengo la sensación de que no seré de gran ayuda.

— Nunca te pedí que me ayudaras.

— No, nunca lo hiciste. Tú eres perfectamente capaz de hacerlo sola. Con tu perdón, creo que aquí no hay más nada que hacer. Volvamos a Londres. Por nada del mundo me perdería a Goldoni en la Ópera. Sin decir más, se retiraron y dejaron que el boxeador siguiera con su entrenamiento. Él, frívolo y diletante; ella, con su rostro inexorable como el destino. Y, entonces, llegó el día en que Cribb pudo anunciarle a su patrona que Tom estaba listo para la pelea.

—Ya no tengo nada más que hacer, señora. Si seguimos una semana lo echaremos a perder. La mujer examinó a Spring con el ojo de una experta.

— Creo que el resultado habla muy bien de usted —dijo ella, final:mente—. Mañana es martes. La pelea se hará el miércoles. —Muy bien, señora. ¿Adónde debemos ir?

—Enseguida le daré las indicaciones y por favor tome nota de todo sin equivocarse. Usted, señor Cribb, llevará al joven al Golden Cross Inn de Charing Cross el miércoles a las nueve horas. Allí tomaremos el coche de Brighton hasta Tunbridge y nos bajaremos en el Royal Oak Arras, donde podrá tomar un refrigerio antes de la pelea. El joven deberá esperar en el Royal Oak Arras hasta que reciba noticias mías, que le enviaré con un mozo de uniforme morado. —¿Y yo? —Usted no va —dijo la mujer.

—Está bien, señora —dijo Cribb—.

Sólo lo acompañaré hasta Tunbridge Wells. Pero sepa que cualquier entrenador quiere estar presente en las peleas de su pupilo.

— Lo lamento mucho. Usted es una persona muy conocida. Si al.77jien se entera de su presencia, enseguida lo sabrá todo el pueblo y eso podría arruinar mis planes. No puede venir y punto. —Como usted diga, pero me pide algo muy difícil.

—Supongo --dijo Spring— que me permitirá llevar mi short de boxeo S• mis zapatillas. — No. Por favor, no traiga nada que pueda delatar su identidad. Quiero que use la misma ropa que usaba el día que lo conocí, como la que usaría un artesano o un trabajador. El rostro de Tom Cribb reflejaba la más absoluta desesperación.

— Lo que usted pretende no es habitual, señora. Le juro que me avergüenza verme mezclado en algo así. ¿Dónde se ha visto una pelea sin asistente? Más que una pelea, parece una riña callejera. Ya es tarde para arrepentimientos, pero hubiera deseado no empezar con este asunto. A pesar del profundo recelo profesional del entrenador y su pupilo, prevaleció el deseo imperioso de la mujer y todo se llevó a cabo exactamente como ella lo dispuso. A las nueve de la mañana, Tom Spring se encontraba ya en el coche de Brighthon despidiéndose de Tom Cribb que, rodeado de mozos y palafreneros, había quedado junto a la puerta del Golden Cross. Era esa agradable época del año en que el verano va dando paso al otoño y comienzan a aparecer manchones dorados sobre las hayas y los helechos. Como buen hombre de campo, el joven se sintió mejor no bien comenzaron a alejarse de las ajetreadas calles de Southwark y Lewisham. Maravillado, observaba el glorioso panorama mientras el coche, tirado por cuatro veloces caballos manchados, dejaba atrás los familiares campos de Knowle, cruzaba Riverside Hill y rodeaba las vastas zonas arboladas de Kent. Después de pasar por la escuela de Tonbridge y atravesar Southborough, el coche descendió por un camino curvo y pronunciado flanqueado por montículos de arenisca hasta detenerse en la puerta de una gran posada. El joven descendió del coche, entró en la cafetería y pidió un bistec poco cocido, tal como le había recomendado su entrenador. Todavía no había terminado su refrigerio cuando entró en la estancia un

sirviente de uniforme morado y rostro inexpresivo.

—Disculpe, señor, ¿es usted el señor Spring, Thomas Spring, de Londres? — Ése es mi nombre, joven.

— Por favor, termine de comer, deje pasar una hora y búsqume en la puerta de la posada. Estaré esperándolo en un faetón para llevarlo directamente a su destino. Spring nunca había tenido temor de subir a un ring. El aliento incondicional de sus promotores, la tensión y los gritos de la multitud y el encuentro con su oponente siempre habían servido de estímulo a su valentía y lo habían empujado a demostrar que era digno de estar allí. Pero esta soledad y esta incertidumbre le resultaban fatales. Se zambulló en un sofá de crin de caballo y trató de dormitar un poco, pero su mente no lo dejaba tranquilo. De pronto, alcanzó a ver un rostro enorme y rubicundo que asomaba por el ángulo de la puerta. El hombre, al sentirse observado, entró en el salón. —Disculpe, señor, ¿por casualidad es usted Thomas Spring? — A su servicio ---dijo el joven. ¡Válgame Dios! Es un tremendo honor tenerlo bajo mi techo. Mi nombre es Cordery y soy el dueño de esta antigua posada. Sabía que mis ojos no me engañaban. No soy más que un humilde aficionado al boxeo y recuerdo haberlo visto en Mousley, el pasado septiembre, cuando venció a Jack Stringer, de Rawcliffe. Un buen combate y un hábil planteo, me atrevo a decir. Y, le aseguro que mi opinión tiene su peso, señor, porque en los últimos años no ha habido pelea en Kent o Sussex en la que Joe Cordery no haya estado parado junto al ring. Pregúntele al señor Gregson del Chop-house en Holborn y le dirá quién es el viejo Joe Cordery. A propósito, señor Spring, supongo que anda por aquí en viaje de "negocios", ¿o me equivoco? Hasta un ciego se daría cuenta que ha estado entrenando. Me sentiría muy halagado si me diera la primicia. Spring pensó que, si le decía la verdad, tal vez el dueño de la posada le aportaría más información que la que él tenía para darle. Pero, como era un hombre de palabra, no rompió la promesa que le había hecho a su empleadora.

— Sólo vine a pasar un tranquilo día de campo, señor Cordery. Eso es todo. — ¡Vaya! Yo esperaba que fuera por una pelea...

Tengo un olfato especial para estas cosas, señor Spring, y me pareció haber olido una. Pero, por supuesto, usted lo sabe mejor que yo.

—Está bien, señora —dijo Cribb—.

Sólo lo acompañaré hasta Tunbridge Wells. Pero sepa que cualquier entrenador quiere estar presente en las peleas de su pupilo.

— Lo lamento mucho. Usted es una persona muy conocida. Si al.77jien se entera de su presencia, enseguida lo sabrá todo el pueblo y eso podría arruinar mis planes. No puede venir y punto. —Como usted diga, pero me pide algo muy difícil.

—Supongo --dijo Spring— que me permitirá llevar mi short de boxeo S• mis zapatillas. — No. Por favor, no traiga nada que pueda delatar su identidad. Quiero que use la misma ropa que usaba el día que lo conocí, como la que usaría un artesano o un trabajador. El rostro de Tom Cribb reflejaba la más absoluta desesperación.

— Lo que usted pretende no es habitual, señora. Le juro que me averguenza verme mezclado en algo así. ¿Dónde se ha visto una pelea sin asistente? Más que una pelea, parece una riña callejera. Ya es tarde para arrepentimientos, pero hubiera deseado no empezar con este asunto. A pesar del profundo recelo profesional del entrenador y su pupilo, prevaleció el deseo imperioso de la mujer y todo se llevó a cabo exactamente como ella lo dispuso. A las nueve de la mañana, Tom Spring se encontraba ya en el coche de Brighthon despidiéndose de Tom Cribb que, rodeado de mozos y palafreneros, había quedado junto a la puerta del Golden Cross. Era esa agradable época del año en que el verano va dando paso al otoño y comienzan a aparecer manchones dorados sobre las hayas y los helechos. Como buen hombre de campo, el joven se sintió mejor no bien comenzaron a alejarse de las ajetreadas calles de Southwark y Lewisham. Maravillado, observaba el glorioso panorama mientras el coche, tirado por cuatro veloces caballos manchados, dejaba atrás los familiares campos de Knowle, cruzaba Riverside Hill y rodeaba las vastas zonas arboladas de Kent. Después de pasar por la escuela de Tonbridge y atravesar Southborough, el coche descendió por un camino curvo y pronunciado flanqueado por montículos de arenisca hasta detenerse en la puerta de una gran posada. El joven descendió del coche, entró en la cafetería y pidió un bistec poco cocido, tal como le había recomendado su entrenador. Todavía no había terminado su refrigerio cuando entró en la estancia un

Tal vez quiera acompañarme esta noche a recorrer los campos de lúpulo. Es la mejor época del año. Tom Spring no era muy hábil para mentir. Es posible que sus vagas excusas no convencieran a Cordery de que su suposición estaba equivocada. En medio de la conversación, llegó el mozo con la noticia de que un faetón lo esperaba en la puerta. El dueño de la posada miró al joven con avidez y suspicacia.

—Creí que me había dicho que no conocía a nadie por estos lugares, señor Spring. —Sólo se trata de un querido amigo que ha enviado su carruaje para buscarme. Probablemente, tome el último coche de regreso al pueblo, así que en una hora o dos estaré aquí para tomar una taza de té con usted. Afuera, un lacayo de uniforme morado lo esperaba en un carruaje de dos hileras de asientos tirado por un fino caballo negro. Tom Spring pensó que debía sentarse en el asiento delantero junto a él, pero el sirviente le susurró que debía viajar en el asiento de atrás porque así se lo habían ordenado. El faetón partió raudamente y el dueño de la posada quedó presa de una gran excitación y más convencido que nunca de que algo estaba por suceder. Corrió hacia el establo, llamando a los gritos a sus palafreneros y, en unos pocos minutos, salió en persecución del carruaje. Se detuvo en cada cruce de caminos para ver si alguien hablaba de un caballo negro y un lacayo de uniforme morado.

El faetón, mientras tanto, circulaba en dirección a Crowborough. Después de hacer unos kilómetros, salió del camino principal y tomó por un sendero angosto surcado por hayas doradas cuyas copa un puente. Por esa especie de túnel dorado, una mujer alta y elegante avanzaba de espaldas al faetón. Cuando llegaron junto a ella, la mujer se corrió a un costado mientras el cochero tiraba de las riendas para detener al caballo.

— Confío en que se encuentre usted en excelente forma — le dijo al joven boxeador, mirándolo seriamente—. ¿Cómo se siente?

— Muy bien, señora, gracias. — Subiré y me sentaré junto a usted, Johnson porque aún falta un buen trecho. Quiero que vaya hacia Lower Warren y luego tome el sendero que rodea el Gravel Hanger. Yo le diré dónde detenerse. Vaya despacio, porque todavía nos quedan veinte minutos. El joven pugilista tenía la sensación de que todo este asunto no era más que un sueño poco ordinario. El carruaje

atravesó un sinnúmero de senderos apartados hasta detenerse frente a un portón con postigos, que llevaba a una plantación de abetos rodeada por un denso matorral. La señora descendió y le hizo un gesto a Spring para que bajara.

—Espérenos sendero abajo —le dijo la señora al cochero—. Estaremos ocupados un buen rato. Ahora, señor Spring, sea tan amable de venir conmigo. He mandado una carta avisando de nuestra llegada. Atravesó velozmente la plantación por un sendero tortuoso, trepó por una escalinata de madera y siguió por otro bosque, donde podían escucharse las graves risas de los campesinos. Más adelante, aparecieron unos magníficos jardines ondulados salpicados de robles, que se extendían hasta una espléndida mansión isabelina, con balcones y balaustradas en todo el frente. Del otro lado de los jardines, una figura solitaria caminaba hacia el bosque. La señora tomó al joven por la muñeca. — Ése es su hombre —le dijo. Desde donde estaban parados, a la sombra de los árboles, podían verlo claramente sin que él los viera a ellos. Tom Spring observó detenidamente al hombre, que todavía se encontraba a unos cientos de metros. Era alto y fuerte y vestía una chaqueta azul con botones dorados que brillaban a la luz del sol, unos pantalones de pana blancos y botas de montar. Caminaba con pasos vigorosos y cada tanto golpeaba la pierna con un látigo que colgaba de su muñeca. Su aspecto y compostura parecían sugerir una firme determinación y una gran energía. —¡Pero si es un caballero! —dijo Spring—. Disculpe, señora, pero creo que este hombre no pertenece al ambiente del boxeo. Yo no deseo hacerle daño y supongo que él tampoco a mí. ¿Qué se supone que haga con él? —¡Pelee con él! ¡Destruyalo! Para eso lo he traído. Tom Spring giró sobre sus talones. Estaba disgustado.

—Yo vine a pelear, señora, y no a destruir a un hombre. No cuente conmigo. — A usted no le agrada el aspecto de ese hombre, pero sepa que él es capaz de vencerlo — dijo la señora por lo bajo.

— Como sea. Pero esto no es una pelea. El rostro de la mujer palideció por el enojo y la exasperación.

— ¡No sea tonto! —gritó ella—. ¿Va a arruinar todo a último momento? Aquí, tengo un billete de cincuenta libras para usted.

— Sería una canallada propia de cobardes. —¿De

cobardes? Usted le está dando doce kilos de ventaja y él puede derrotar a cualquier amateur de Inglaterra.

El joven sintió un cierto alivio. Después de todo, si quería ganar las cincuenta libras honestamente, debía ganar la pelea. Si solo estuviera seguro de que su adversario estaba a su altura y dispuesto a pelear... — ¿Cómo sabe que es tan bueno? —preguntó el joven. — Lo sé, porque soy su esposa. Mientras hablaba, se dio vuelta y corrió hacia los arbustos. Ahora, el hombre se hallaba bastante cerca y, al verlo, Tom Spring perdió en parte sus miramientos. Tendría alrededor de treinta años. Era fuerte y de gran contextura, de rostro brutal con cejas espesas y labios apretados. Debía pesar no menos de noventa y cinco kilos y se movía con la agilidad de un atleta bien entrenado. Cuando divisó la figura de Spring entre los árboles, aceleró su paso y saltó sobre las escalinatas que los separaban. —¡Oiga! —dijo, frenando unos metros antes y mirándolo de arriba abajo—. ¿Quién diablos es usted y de dónde viene? ¿Qué cuernos está haciendo en mi propiedad? Sus gestos eran todavía más ofensivos que sus palabras. Las mejillas de Spring se encendieron de furia.

— Mire, señor, no cuesta nada ser educado. No tiene derecho a hablarme de ese modo. —¡Usted es un sinvergüenza! —gritó el otro—. Lo voy a echar a patadas de mi plantación. ¿Cómo se atreve a meterse en mi propiedad y hablarme de ese modo? —Avanzó amenazante hacia el joven con el látigo a media altura.

—¿Qué espera para retirarse? —le gritó, mientras lanzaba un puñetazo al aire. Por las dudas, Tom Spring se tiró hacia atrás para eludir el golpe. —Tranquílcese, señor —dijo el joven—. Es lógico que se enoje. Me llamo Spring y soy boxeador. Tal vez haya escuchado hablar de mí.

— Me imaginé que sena uno de esos granujas —dijo el hombre—. Ya peleé con uno o dos boxeadores en el pasado y nunca encontré uno que resista más de cinco minutos. Tal vez quiera hacer la prueba.

—Si usted me golpea con ese látigo... — ¡Usted se lo buscó! ---dijo y le dio un golpe artero en el hombro—.

¿Quierepelear conmigo` — A eso vine —dijo Spring, mojóndose los labios con la lengua—. Puede tirar ese látigo, señor, porque vine a pelear con usted. Me he entrenado para ello, así que si le dov una paliza, no me culpe. El hombre se quitó la chaqueta azul y el chaleco espigado de satén y los colgó en la rama

de un aliso.

— ¡Así que se ha entrenado! —murmuró—. Ya va a ver lo que es un entrenamiento antes que termine con usted.

Los resquemores de Spring se calmaron cuando vio el aplomo de su adversario. Primero, se quitó la corbata negra de satén, que tenía un enorme y resplandeciente rubí en el centro, y, luego, el cuello de la camisa. Entonces, pudo comprobar el espléndido estado físico de su adversario. Después, y con absoluta premeditación, se desabrochó los gemelos de oro y enrolló las mangas de la camisa, dejando a la vista unos brazos velludos y musculosos que podrían servir de modelo a un escultor.

— Acérquese a las escalinatas —le dijo al joven, cuando terminó de quitarse la ropa—. Aquí hay más espacio. El joven pugilista se había desvestido al mismo tiempo que su formidable adversario. Colgó el sombrero, la chaqueta y el chaleco en los arbustos y avanzó hacia el espacio abierto que el otro hombre le había señalado.

—¿Pelemos limpio o vale todo? —preguntó el pugilista amateur, fríamente. —Pelemos limpio. Perfecto —dijo el otro—. Póngase en guardia, Spring, y pegue. Se pararon frente a frente, sobre un círculo de césped por el que cruzaba el sendero que conducía al bosque— El hombre, había abandonado la mirada insolente y arrogante y sonreía burlonamente con los labios medio entreabiertos. Los ojos le brillaban con fiereza debajo de las cejas tupidas. Por la forma de pararse, era evidente que el hombre era un experto en este deporte. Tom Spring comenzó a mover sus pies a derecha e izquierda buscando un resquicio por donde atacar. De pronto, se percató de que ni Stringer ni el temible Painter conocían su oficio como el adversario que tenía delante. Se paraba con la izquierda bien adelante y la guardia baja, el cuerpo tirado hacia atrás desde la cintura y la cabeza lejos del alcance de sus puños. El joven golpeó primero: un golpe ligero a la altura de la cintura y otro golpe al rostro. Inmediatamente, su adversario se abalanzó sobre él con una lluvia de golpes como mazazos que esquivó con mucho esfuerzo. Intentó

replegarse, pero no había manera de alejarse de ese torbellino de músculos y huesos. Con un fuerte golpe, el hombre desarmó su guardia y un segundo golpe dio de lleno en su hombro; el joven trató de alejarse y sacárselo de encima. Un minuto después, los dos boxeadores

estaban nuevamente en posición y mirándose encolerizadamente. Por cierto, el amateur no sólo era más pesado, sino además más duro y más fuerte. Volteó a Spring dos veces más, una por la fuerza del golpe y la otra encerrándolo y arrojándolo violentamente hacia atrás. Esas caídas podrían haber significado el fin de la pelea para un hombre menos entrenado, pero para Tom Spring no fueron sino gajes del oficio. Lastimado y jadeando, volvió a ponerse de pie rápidamente. La boca le sangraba, pero sus inmutables ojos azules denotaban que su espíritu estaba intacto. A esa altura, ya se había acostumbrado a los rápidos ataques de su oponente y estaba preparado para recibirlos. En el cuarto asalto, los ataques seguían siendo iguales, pero su defensa había cambiado. Hasta allí, el joven había permitido que el otro tomara la ofensiva. Esta vez, se mantuvo firme, sin ceder su posición. Cuando su oponente se abalanzó sobre él, le descargó un tremendo golpe recto de izquierda que lo sacudió fuertemente. Tan fuerte fue el impacto lo hizo retroceder sobre el círculo de césped. El hombre, por su parte, dio unos pasos titubeantes hacia un árbol, se recostó sobre el tronco de éste y se llevó las manos al rostro.

—Será mejor que abandone —dijo Spring— o lo acribillaré a golpes. Ofuscado, su contrincante le lanzó una maldición y escupió sangre por la boca.

—¡A ver! ¡Pega! —le dijo.

A pesar de su ventaja, el joven comprendió lo difícil de su tarea. Alertado por el contratiempo anterior, el hombre desistió de su intención de ganar la pelea rápidamente, o incluso de noquearlo —como hubiera hecho con algunos de esos petimetres que encontraba en las ferias locales —, porque el joven era un boxeador hecho y derecho. No peleaba sólo con los puños, sino además con la mente y los pies. Spring, por su parte, tuvo que admitir que este hombre sería un boxeador de primera si se entrenara como es debido. Su defensa era consistente, su contragolpe rápido como un relámpago, aguantaba los golpes como si fuera de hierro y, cuando se sentía seguro, atacaba a su contrincante y podía incluso derribarlo estrepitosamente. Lamentablemente, antes de aprender a respetar a su joven adversario, había recibido ese tremendo golpe que lo había afectado mucho. Ya no tenía la misma velocidad de reacción y sus golpes no

eran tan punzantes. Además, estaba peleando con un verdadero boxeador que —a diferencia de otros grandes boxeadores que conocía— no sólo e sino que nunca se daba por vencido ni dejaba escapar una ventaja una vez que la tenía en sus manos. Lentamente, paso a paso, asalto por asalto, los golpes fríos y agudos y los pasos rápidos del joven lo habían ido desgastando. Estaba en el límite de la resistencia humana. Su joven adversario estaba allí de pie, esperándolo, lastimado y golpeado, pero más frío, listo y peligroso que nunca.

— Le prevengo que será mejor que abandone —le dijo—. Dése por vencido. Pero el hombre, herido en su hombría, se negaba a aceptarlo. Con un gruñido feroz, dejó de lado su destreza y se lanzó enloquecidamente a golpearlo con las dos manos.

Por un instante, Spring sintió que el otro podía superarlo. Entonces, dio un paso rápido al costado y lo golpeó con toda su fuerza. El boxeador amateur levantó sus brazos y cayó despatarrado en el piso, con las piernas extendidas y el rostro desfigurado mirando al cielo. Tom Spring se quedó mirando a su adversario que yacía inconsciente.

Entonces, una mano suave y cálida tocó su brazo desnudo. La mujer estaba detrás de él.

— ¡Aproveche, ahora! —le gritó ella, con los ojos enardecidos—. ¡Destruyalo! Spring la empujó con un grito de disgusto, pero ella volvió a la carga inmediatamente.

— Le daré setenta y cinco libras. —La pelea ha terminado, señora. No puedo seguir pegándole. — ¡Cien libras! Las tengo aquí, guardadas en el sostén. No puede rechazar cien libras. Cuando el joven se dio vuelta, ella pasó velozmente junto a él e intentó patear al hombre en la cara. Spring la empujó con violencia para evitar que le hiciera daño.

—¡Aléjese! —gritó el joven, dándole un sacudón—. Debiera darle vergüenza golpear a un hombre caído.

El hombre, que estaba herido, giró sobre un costado con un quejido, se sentó lentamente y se pasó la mano húmeda por el rostro. Finalmente, logró ponerse de pie a los tumbos.

— ¡Bueno! Fue una pelea justa —dijo, encogiéndose de hombros—. No tengo nada de qué quejarme. Alguna vez fui el pupilo preferido de Jackson, pero reconozco que usted es mejor que yo. De pronto, sus ojos se iluminaron al ver el rostro furioso de la mujer.

—¡Hola, Betty! —le dijo—. Tengo que darte las gracias.

Debí haberlo adivinado cuando recibí tu carta.

— Sí, mi señor —dijo ella, con una reverencia burlona—. A mí es a quien tienes que agradecer. Fui yo, tu pequeña esposa, quien ideó todo. Estaba escondida detrás de los arbustos mientras el joven te golpeaba como a un perro. No te pegó tanto como yo lo había planeado, pero creo que pasará algún tiempo antes de que una mujer se fije en ti por tu apariencia. ¿Recuerdas las palabras, mi señor? ¿Las recuerdas? Durante unos instantes permaneció allí, aturdido. Luego, levantó el látigo del piso y la miró seriamente.

—¡Eres el diablo mismo! —le dijo. — Me pregunto qué pensará la institutriz —dijo ella.

En un arrebato de ira se abalanzó sobre ella, látigo en mano. Tom Spring pegó un salto y se interpuso entre ellos con los brazos extendidos.

—No lo haga, señor. No puedo permitirlo. Encolerizado, el hombre miró a su mujer por encima de los hombros de Spring. —¡Todo sea por George! —dijo él, riendo amargamente—. El pobre George, con su nariz rota, como si hubiera chocado contra una pared. Se diría que tu George no es demasiado hombre y tuviste que buscar un boxeador, ¿no es así?

— ¡Mentiroso! —dijo ella, con un hilo de voz. —¿He ofendido tu orgullo? Pues bien, los acusaré a ambos de entrar ilegalmente a mi propiedad y atacarme. ¡Será algo digno de verse! —No te atreverás, John.

— ¿No? Espera aquí unos minutos y verás de lo que soy capaz. Tomó sus ropas de los arbustos y, lo más rápido que pudo, atravesó el campo a los

tumbos mientras hacía sonar un silbato. —¡Rápido! ¡Rápido! —gritó la mujer—. No hay tiempo que perder. —

Su rostro estaba lívido y su cuerpo temblaba y jadeaba de temor. —Va a poner a todo el pueblo en mi contra. Será horrible, horrible. Ella se lanzó a toda velocidad por el sinuoso sendero y Spring la seguía detrás, mientras se ponía la ropa. En un campo a su derecha vieron a un guardabosque que corría presuroso en dirección al sonido del silbato, escopeta en mano. Dos campesinos, que se encontraban apilando el heno, dejaron las horquillas y se pusieron a observar la escena. En el sendero no había gente; sólo el faetón que los estaba aguardando. El caballo pastaba al costado del camino y el cochero dormitaba en el pescante. La mujer se trepó

ágilmente y le indicó a Spring que se parara junto a la rueda.

—Aquí tiene sus cincuenta libras —dijo ella, entregándole un billete—. Fue muy tonto de su parte no aceptar las cien libras, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nuestro negocio ha concluido.

—Pero, ¿y ahora qué hago? —preguntó el joven boxeador, mirando los senderos zigzagueantes que había a su alrededor.

— ¡Váyase al diablo! —le dijo ella—. ¡Adelante, Johnson! El faetón arrancó velozmente y desapareció en la primera curva. Tom Spring quedó allí, en soledad. Por todo el campo se escuchaban gritos y silbatos. Era evidente que la señora no estaba dispuesta a compartir el destino del joven y que le resultaban indiferentes los problemas que le había causado. Él mismo comenzó a sentirse indiferente. Estaba muerto de agotamiento, le dolía la cabeza por los golpes y las caídas y sus sentimientos estaban en carne viva por tanto maltrato. Caminó despacio por el sendero unos cientos de metros, pero sin saber qué camino tomar para volver a Tunbridge Wells. A la distancia, escuchó el aullido de los perros y supuso que los habían soltado para seguir su rastro. De ser así, era inútil tratar de escapar y más le valía esperarlos allí mismo donde se encontraba. Arrancó una pesada vara del cerco y se sentó a esperar, de muy mal humor y en un peligroso estado de furia, lo que pudiera acontecer. Sin embargo, no fue el enemigo quien primero apareció. Por una esquina del sendero, dobló un pequeño coche de dos ruedas tirado por un petiso de color castaño que trotaba velozmente. El conductor no era otro que el rubicundo dueño del Royal Oak, que blandía el látigo y miraba hacia atrás a cada rato para ver si lo seguían.

—¡Suba rápido, señor Spring! ¡Salte! —gritó, mientras tiraba de las riendas—. Me vienen persiguiendo. Perros y hombres. ¡Larguémonos de aquí! ¡Arre, Ginger!

Sin hablar una palabra, se alejaron unos tres kilómetros a toda velocidad hasta llegar sanos y salvos al camino de Brighton. Entonces, el señor Cordery aflojó las riendas sobre las ancas del pony y palmeó a Spring en el hombro con sus manos regordetas.

— ¡Espléndido! —gritó, con el rostro encendido por el éxtasis—. ¡Oh, Dios mío! ¡Eso sí que fue maravilloso!

—Pero... —dijo Spring— no me va a decir que presencié la

pelea. —No me perdí ni un asalto. Le aseguro que nunca creí que viviría para ver una pelea como ésa. Fue grandioso —gritó, sumergido en un delirio de placer— ver a su excelencia caer tumbado como un buey y a su señora aplaudiendo detrás de los arbustos. Sabía que algo estaba por pasar y los seguí todo el camino. Cuando se detuvieron, até a Ginger en una arboleda y los seguí a través del bosque, arrastrándome por el piso. En realidad, no hacía falta porque todo el mundo estaba allí.

—¿Su excelencia? —dijo el joven, sorprendido. — Ni más ni menos, muchacho. El señor de Falconbridge, presidente del tribunal, vicegobernador del condado y miembro de la realeza. ¡Ése es su hombre!

— ¡Buen Dios! — ¿No lo sabía? Mejor así, porque de haberlo sabido no lo hubiera golpeado como lo hizo. Y, en vez de vencerlo, él lo hubiera vencido a usted. Ningún hombre de este condado le ha ganado jamás. Él puede pelear con dos o tres personas a la vez, cazadores furtivos o gitanos, da igual. Es el terror del lugar. Pero usted lo venció... y en buena ley. ¡Fue algo digno de verse! Tom Spring estaba tan estupefacto por lo que escuchaba que sólo atinó a quedarse sentado y pensar. Recién cuando estuvo de regreso en la comodidad de la posada, luego de un baño y una sólida comida, mandó a llamar al dueño de la posada y le confió todos los acontecimientos que llevaron hasta su memorable experiencia y le pidió que le contara lo que sabía al respecto. Cordery escuchó la historia con vivo interés y muchas risas. Finalmente, dejó la habitación y volvió con un periódico ajado, que alisó sobre su falda.

—Es el Pantiles Gazette, señor Spring, el panfleto más horrible del mundo. Si se hubieran enterado de lo sucedido, hubieran publicado alguna columna sobre ello. En el condado nadie habla y tampoco sus excelencias, aunque él levantó un gran revuelo por causa suya. Aquí está, señor Spring. Yo se lo leo mientras usted fuma su pipa. Está fechado en julio del año pasado y dice: "GRESCA EN LA CLASE ALTA. Es un secreto a voces que las diferencias entre el Señor de F. y su bella esposa han llegado a un punto crítico en los últimos días. La devoción de su señoría por los deportes Y. según se rumorea, las atenciones que ha tenido con un miembro del personal doméstico de su mansión, han alejado afectivamente a la

ágilmente y le indicó a Spring que se parara junto a la rueda.

—Aquí tiene sus cincuenta libras —dijo ella, entregándole un billete—. Fue muy tonto de su parte no aceptar las cien libras, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Nuestro negocio ha concluido.

—Pero, ¿y ahora qué hago? —preguntó el joven boxeador, mirando los senderos zigzagueantes que había a su alrededor.

— ¡Váyase al diablo! —le dijo ella—. ¡Adelante, Johnson! El faetón arrancó velozmente y desapareció en la primera curva. Tom Spring quedó allí, en soledad. Por todo el campo se escuchaban gritos y silbatos. Era evidente que la señora no estaba dispuesta a compartir el destino del joven y que le resultaban indiferentes los problemas que le había causado. Él mismo comenzó a sentirse indiferente. Estaba muerto de agotamiento, le dolía la cabeza por los golpes y las caídas y sus sentimientos estaban en carne viva por tanto maltrato. Caminó despacio por el sendero unos cientos de metros, pero sin saber qué camino tomar para volver a Tunbridge Wells. A la distancia, escuchó el aullido de los perros y supuso que los habían soltado para seguir su rastro. De ser así, era inútil tratar de escapar y más le valía esperarlos allí mismo donde se encontraba. Arrancó una pesada vara del cerco y se sentó a esperar, de muy mal humor y en un peligroso estado de furia, lo que pudiera acontecer. Sin embargo, no fue el enemigo quien primero apareció. Por una esquina del sendero, dobló un pequeño coche de dos ruedas tirado por un petiso de color castaño que trotaba velozmente. El conductor no era otro que el rubicundo dueño del Royal Oak, que blandía el látigo y miraba hacia atrás a cada rato para ver si lo seguían.

—¡Suba rápido, señor Spring! ¡Salte! —gritó, mientras tiraba de las riendas—. Me vienen persiguiendo. Perros y hombres. ¡Larguémonos de aquí! ¡Arre, Ginger!

Sin hablar una palabra, se alejaron unos tres kilómetros a toda velocidad hasta llegar sanos y salvos al camino de Brighton. Entonces, el señor Cordery aflojó las riendas sobre las ancas del pony y palmeó a Spring en el hombro con sus manos regordetas.

— ¡Espléndido! —gritó, con el rostro encendido por el éxtasis—. ¡Oh, Dios mío! ¡Eso sí que fue maravilloso!

—Pero... —dijo Spring— no me va a decir que presencié la

señora F. de su esposo desde hace tiempo. Se dice que últimamente ella ha buscado consuelo y amistad en un caballero a quien llamaremos George W—n. Sir George, un famoso donjuán y uno de los hombres más apuestos de Inglaterra, ha asumido gentilmente la tarea de consolar a la desconsolada señora. El resultado, empero, ha sido muy desgraciado, tanto para los sentimientos de la señora como para la belleza del caballero. Los dos amigos fueron sorprendidos por el mismo señor de F. y un grupo de sirvientes en una cita amorosa cerca de la mansión. A pesar de los gritos de la señora de F., en ese mismo instante y en ese mismo lugar, haciendo uso de su fuerza y habilidad, el señor de F. le propinó una terrible golpiza al desafortunado Lotario para que —según sus propias palabras— ninguna otra mujer vuelva a enamorarse de él por su apariencia. La señora de F. ha abandonado a su señoría y se ha trasladado a Londres donde, sin lugar a dudas, se ocupa de cuidar al estropeado Apolo. Seguramente, como resultado de este affaire, habrá un duelo entre los dos caballeros, pero hasta el momento de ir a imprenta no hemos recibido ninguna información al respecto."

El dueño de la posada cerró el periódico y le dijo:

—Parece, señor Spring, que se ha visto mezclado con la clase alta.

El joven pugilista se pasó la mano por el rostro golpeado y contestó: —Verá, señor Cordery, creo que será mejor volver a la clase baja donde pertenezco.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**ROBERT GRAVES**

*La tregua de  
Navidad  
(1914)*

El joven Stan pasó ayer por casa, más o menos a la hora del té; ¿conoce a mi nieto Stan? Está estudiando en una escuela técnica superior, acaba de cumplir los veinte, y es tan listo como lo era su padre a esa edad. Stan está empeñado en ser dibujante comercial y hacer aquellos carteles grandes de colores que pegan en las vallas. No quiere que le llamen «Stan», dice que resulta «vulgar», y pide que le llamen «Stanley» o nada. Stan tiene un montón de ideas grandes y nobles; todas ellas pensadas con todo detalle, y cada una con su «lema», como dice él. Bueno, yo no tengo nada contra las ideas grandes y nobles. Un servidor fue un laborista empedernido durante algún tiempo, hará ya cuarenta años, cuando acabó la guerra del Káiser y los que se habían aprovechado de la guerra empezaron a llenarnos de fango a nosotros, los que habíamos sido los héroes. Pero todo eso ya pasó hace tiempo, y hoy en día el partido laborista se ha vuelto demasiado respetable para mi gusto... Peor que los conservadores, así son la mitad de sus líderes hoy en día, sobre todo los que habían gritado más fuerte cuando coreaban La bandera roja seguirá ondeando. Ahora todos son unos santurriones, o son hacendados, eso si no están metidos en la Cámara de los Lores. Pero en fin, ayer pasó por aquí Stan, para hablar de la marcha antinuclear que van a organizar, cruzando toda Inglaterra hasta la plaza Trafalgar. Y me pregunta si no podría animar a algunos de mis viejos camaradas para que formen un escuadrón especial con una pancarta que diga: «Los Veteranos de la Primera Guerra Mundial protestan por la bomba». Quería que encabezáramos el desfile, con medallas, muletas, sillas de ruedas y todo lo demás. Me negué en redondo. —No, señor Stanley —le dije con educación—. Lo siento, pero resulta que no puedo aceptar su amable invitación.

—Pero ¿por qué? —me dice él—. No querrás otra guerra, abuelo, ¿verdad? ¿No querrás que aniquilen la humanidad? Esta vez no se tratará de que mueran unos cuantos tíos con mala suerte, como el tío Arthur en la primera guerra y papá en la segunda... Será toda la humanidad. —Escucha, jovencito —le contesto yo—, no me fío de nadie que se me ponga a hablar de la humanidad: ni curas, ni políticos, ni nadie. Eso de la «humanidad», bien mirado, no existe. —Bien mirado, abuelo —me dice el joven Stan—, sí que existe. La humanidad quiere decir todas las diferentes naciones puestas juntas: nosotros, los rusos, los americanos, los alemanes, los franceses y todos los demás. Si estalla una bomba, el mundo entero se acaba. —No va a estallar —le digo yo. —Pero si ya ha estallado dos veces, en Hiroshima y en Nagasaki —me replica—, ¿por qué no ha de estallar otra? El daño será absolutamente definitivo cuando vuelva a estallar. 1 No quise que Stan dijera la última palabra. —En aquella guerra anticuada y loca, en la cual perdí un pie —le dije un poco severo—, los fritzis usaban gas venenoso. Creían que esto les ayudaría a abrirse camino en Wipers. Pero de alguna manera el frente logró resistir, y nuestras fábricas pronto empezaron a producir la misma porquería apestosa para que también la usáramos contra ellos. Muy bien, ¿y qué me dices de la guerra de Hitler? —¿Qué hay de la guerra de Hitler?— pregunta Stan. —Pues verás —le digo yo—, en Inglaterra a todo el mundo le entregaron una máscara que costaba lo suyo, en un estuche la mar de elegante, para protegernos de las bombas de gas venenoso que dejaran caer del cielo: yo, tu padre, tu madre y también tú, que eras un renacuajo. Pero ¿cuántas bombas de gas venenoso tiraron sobre Londres o sobre Berlín? ¡Ni una puñetera bomba! Tanto unos como otros estaban

muertos de miedo. El gas venenoso era algo demasiado mortífero. Y no hay en el mercado ninguna máscara que nos pueda proteger contra esta bomba nueva. Así que tampoco van a dejar caer ninguna bomba, te lo digo yo, Stanley, hijo, ¡al menos mientras estemos en este valle de lágrimas! Todo el mundo vuelve a estar muerto de miedo. —Entonces ¿por qué los dos bandos se dedican a fabricar cantidades de bombas atómicas y las van amontonando? —me pregunta. —¿Qué sé yo? —le digo—. A no ser que se trate de una forma muy ingeniosa de conseguir que todo el mundo tenga empleo, haciendo creer que hay una guerra en marcha. Entre las bombas, los refugios, los equipos de radar, los portaaviones esos que no pueden hundirse, los satélites, los cohetes que mandan a la luna, y encima el mantenimiento de grandes ejércitos... hoy en día cuesta dos mil libras mantener un soldado en activo, lo leí hace poco. Con toda esa comedia queda asegurado el pleno empleo para todo el mundo, y los hombres de negocios se están frotando las manos. —Tu razonamiento tiene un fallo muy grande, abuelo. Los rusos no tienen que preocuparse por el paro. —No —admito yo—, puede que no. Pero sus políticos y sus comisarios tienen que seguir el cuento de que hay un maligno complot capitalista para quitar de en medio a los pobres trabajadores. Y tienen que demostrar que van en cabeza en la carrera de las armas. Olvídalo, hijo, ¡olvídale! La humanidad, que es una palabra que usan las señoritas y los tímidos, eso no lo va a aniquilar ninguna bomba atómica. Stan cambia de táctica y dice: —Pero, abuelo, nosotros, los ingleses, queremos enseñarles a los rusos que no estamos metidos en ningún complot capitalista. Todos los hombres somos hermanos y yo mismo no tengo nada en contra de mi número opuesto en Moscú, Iván fulano de tal... Esta marcha de protesta es la única forma lógica de demostrarle a ese Iván mi aversión por la propaganda organizada. —Pero Iván Terribilich no está aquí para verte en la marcha, ni le va a enseñar la «tele» rusa ninguna imagen. Si Iván piensa que eres un maldito capitalista, entonces va a seguir pensando que eres un maldito capitalista... y no se equivocará mucho, en mi opinión. No, Stan, no puedes luchar contra la propaganda organizada con una propaganda de aficionados. —¿Crees que no, abuelo? —dice Stan—. Tú eres un pesimista profesional. Tú no odiabas a los alemanes ni siquiera cuando luchabas contra ellos, a

pesar de los periódicos. —¿Y qué me dices de aquella tregua de Navidad? Bueno, es que un día se lo había comentado, es verdad, pero por lo visto el muchacho había sacado falsas conclusiones y no iba a dejar que yo le pusiera los puntos sobre las íes. Pero, como verán, soy un tipo con suerte; siempre me salvo por eso que llaman «coincidencias», aunque yo no lo llame así, porque siempre me ocurren cuando más falta me hacen. En las trincheras le llamábamos a eso «estar en el bolsillo de Dios». Y efectivamente, oímos un golpe en la puerta, luego un grito, y va y entra mi compañero de los días de rancho y macuto, Green «el Vivales», antes el 301 691, soldado Edward Green del primer batallón del regimiento del Noroeste. Resulta que ha venido a la ciudad en autobús a echar unas copas conmigo, puesto que es sábado por la noche; un viaje de veinte kilómetros, nada menos. —Llegas en el momento oportuno, Vivales —le digo yo—, igual que aquella otra vez. Un día liquidó a un oficial fritz cuando yo estaba tendido en las afueras del bosque de Delville, con un pie arrancado, y aquel amable fritz nos iba librando a los heridos de todo sufrimiento con una pistola automática. —¿Qué hay de nuevo, Trampas? — me pregunta. —Cuéntale a este jovencuelo lo de las dos treguas de Navidad —le dije—. Nos quiere reclutar para una marcha a Moscú o no sé adónde. — Bueno —dice el Vivales—, de momento no veo la relación. Y marchar hacia Moscú no es peor que marchar hacia Berlín, como hicimos tú y yo; aunque no conseguimos avanzar más de unos centenares de metros en los tres años que lo intentamos. Pero, vale, le contaré los hechos, ya que insistes tanto. Stan escuchó en silencio mientras el Vivales narraba su historia. Yo ya la había oído muchas veces, pero los cuentos del Vivales mejoran a fuerza de repetirlos. Verán, me perdí casi toda aquella primera tregua de Navidad, como ya les explicaré más adelante. Pero llegué a tiempo para la segunda, y vi parte de lo que el Vivales no vio. Y la moraleja que le quería recalcar al joven Stan dependía del hecho de que hubiera dos treguas, no una, pues fueron muy distintas la una de la otra. Me traigo una buena botella de cerveza de la cocina, con un par de vasos — solo dos, porque el joven Stan no bebe cosas tan «ordinarias» como cerveza— y Vivales empieza a contar. Ese Vivales tiene un pico de oro; le he visto tener a todo un público embelesado en Las Tres Plumas desde el momento de abrir las puertas

hasta la hora de cerrar, y con el vaso colmado cada diez minutos, gratis. —Bueno —dice—, la primera tregua fue en mil novecientos catorce, unos tres meses después de empezar la guerra del Káiser. Dicen que lo sugirió el viejo Papa y que el Káiser estuvo de acuerdo, pero que Joffre, el jefe del ejército francés, no daba permiso. Sin embargo, los bávaros, como eran católicos, se esforzaron por conseguir una racha de paz y 3 buena voluntad, y corrieron la voz de que el Papa se iba a salir con la suya. Por consiguiente, aunque no teníamos a los bávaros allí delante nuestro, en Boy Greener no se disparó un solo tiro en toda la Nochebuena. En aquellos días aún no nos habían repartido bombas Mills, ni morteros de trinchera, ni pistolas Verey, ni cascos de acero, ni bolsas de arena, ni ninguno de esos lujos que vinieron más tarde, y solo teníamos dos ametralladoras por batallón. Las trincheras no eran profundas y el agua te llegaba a las rodillas, así que casi todo el rato teníamos que acurrucarnos encima del escalón de tiro. Sabe Dios cómo seguíamos vivos y sonrientes... No fue ninguna fiesta, ¿verdad, Trampas?, y para colmo ¡el suelo estaba medio congelado! La Nochebuena, a las siete y media de la tarde, las trincheras enemigas se iluminan de pronto con una hilera de farolitos chinos de colores y se enciende una hoguera en el pueblo, detrás de ellos. Empuñamos las armas, preparados para lo que fuese. Diez minutos más tarde, los fritzis empezaron a cantar un villancico que se llama Estili Naj. Nuestros muchachos contestaron con El buen rey Wenceslao; se habían aprendido la primera estrofa en la murga recogiendo calderilla de puerta en puerta. Por desgracia, nadie se sabía más de dos estrofas, porque a la murga siempre le echan bronca o dinero antes de llegar a la tercera estrofa. Entonces un fritz con un megáfono va y grita: «¡Feliz Navidad, Wessex!». Estábamos bajo el mando del capitán Pomeroy. El coronel Baggie estaba de baja por enfermedad, el segundo de a bordo todavía de permiso, y la mayoría de los otros oficiales eran jóvenes tenientes recién salidos de Sandhurst (habíamos recibido un duro golpe a finales de octubre). El capitán era un caballero de pies a cabeza: padre, abuelo y bisabuelo, sirvieron todos en el Wessex. Él le contesta gritando: «¿Quiénes sois?», y ellos dicen que son sajones, como nosotros, de un pueblo que se llama Hully en Sajonia Occidental. — ¿Podría su jefe encontrarse conmigo en tierra de nadie para arreglar una tregua de Navidad? —vuelve a gritar el

capitán—. Respetaremos la bandera blanca —les dice. Eso se arregló, así que el capitán Pomeroy y el oficial fritz, que se llamaba teniente Coburg, salieron de sus trincheras y cada uno le dio al otro palabra de honor de que sus tropas no dispararían ni un solo tiro en las próximas veinticuatro horas. El teniente Coburg explicó que su coronel y todos los oficiales superiores habían vuelto al cuartel general del regimiento a descansar. Por lo visto, les gustaba tener las botas limpias y las manos calientes; no eran como nuestros oficiales. El capitán Pomeroy volvió, más contento que un niño con zapatos nuevos, y dijo: —La tregua empieza al amanecer, Wessex, pero mientras tanto nos quedamos en las trincheras. Si alguno de vosotros se atreve a romper la tregua mañana —dice— le mataré yo mismo, porque le he dado mi palabra a aquel oficial alemán. De todos modos, andad con cuidado y no soltéis vuestros fusiles. Eso nos iba bien; ¡con qué gusto íbamos a salir de aquellos malditos escalones de tiro y estirar las piernas! Así que aquella noche les dimos una serenata con un montón de canciones, como ¡Quiero irme a casa!, La tapa de la olla y la que decía «El viejo Von Kluck tenía muchos hombres», y ellos nos dieron otra con Deutschland über alles y 4 canciones acompañadas con la concertina. Rascamos el fango de las polainas y les sacamos brillo a nuestros botones para dar una imagen un poco más militar al día siguiente. Mientras tanto, el capitán Pomeroy vuelve a salir con su linterna y organiza un partido de fútbol de Navidad: saque inicial a las diez y media, seguido a las dos de la tarde de un funeral por los muertos que no se habían podido recoger por estar demasiado cerca de las trincheras del lado opuesto. — ¡Fuera de las trincheras y buena suerte! —grita el capitán a las ocho de la mañana, como si estuviera dirigiendo un ataque. Salimos y nos quedamos allí, un poco cohibidos, claro, esperando a los fritzis. Ellos avanzaron para encontrarse con nosotros, gritando, y cinco minutos más tarde allí nos tienes... Navidad fue un día un poco raro, de los más raros que he pasado. Codeándonos con los alemanes, ya me entiendes, intercambiando pitillos y ron y botones por coñac, cigarros y recuerdos. El teniente Coburg y algunos de los fritzis hablaban inglés, pero ninguno de nosotros dábamos pie con bola en su lengua. La tierra de nadie nos había parecido tener diez kilómetros de ancho cuando los que hacíamos la patrulla

nocturna nos arrastrábamos por allí, pero ahora vimos que no tenía más anchura que dos campos de fútbol. Nosotros proporcionamos el balón y colocamos camillas para hacer de porterías, y el reverendo Jolly, nuestro capellán, hizo de árbitro. Nos ganaron por tres a dos, pero es que el capellán mostró demasiada caridad cristiana: el extremo izquierdo alemán marcó el gol definitivo cuando estaba totalmente fuera de juego y así lo admitió en cuanto sonó el silbato. Y nosotros, los espectadores, estábamos esparcidos por la línea lateral, casi en doble fila, con los fusiles al hombro. Celebramos la comida de Navidad cada uno en sus trincheras, y un corneta alemán nos dedicó un toque de fajina con la misma tonadilla que la nuestra. Al capitán Pomeroy le invitaron al otro lado, pero no le pareció bien aceptar. De pronto, uno de nuestros centinelas, el hijo de un granjero, ve una liebre corriendo por la línea divisoria. Da un grito de «¡liebre a la vista!» y todo el mundo se agolpa en el parapeto y sale fuera trepando, y echa a correr hacia adelante para atraparla. Los fritzis hacen lo mismo. En Alemania no saben lo que son los perros lebreles; siempre matan a las liebres con pistolas. Pero contra esta no podían disparar, a causa de la tregua, así que se volvieron lebreles, como nosotros. El joven Totty Fahy y un cabo sajón juntos intentaron agarrar la liebre cuando la vieron dar media vuelta y correr hacia ellos. Totty la coge por las piernas delanteras y el cabo por las traseras, y los dos a una caen encima del animal. El capitán Pomeroy parecía un poco preocupado por temor a una disputa sobre quién había cogido la liebre, ¡pero te hubieras tronchado de risa si llegas a ver cómo el joven Totty y el fritz, con toda educación, intentaron forzar el uno al otro a aceptar el animal muerto! Entonces, el teniente y el capitán se reúnen y el capitán dice: «Que tiren una moneda al aire». Pero el teniente contesta: «Me temo que nuestros hombres quizá no lo entiendan. Nosotros sacamos una pajita». Así que cogieron unas briznas marchitas de hierba, y Totty sacó la larga. Totty pertenecía a nuestra sección y aquella noche guisamos la liebre con patatas en una gran cazuela de hierro que pedimos prestada a una granja, pero Totty le dio al fritz un par de latas 5 de carne y también el pellejo. ¡Qué guiso tan rico! para los desfiles. En las trincheras llevaban gorras; como las nuestras, pero grises, y por encima eran blandas. Lo que más querían nuestros muchachos eran Pickelhaubes para llevarlos a

sus novias cuando volvieran de permiso a casa, pero el teniente Coburg dijo que lo sentía, que todos los Pickelhaubes estaban almacenados detrás de las líneas. Tendrían que contentarse con hebillas de cinturón. El general French estaba al mando de las fuerzas expedicionarias británicas por aquel entonces; un sujeto hecho y derecho. Después dijo que si le hubieran consultado lo de la tregua habría dicho que sí por razones de caballerosidad. Seguramente, pensaría que fuera cual fuese el lado que saliera ganando, nosotros o los alemanes, una tregua de Navidad ayudaría considerablemente a la hora de firmar un buen tratado de paz al acabar la guerra. Pero en el alto mando del Káiser eran casi todos prusianos, y el teniente Coburg nos dijo que los prusianos estaban en contra de la tregua, porque no encajaba con sus ideas de «terrorismo», y aunque había otros batallones que estaban fraternizando con los fritzis a todo lo largo del frente — eso nosotros no lo sabíamos—, los prusianos no querían saber nada de treguas. Ni tampoco algunos de los regimientos ingleses, por ejemplo los East Lancashires en nuestro flanco derecho y los Foresters de Sherwood a nuestra izquierda; cuando los fritzis salieron con sus banderas blancas, estos dispararon por encima de sus cabezas y los echaron atrás. Pero no se metieron con nuestra fiesta. Fue peor en el frente francés, pues aquellos franchutes ametrallaron todos los festejos de «Felices Pascuas»... Claro que los franceses son más dados a las celebraciones de fin de año que a las de Navidad. Lo que fue una sorpresa fueron los dos barriles de cerveza que los fritzis nos mandaron rodando desde la cervecería que tenían justo detrás de la línea del frente. No me dice nada la cerveza francesa, pero al menos esta no estaba aguada como la que nos habían vendido a las tropas inglesas en las tabernas. Los espitamos en la tierra de nadie y los fritzis espitaron dos más de los suyos. Cuando llegó la hora de los brindis, el capitán dijo que quería dejar la política a un lado. Así que salió con un «Por las esposas y las novias», y el teniente aceptó. Luego el teniente propuso: «¡Por el rey!», y el capitán aceptó. En aquellos días también había un rey de Sajonia, ¿comprendes?, además del rey de Inglaterra, y no mencionaron ningún nombre. El tercer brindis fue: «¡Para que pronto tengamos la Paz!», y cada bando lo podía interpretar como su propia victoria.

Después de la comida vino el funeral; los fritzis enterraron a sus muertos en su lado de la línea divisoria y nosotros en el nuestro. Pero cavamos las fosas tan cerca unas de otras que un oficio de difuntos valió para los dos. Los sajones no llevaban capellán, pero como eran protestantes, el reverendo Jolly leyó el oficio y un estudiante alemán de teología hizo de traductor. El capitán Pomeroy mandó venir los tambores y nos ordenó hacer aquel desfile ó con todo detalle: marcha lenta, armas a la funerala, tambores amortiguados, bandera del Reino Unido y todo. Una hora antes del anochecer, un fritz de cara extraña que se llamaba Putzi trajo una mesa de tijera. Hablaba el inglés como un yanqui. Dijo que había estado en el circo Ringling, allá en los Estados Unidos. Nos llamaba «tíos» y nos dio un fin de fiesta en toda regla, con juegos de manos y malabarismos, y con la cara pintada como un payaso de verdad. ¡En tu vida has oído un aplauso como el que le dedicamos a Herr Putzi! Luego, nuestro general de brigada, el muy canalla, que estaba que reventaba de pavo y pastel de Navidad y tartas de frutas secas, ¡decide venir a visitar nuestras trincheras para desearnos felices Pascuas! Al capitán Pomeroy le sopló la noticia nuestro Trampas, que estaba prestando servicios auxiliares en el cuartel general del batallón. Trampas llegó por los pelos, corriendo como alma que lleva el diablo por el espacio abierto, y dijo jadeando: —Mi capitán, llega el general de brigada, señor, ¡pero ninguno de nosotros ha dejado caer lo de la tregua! El capitán Pomeroy nos reúne en seguida. «¡Despejen, Wessex!», nos grita. Cinco minutos más tarde, el general de brigada llega hecho una cuba por la trinchera de comunicación, con la cabeza baja. El capitán intenta hacerle saber al teniente Coburg lo que está ocurriendo, pero el teniente ha vuelto a buscar unos guantes de lana como recuerdo. El capitán no sabe hablar alemán, y además los fritzis están tan embelesados mirando el espectáculo de Putzi que no quieren escuchar. Así que el capitán Pomeroy me grita: —Soldado Green, corra por el sector y ordene a los jefes de sección, de mi parte, que disparen tres ráfagas sobre las cabezas de los enemigos. Y así lo hice, y cuando apareció el general de brigada no había ni un fritz a la vista. El general de brigada, al que llamábamos Cara de Juez, llega lleno de jovialidad navideña. —Me ha alegrado mucho —nos dice oír esa descarga de los Wessex, Pomeroy. De otros sectores del frente han

llegado rumores de fraternización. ¡Malo! ¡Qué vergüenza! ¡No se puede interrumpir la guerra por la libertad solo porque sea Navidad! ¿Tiene algo que comunicar? El capitán Pomeroy no se inmuta. Va y le dice: —Nuestros centinelas informan de que el enemigo ha colocado una mesa de tijera en la tierra de nadie, señor. Esto es bastante raro, señor. Parece ser que encima hay una pecera llena de peces de colores. Le dio una patadita al capellán, y el capellán mantuvo la boca cerrada. Cara de Juez se quita el sombrero de lata, saca sus prismáticos y con mucho cuidado se asoma para observar por encima del parapeto. —Pues sí que son peces de colores, ¡vaya si lo son! —grita—. ¿Qué nuevo truco diabólico se inventarán ahora los alemanes? Envíe una patrulla esta noche a investigar. —Muy bien, señor —le dice el capitán. Entonces Cara de Juez descubre otra cosa: es el teniente Coburg paseando a descubierto entre su reserva y la línea del frente, y lleva los guantes de lana. —¡Qué desfachatez! Fíjese en aquel oficial alemán, ¡qué chulo él! Corre, ¡aquí tienes tu rifle, muchacho! ¡Mátalo a quemarropa! Por lo visto, el teniente Coburg debió de pensar que las ráfagas venían de los Foresters en nuestro flanco, pero ahora se para de pronto en seco y mira la tierra de nadie y se pregunta dónde se ha metido todo el mundo. Cara de Juez me mete el rifle en la mano. —Vigila la puntería —me dice—; acaricia el gatillo, ¡no lo aprietes! Apunté bien por encima de la cabeza del teniente, y disparé tres ráfagas rápidas. El teniente se tambaleó y se tiró de cabeza en el cráter de bomba más próximo. —Enhorabuena —exclamó Cara de Juez, eructándome el coñac en la cara—. ¡Una muesca más que te apuntas en la culata de tu rifle! Pero ¡habrase visto descaros! ¡Supongo que se sentiría seguro porque era el día de Navidad! ¡Ja, ja! No le había traído al capitán Pomeroy ningún regalo de whisky, ni cigarros, ni nada de nada; era un asqueroso avaro, eso es lo que era. Pero finalmente los fritzis se percataron de lo que pasaba, y sus ametralladoras empezaron a abrir fuego cruzado de un lado a otro, toc- toc-toc, a unos tres pies por encima de nuestras trincheras. En vista de ello, el general de brigada echó a correr hacia su puesto con tantas prisas que tropezó con el cable del teléfono y cayó de bruces en el fango. Fue su primera y última visita a la línea del frente. Media hora más tarde colocamos un cartel de CESE EL FUEGO. Esta vez, nosotros y los fritzis

nos hacemos mucho más amiguetes que antes. Pero el teniente Coburg sugiere que será mejor callar la boca sobre lo del festejo. Dice que podría llegarle un soplo al estado mayor y armarse un jaleo. El capitán Pomeroy está conforme. Entonces, el teniente nos avisa de que a los guardias prusianos les corresponde relevar a sus sajones el día después de San Esteban. —Sugiero que continuemos la tregua hasta entonces, pero dejando a un lado la fraternización —dice. El capitán Pomeroy vuelve a estar conforme. Acepta los guantes de lana de Shetland. Entonces le pregunta si, como un gran favor, a los Wessex se les podría permitir capturar la pecera, para tener contento al general de brigada. Herr Putzi no se alegra demasiado, pero el capitán Pomeroy le paga con un soberano de oro y Putzi va y dice: —Por favor, por lo que más quiera, ¡no olvide cambiarles el agua! Vete a saber qué conclusión sacarían los del servicio de información sobre aquellos pececitos cuando los mandaron al cuartel general del cuerpo, instalado en una lujosa fábrica secreta francesa... Supongo que alguien saldría con la idea de que los peces tienen alguna utilidad en las trincheras, como los canarios que se bajan a las minas de carbón. Entonces el capitán Pomeroy le dice al teniente: —Por lo que yo veo, Coburg, en este frente vamos a seguir en punto muerto durante un año o más. No se puede romper nuestro frente, ni siquiera con una concentración de ametralladoras; ni tampoco podemos nosotros romper el vuestro. Escuche bien lo que le voy a decir: la próxima Navidad nuestro Wessex y sus sajones occidentales aún estarán aquí pudriéndose... o lo que quede de ellos. El teniente no estaba de acuerdo, pero no discutió. Le contestó: —En este caso, Pomeroy, espero que los dos sobrevivamos para podernos encontrar de nuevo en este acontecimiento festivo, y que nuestras tropas demuestren el mismo espíritu de caballerosidad que han demostrado hoy. —Me alegrará mucho poderlo hacer— dijo el capitán—, si no acaban conmigo antes. Se dieron la mano para sellar el pacto y la tregua continuó durante todo el día de San Esteban. Pero nadie salió a la tierra de nadie, excepto por la noche, para reforzar el alambre que habían pisoteado durante los festejos. Y claro, no podíamos impedir que dispararan nuestros artilleros; ni tampoco los sajones podían prohibírselo a los suyos. Cuando llegaron los guardias prusianos, volvió a reanudarse la guerra; en tres días, cincuenta bajas,

incluyendo al joven Totty, que perdió un brazo. Mientras tanto había ocurrido una cosa muy divertida: los gorriones husmearon lo de la tregua y empezaron a bajar a nuestras trincheras para comerse las migas de las galletas. Yo conté más de cincuenta en una sola bandada el día de San Esteban. Las únicas personas que se opusieron con fuerza a la tregua, aparte del general de brigada y unos cuantos más como él, fueron las chicas francesas. No quisieron saber nada de nosotros durante algún tiempo cuando volvimos a los alojamientos. Decían que nosotros éramos no bon y bocú camarade con los allemands. Stan había escuchado esta narración con ojos como luceros. —Exactamente —dijo—. No había ningún sentimiento de odio entre los individuos que componían los ejércitos opuestos. El odio se lo montaron los periódicos. El año pasado, como recordarás, tomé parte en el Rally de Juventudes de Nuremberg. Había dos muchachos más cuyos padres habían muerto en la última guerra, igual que el mío, y compartíamos la misma tienda de campaña con cuatro huérfanos de guerra alemanes. Eran unos muchachos estupendos. —Bueno, hijo —le dije, cogiendo el hilo donde lo había dejado el Vivales—, yo no llegué a ver aquella primera tregua de Navidad gracias a una bala fría que se me metió en el hombro y se me atascó bajo la piel; el médico me la sacó y me dio de baja hasta que se curase la herida. Durante un mes no pude llevar mochila, y tal como te ha contado el Vivales, me tocó prestar servicios auxiliares en el cuartel general del batallón y me perdí la diversión. Pero la segunda tregua de Navidad, bueno, eso fue algo aparte. Para entonces yo ya era sargento de sección al mando de unos veinte hombres que se habían alistado hasta el término de la guerra, algunos buenos, otros un mal negocio por parte de Su Majestad. Habíamos aprendido mucho sobre la vida en las trincheras durante aquel año; por ejemplo, cómo hacer el drenaje de las trincheras y construir refugios subterráneos. Frente a nosotros teníamos alambradas de cinco metros de espesor, y periscopios y puestos de escucha en las bocas de las zapas, y también morteros de trinchera y granadas de rifle, y unas placas de acero con aspilleras para disparar protegidos. Ahora te contaré lo que pasó, y mi amigo el Vivales te dirá lo mismo. Las órdenes para el batallón pasaban por las trincheras hasta el cuartel general cada noche, y el oficial jefe era ahora el teniente coronel

Pomeroy, con medalla por conducta distinguida. Había subido de rango por el trabajo que hizo al rehacer el batallón cuando aquella gran mina alemana hizo volar en pedazos la compañía C y los fritzis la remataron con bombas y bayonetas. Pero resulta que cuando envió las órdenes dos días antes de Navidad de 1915, el coronel Pomeroy, «accidentalmente», omitió decirle a su ayudante que incluyera el «Aviso oficial a todas las fuerzas» del general sir Douglas Haig. Haig era nuestro nuevo jefe supremo. Siempre se habla de él en el Día de los Caídos, ¡caídos a los que él mismo empujó, en su mayoría! Había hecho uso de su influencia con el rey Jorge para que pusieran de patitas en la calle al general French y le instalaran a él en su puesto. Su «Aviso» venía a decir que cualquier hombre que intentara fraternizar con los enemigos de Su Majestad, so pretexto de que era Navidad, podía ser sometido a consejo de guerra y fusilado. Pero el coronel Pomeroy jamás quebrantaba su palabra, aunque pudieran colgarle por ello, y aquí le teníamos a orillas del canal de La Bassée, y delante de nosotros, ¡nada menos que los mismos sajones occidentales del pueblo de Hully! El coronel sabía quiénes eran porque con un golpe de cachiporra habíamos apresado a uno de ellos en una escaramuza, al patrullar por allí dos noches antes, y después de que el médico le enyesara la cabeza, enviaron al tipo al cuartel general del batallón con una escolta (que éramos yo y otro hombre). El coronel le interrogó, con la ayuda de un intérprete, sobre la geografía de las trincheras alemanas: dónde guardaban aquel maldito mortero, cómo y cuándo llegaban las expediciones con los racionamientos, y cosas así. Pero aquel fritz no soltaba prenda; dijo que cuando le pegaron con una cachiporra había perdido la memoria. Así que al final el coronel comentó en inglés: —Muy bien, pues, eso será todo. Por cierto, ¿está vivo aún el teniente Coburg? — ¡Oh, sí! —dice el fritz, poniéndose a hablar en inglés, pillado por sorpresa—. Recibió un par de heridas, pero ya está de vuelta. Ahora es comandante, y está al mando de nuestro cuerpo. Entonces, de pronto cae en la cuenta y dice: —Maldita sea, ¿no es usted el oficial Wessex que hizo de Santa Claus el año pasado y arregló la tregua? —Lo soy —contesta el coronel—, ¡y tú eres Putzi Cohen, el ilusionista, a quien le compré una vez una pecera! ¡Qué pequeña es la guerra! Por esto, ¿comprendes?, el coronel no había hecho circular el aviso de Haig. Aún

quedábamos unos ochenta de los perros viejos, la mayoría remendones, cocineros, tambores, transportistas o heridos reincorporados. La noticia voló y todos se volcaron sobre Putzi, le estrecharon la mano y le preguntaron si no podría hacerles otra demostración de juegos de mano. Él va y les dice: —¡Preguntadle al coronel Santa Claus! Aún está dando de comer a mis pececitos. Yo había sido el escolta de Putzi, y antes le había aporreado y le había hecho comparecer ante los nuestros, pero no le reconocí ni por un instante sin su maquillaje; no le reconocí hasta que se puso a hablar en su extraño inglés yanqui. El coronel vuelve a llamar a Putzi y dice: —Me parece que usted no está en condiciones de viajar. Voy a retenerle aquí, como caso clínico, hasta después de Navidad. 10 Putzi se pegó la gran vida durante los dos días siguientes, y nos montó una función cada noche, casi siempre a base de trucos con cartas, porque no tenía accesorios. Llegó la Nochebuena y un sargento del regimiento de Norfolk, que volvía a estar en nuestro flanco derecho, me comentó que era una lástima que Haig «el Austero» hubiese aguado la fiesta de Navidad. —Ahora me entero —digo yo — y además, compañero, prefiero no enterarme, ¿entiendes? Al menos oficialmente. No acababa de cerrar la boca cuando los sajones esos sacan de nuevo sus farolillos chinos y empiezan a cantar Estili Naj. Y además, en todo el día no habían disparado ni un solo tiro. Pronto empieza a correr esta noticia por las trincheras: «Órdenes del coronel: de ahora en adelante, nada de disparos sin permiso del oficial». A la mañana siguiente, después del «Todos a sus puestos», al clarear el día, el coronel Pomeroy sale de la trinchera con un pañuelo blanco en la mano, se abre paso entre nuestras alambradas y se detiene a medio camino de la tierra de nadie. «¡Felices Pascuas, sajones!», grita. Pero el comandante Coburg ya había avanzado hacia él. Se saludan y se dan la mano. ¡Había que ver cuántos vivos se oyeron! —¡Quédense en sus trincheras, Wessex! —gritó el coronel por encima del hombro. Y el comandante dio la misma orden a los suyos. Después de charlar un poco, decidieron que a todos los muchachos que habían estado en la fiesta de mil novecientos catorce se les permitiría salir de las trincheras, pero a los demás no; solo podían fiarse de los que éramos soldados regulares. Verás, es que los regulares conocen las reglas de la

guerra y no se dejan llenar la cabeza de política ni de propaganda; aquellos tipos voluntarios nos daban náuseas a veces con su patriotismo y sus grandes aires de burla, y su odio por el «enemigo teutónico», como llamaba a los fritzis uno de ellos. Salieron dos veces más sajones que hombres de Wessex. Teníamos órdenes estrictas de no discutir ningún asunto militar, aunque de todos modos ninguno de nosotros se había dedicado a estudiar el alemán desde la última fiesta. El fútbol quedaba descartado porque los cráteres de explosión estaban casi pegados unos a otros y había muchas alambradas, pero volvimos a entendernos bien con señas y un poco de francés de café, y empezamos a intercambiar cigarrillos, bebida y botones. Sin embargo, el coronel no quiso que les diéramos ninguna insignia. Desde luego, no nos sentíamos tan amigos como la otra vez. Demasiados de los nuestros y de los suyos habían estirado la pata aquel año, y además las trincheras no estaban inundadas como la primera vez. Organizamos tres combates de boxeo: peso medio, welter y ligero; ganamos el welter y el ligero por K. O., y perdimos el peso medio por puntos. El coronel Pomeroy dejó a Putzi libre bajo palabra, y Putzi nos dio un espectáculo aún más bonito que el anterior, porque el comandante Coburg había mandado traer su maquillaje y sus accesorios. Esta vez usó un loro en lugar de los pececitos. Después de comer, al ver que ya no teníamos mucho más que contarles a los fritzis ni nada que intercambiar, los oficiales decidieron levantar velas antes de que nos metiésemos todos en un lío. Los de Norfolk habían prometido no disparar, y el flanco izquierdo quedaba escondido por la ribera del canal. Mientras aquellos dos estaban entretenidos discutiendo cuánto tenía que durar la tregua sin disparar, de pronto se nos volvió a encender el espíritu navideño. Nosotros y los fritzis, casi sin darnos cuenta, nos dimos las manos formando un círculo alrededor de los dos hombres; los Wessex y los sajones occidentales ya todos mezclados bailábamos dando vueltas, primero hacia un lado, luego hacia el otro, entrando y saliendo de los cráteres al compás de una canción de corro. Entonces, uno de nuestros oficiales señaló al comandante Coburg y algunos de nuestros hombres lo alzaron en hombros y todos cantamos Es un muchacho excelente. Y los fritzis también subieron a nuestro coronel en hombros y cantaron Jok Sole liben o algo así... Nuestro sargento

mayor sacó una foto de aquella escena, ¡lástima que se lo cargaran antes de revelarla! Lo que os voy a contar ahora me lo contó a mí Relámpago Collins, un veterano soldado de mi sección. Dice que había estado tan cerca del coronel y del comandante que pudo oír la conversación que tuvieron durante el combate de los pesos medios, cuando creían que nadie les estaba escuchando. El coronel dice: —Yo le profeticé, el año pasado, que aún estaríamos aquí estas Navidades, o al menos lo que quedara de nosotros. Y ahora vuelvo a decirle que aún estaremos aquí las Navidades próximas, y también las siguientes. Si no acaban con nosotros, y de eso tenemos una posibilidad entre diez. Además, las Navidades próximas ya no habrá más diversiones ni juegos, ni fraternizaciones. Dudo mucho que yo escape de este acto de insubordinación sin castigo, pero soy un hombre de palabra, como lo es usted, y los dos hemos mantenido lo pactado. —Oh, sí, coronel —dice el comandante—. Yo también tendré suerte si no me hacen comparecer ante un consejo de guerra. Nuestras órdenes eran tan severas como las suyas. Y se echaron a reír juntos, como dos cuervos. Putzi era el hombre más envidiado de toda Francia aquel día, pues se iba a un campamento de prisioneros en Inglaterra, protegido por escoltas. Y el coronel le dijo al comandante: —Le felicito por aquel soldado. ¡No quiso delatar nada! A las cuatro en punto nos retiramos, pero los dos oficiales aguardaron un poco más para asegurarse de que todo el mundo había vuelto a su puesto. ¡Pero no creas, Stan, hijo, que aquí se acaba la historia! Yo tenía un tipo en mi pelotón que se llamaba Gitano Smith, un soldado sucio y de cara morena, un asesino. Había estado mirando cómo nos divertíamos desde la boca de la zapa más próxima, y en cuanto el comandante hubo dado media vuelta, Gitano apuntó a su cabeza y le tumbó. La primera noticia que tuve del hecho fue un grito de rabia de todos los que estaban a mi alrededor. Veo al coronel Pomeroy correr hacia el comandante, gritando para que vinieran los camilleros. Aquellos fritzis debieron de pensar que se trataba de un trabajo premeditado, porque cuando nuestros camilleros salieron de la trinchera empezaron a tirotearles y le dieron a uno en la pierna. Su compañero se volvió atrás. El coronel se quedó solo en tierra de nadie. Caminó con paso tranquilo hasta las trincheras alemanas, con las manos en los bolsillos; tenía

demasiado orgullo como para colocárselas sobre la cabeza. Un par de fritzis le dispararon, pero los dos fallaron. Se detuvo junto a la alambrada alemana y gritó: —Sajones, mis hombres tenían órdenes estrictas de no disparar. Algún cobarde ha desobedecido. Por favor, ¡ayudadme a llevar el cuerpo del comandante a vuestras trincheras! Luego podéis disparar sobre mí, si queréis, porque yo di palabra de honor de que no habría tiros. Los fritzis comprendieron e hicieron salir a sus camilleros. Se llevaron el cuerpo del comandante por un sendero retorcido que atravesaba la alambrada, y el coronel Pomeroy les siguió. Un oficial alemán le vendó los ojos al coronel en cuanto entró en la trinchera, y nosotros esperamos sin disparar un solo tiro para ver lo que iba a ocurrir a continuación. Eso fue alrededor de las cuatro, y no pasó nada hasta el segundo turno de guardia. Entonces vemos una linterna que hace señas, y acto seguido vuelve el coronel, tan campante. Nos dice que, por suerte, el disparo de Gitano no había matado al comandante; solo le había señalado el cuero cabelludo y le había dejado sin sentido. Al cabo de seis horas había vuelto en sí, y cuando vio al coronel esperando allí, ordenó su libertad inmediata. Se habían vuelto a dar la mano y se habían dicho: «¡Hasta después de la guerra!», y el comandante le había dado al coronel su linterna. Aquí ya casi se acaba la historia, pero no del todo. Se propagó la noticia de la tregua y el general Haig ordenó primero una investigación y luego un consejo de guerra contra el coronel Pomeroy. Claro que no le fusilaron, pero le dieron una buena reprimenda y perdió cinco años de antigüedad. Y no es que eso importara porque luego le mataron de un disparo entre ceja y ceja en el jaleo del bosque de Delville en mil novecientos dieciséis, donde yo perdí mi pie. Y en cuanto a Gitano Smith, dijo que estaba obedeciendo las órdenes estrictas de Haig de no fraternizar y además se sentía obligado a vengar a un hermano suyo que perdió la vida en Loos. «Sangre por sangre —dijo— es nuestro dicho gitano». Así que no pudimos hacer nada más que demostrarle lo que pensábamos de él tratándole como la porquería que era. Y no duró mucho. Mandé regresar a Gitano con los del racionamiento la noche de San Esteban. Aún seguíamos observando la tregua con los sajones, pero una vez más sus artilleros no quisieron saber nada, y frente a la choza del furriel le volaron el trasero con un trozo de granada. Murió en el tren

hospital; lo que oyes. Ah, se me olvidaba decirte que aquellas Navidades no vinieron los gorriones a comerse las migas de galleta. Todos los pájaros habían desaparecido meses antes. Cada año, aquella guerra se ponía más fea. Antes de acabar, casi tres años más tarde, solo por aquel batallón debieron de pasar unos diez mil oficiales y soldados, y el batallón nunca tenía más potencia que la de quinientos rifles. En mil novecientos dieciséis, yo ya había recibido tres heridas; algunos tipos llegaron a tener seis antes de que acabara. Solo nuestro Vivales, aquí presente, salió sin un solo rasguño. Así fue como le pusieron este apodo, porque siempre salía vivo, esquivando la bala que llevaba marcados su nombre y su número. Cuando llegó el armisticio estábamos en Mons, donde habíamos empezado. Se hablaba de «colgar al Káiser», pero finalmente decidieron ponerle a partir leña en Holanda. Al resto de los fritzis les dieron su merecido con el tratado de paz. Pero les dejaron rearmarse a tiempo para una 13 segunda guerra, la guerra de Hitler, y así fue como mataron a tu padre. Después de la guerra de Hitler, habría habido una tercera guerra, más o menos ahora, que te hubiera pillado a ti, Stan, hijo mío, si no llega a ser por aquella bendita bomba contra la cual tú quieres que yo haga una marcha de protesta. Escúchame bien, hijo: si dos caballeros chapados a la antigua como el coronel Pomeroy y el comandante Coburg (nunca he vuelto a oír hablar de él, pero supongo que no debió de sobrevivir, con las agallas que tenía), si dos hombres de verdad como estos no tenían esperanzas de que hubiese una tercera tregua de Navidad en los días en que la «humanidad», como lo llamas tú, aún estaba un poquito civilizada, dime, ¿qué puedes esperar ahora? Solo el miedo puede conservar la paz —le dije—. Las Naciones Unidas parecen un chiste, y tú lo sabes. Así que agradece a tu angelito de la guarda que los rusos tengan bombas H y que los yanquis tengan bombas H, a montones, las suficientes para hacer volar tu «humanidad», y que todo el mundo se tenga respeto por igual, aunque no lleguen a trabar amistad. Me paré, quedándome sin aliento, y el Vivales le tomó la mano a Stan. —Tú sabes lo que te conviene a ti, muchacho —le dije—. Así que no escuches a tu abuelo. ¡No dejes que te convenza en contra de tus creencias! Es uno de los Viejos Valientes, pero no por eso sabe más que tú ni más que yo.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ERNEST HEMINGWAY

Los asesinos  
(1927)

La puerta del restaurante de Henry se abrió y entraron dos hombres que se sentaron al mostrador.

-¿Qué van a pedir? -les preguntó George.

-No sé -dijo uno de ellos-. ¿Tú qué tienes ganas de comer, Al?

-Qué sé yo -respondió Al-, no sé.

Afuera estaba oscureciendo. Las luces de la calle entraban por la ventana. Los dos hombres leían el menú.

Desde el otro extremo del mostrador, Nick Adams, quien había estado conversando con George cuando ellos entraron, los observaba.

-Yo voy a pedir costillitas de cerdo con salsa de manzanas y puré de papas -dijo el primero.

-Todavía no está listo.

-¿Entonces por qué carajo lo pones en la carta?

-Esa es la cena -le explicó George-. Puede pedirse a partir de las seis.

George miró el reloj en la pared de atrás del mostrador.

-Son las cinco.

-El reloj marca las cinco y veinte -dijo el segundo hombre.

-Adelanta veinte minutos.

-Bah, a la mierda con el reloj -exclamó el primero-.

¿Qué tienes para comer?

-Puedo ofrecerles cualquier variedad de sándwiches -dijo George-, jamón con huevos, tocینeta con huevos, hígado y tocینeta, o un bistec.

-A mí dame suprema de pollo con arvejas y salsa blanca y puré de papas.

-Esa es la cena.

-¿Será posible que todo lo que pidamos sea la cena?

-Puedo ofrecerles jamón con huevos, tocینeta con huevos, hígado...

-Jamón con huevos -dijo el que se llamaba Al. Vestía un sombrero hongo y un sobretodo negro abrochado.

Su cara era blanca y pequeña, sus labios angostos. Llevaba una bufanda de seda y guantes.

-Dame tocینeta con huevos -dijo el otro. Era más o menos de la misma talla que Al. Aunque de cara no se parecían, vestían como gemelos. Ambos llevaban sobretodos demasiado ajustados para ellos. Estaban sentados, inclinados hacia adelante, con los codos sobre el mostrador.

-¿Hay algo para tomar? -preguntó Al.

-Gaseosa de jengibre, cerveza sin alcohol y otras bebidas gaseosas -enumeró George.

-Dije si tienes algo para tomar.

-Sólo lo que nombré.

-Es un pueblo caluroso este, ¿no? -dijo el otro- ¿Cómo se llama?

-Summit.

-¿Alguna vez lo oíste nombrar? -preguntó Al a su amigo.

-No -le contestó éste.

-¿Qué hacen acá a la noche? -preguntó Al.

-Cenan -dijo su amigo-. Vienen acá y cenan de lo lindo.

-Así es -dijo George.

-¿Así que crees que así es? -Al le preguntó a George.

-Seguro.

-Así que eres un chico vivo, ¿no?

-Seguro -respondió George.

-Pues no lo eres -dijo el otro hombrecito-. ¿No es cierto, Al?

-Se quedó mudo -dijo Al. Giró hacia Nick y le preguntó: ¿Cómo te llamas?

-Adams.

-Otro chico vivo -dijo Al-. ¿No es vivo, Max?

-El pueblo está lleno de chicos vivos -respondió Max.

George puso las dos bandejas, una de jamón con huevos y la otra de tocینeta con huevos, sobre el mostrador. También trajo dos platos de papas fritas y cerró la

## Taller de Lectura y Escritura

portezuela de la cocina.

-¿Cuál es el suyo? -le preguntó a Al.

-¿No te acuerdas?

-Jamón con huevos.

-Todo un chico vivo -dijo Max. Se acercó y tomó el jamón con huevos. Ambos comían con los guantes puestos. George los observaba.

-¿Qué miras? -dijo Max mirando a George.

-Nada.

-Cómo que nada. Me estabas mirando a mí.

-En una de esas lo hacía en broma, Max -intervino Al. George se rió.

-Tú no te rías -lo cortó Max-. No tienes nada de qué reírte, ¿entiendes?

-Está bien -dijo George.

-Así que piensas que está bien -Max miró a Al-. Piensa que está bien. Esa sí que está buena.

-Ah, piensa -dijo Al. Siguieron comiendo.

-¿Cómo se llama el chico vivo ése que está en la punta del mostrador? -le preguntó Al a Max.

-Ey, chico vivo -llamó Max a Nick-, anda con tu amigo del otro lado del mostrador.

-¿Por? -preguntó Nick.

-Porque sí.

-Mejor pasa del otro lado, chico vivo -dijo Al. Nick pasó para el otro lado del mostrador.

-¿Qué se proponen? -preguntó George.

-Nada que te importe -respondió Al-. ¿Quién está en la cocina?

-El negro.

-¿El negro? ¿Cómo el negro?

-El negro que cocina.

-Dile que venga.

-¿Qué se proponen?

-Dile que venga.

-¿Dónde se creen que están?

-Sabemos muy bien dónde estamos -dijo el que se llamaba Max-. ¿Parecemos tontos acaso?

-Por lo que dices, parecería que sí -le dijo Al-. ¿Qué tienes que ponerte a discutir con este chico? -y luego a George-:

-Escucha, dile al negro que venga acá.

-¿Qué le van a hacer?

-Nada. Piensa un poco, chico vivo. ¿Qué le haríamos a un negro?

George abrió la portezuela de la cocina y llamó:

-Sam, ven un minutito.

El negro abrió la puerta de la cocina y salió.

-¿Qué pasa? -preguntó. Los dos hombres lo miraron desde el mostrador.

-Muy bien, negro -dijo Al-. Quédate ahí.

El negro Sam, con el delantal puesto, miró a los hombres sentados al mostrador:

-Sí, señor -dijo. Al bajó de su taburete.

-Voy a la cocina con el negro y el chico vivo -dijo-. Vuelve a la cocina, negro. Tú también, chico vivo.

El hombrecito entró a la cocina después de Nick y Sam, el cocinero. La puerta se cerró detrás de ellos. El que se llamaba Max se sentó al mostrador frente a George. No lo miraba a George sino al espejo que había tras el mostrador. Antes de ser un restaurante, el lugar había sido una taberna.

-Bueno, chico vivo -dijo Max con la vista en el espejo-.

¿Por qué no dices algo?

-¿De qué se trata todo esto?

-Ey, Al -gritó Max-. Acá este chico vivo quiere saber de qué se trata todo esto.

-¿Por qué no le cuentas? -se oyó la voz de Al desde la cocina.

-¿De qué crees que se trata?

-No sé.

-¿Qué piensas?

Mientras hablaba, Max miraba todo el tiempo al espejo.

-No lo diría.

-Ey, Al, acá el chico vivo dice que no diría lo que piensa.

-Está bien, puedo oírte -dijo Al desde la cocina, que con una botella de ketchup mantenía abierta la ventanilla por la que se pasaban los platos-. Escúchame, chico vivo -le dijo a George desde la cocina-, aléjate de la barra. Tú, Max, córrete un poquito a la izquierda -parecía un fotógrafo dando indicaciones para una toma grupal.

-Dime, chico vivo -dijo Max-. ¿Qué piensas que va a pasar?

George no respondió.

-Yo te voy a contar -siguió Max-. Vamos a matar a un sueco. ¿Conoces a un sueco grandote que se llama Ole Andreson?

-Sí.

-Viene a comer todas las noches, ¿no?

-A veces.

-A las seis en punto, ¿no?

## Taller de Lectura y Escritura

Si viene.

-Ya sabemos, chico vivo -dijo Max-. Hablemos de otra cosa. ¿Vas al cine?

-De vez en cuando.

-Tendrías que ir más seguido. Para alguien tan vivo como tú, está bueno ir al cine.

-¿Por qué van a matar a Ole Andreson? ¿Qué les hizo?

-Nunca tuvo la oportunidad de hacernos algo. Jamás nos vio.

-Y nos va a ver una sola vez -dijo Al desde la cocina.

-¿Entonces por qué lo van a matar? -preguntó George.

-Lo hacemos para un amigo. Es un favor, chico vivo.

-Cállate -dijo Al desde la cocina-. Hablas demasiado.

-Bueno, tengo que divertir al chico vivo, ¿no, chico vivo?

-Hablas demasiado -dijo Al-. El negro y mi chico vivo se divierten solos. Los tengo atados como una pareja de amigas en el convento.

-¿Tengo que suponer que estuviste en un convento?

-Uno nunca sabe.

-En un convento judío. Ahí estuviste tú.

George miró el reloj.

-Si viene alguien, dile que el cocinero salió, si después de eso se queda, le dices que cocinas tú. ¿Entiendes, chico vivo?

-Sí -dijo George-. ¿Qué nos harán después?

-Depende -respondió Max-. Esa es una de las cosas que uno nunca sabe en el momento.

George miró el reloj. Eran las seis y cuarto. La puerta de calle se abrió y entró un conductor de tranvías.

-Hola, George -saludó-. ¿Me sirves la cena?

-Sam salió -dijo George-. Volverá alrededor de una hora y media.

-Mejor voy a la otra cuadra -dijo el chofer. George miró el reloj. Eran las seis y veinte.

-Estuviste bien, chico vivo -le dijo Max-. Eres un verdadero caballero.

-Sabía que le volaría la cabeza -dijo Al desde la cocina.

-No -dijo Max-, no es eso. Lo que pasa es que es simpático. Me gusta el chico vivo.

A las siete menos cinco George habló:

-Ya no viene.

Otras dos personas habían entrado al restaurante. En una oportunidad George fue a la cocina y preparó un sandwich de jamón con huevos "para llevar", como había pedido el cliente. En la cocina vio a Al, con su sombrero hongo hacia atrás, sentado en un taburete junto a la

portezuela con el cañón de un arma recortada apoyado en un saliente. Nick y el cocinero estaban amarrados espalda con espalda con sendas toallas en las bocas. George preparó el pedido, lo envolvió en papel manteca, lo puso en una bolsa y lo entregó. El cliente pagó y salió.

-El chico vivo puede hacer de todo -dijo Max-. Cocina y hace de todo. Harías de alguna chica una linda esposa, chico vivo.

-¿Sí? -dijo George- Su amigo, Ole Andreson, no va a venir.

-Le vamos a dar otros diez minutos -repuso Max.

Max miró el espejo y el reloj. Las agujas marcaban las siete en punto, y luego siete y cinco.

-Vamos, Al -dijo Max-. Mejor nos vamos de acá. Ya no viene.

-Mejor esperamos otros cinco minutos -dijo Al desde la cocina.

En ese lapso entró un hombre, y George le explicó que el cocinero estaba enfermo.

-¿Por qué carajo no consigues otro cocinero? -lo increpó el hombre- ¿Acaso no es un restaurante esto?

-luego se marchó.

-Vamos, Al -insistió Max.

-¿Qué hacemos con los dos chicos vivos y el negro?

-No va a haber problemas con ellos.

-¿Estás seguro?

-Sí, ya no tenemos nada que hacer acá.

-No me gusta nada -dijo Al-. Es imprudente, tú hablas demasiado.

-Uh, qué te pasa -replicó Max-. Tenemos que entretenernos de alguna manera, ¿no?

-Igual hablas demasiado -insistió Al. Éste salió de la cocina, la recortada le formaba un ligero bulto en la cintura, bajo el sobretodo demasiado ajustado que se arregló con las manos enguantadas.

-Adiós, chico vivo -le dijo a George-. La verdad es que tuviste suerte.

-Cierto -agregó Max-, deberías apostar en las carreras, chico vivo.

Los dos hombres se retiraron. George, a través de la ventana, los vio pasar bajo el farol de la esquina y cruzar la calle. Con sus sobretodos ajustados y esos sombreros hongos parecían dos artistas de variedades.

George volvió a la cocina y desató a Nick y al cocinero.

-No quiero que esto vuelva a pasarme -dijo Sam-. Ya no

## Taller de Lectura y Escritura

quiero que vuelva a pasarme.

Nick se incorporó. Nunca antes había tenido una toalla en la boca.

-¿Qué carajo...? -dijo pretendiendo seguridad.

-Querían matar a Ole Andreson -les contó George-. Lo iban a matar de un tiro ni bien entrara a comer.

-¿A Ole Andreson?

-Sí, a él.

El cocinero se palpó los ángulos de la boca con los pulgares.

-¿Ya se fueron? -preguntó.

-Sí -respondió George-, ya se fueron.

-No me gusta -dijo el cocinero-. No me gusta para nada.

-Escucha -George se dirigió a Nick-. Tendrías que ir a ver a Ole Andreson.

-Está bien.

-Mejor que no tengas nada que ver con esto -le sugirió Sam, el cocinero-. No te conviene meterte.

-Si no quieres no vayas -dijo George.

-No vas a ganar nada involucrándote en esto -siguió el cocinero-. Mantente al margen.

-Voy a ir a verlo -dijo Nick-. ¿Dónde vive?

El cocinero se alejó.

-Los jóvenes siempre saben qué es lo que quieren hacer -dijo.

-Vive en la pensión Hirsch -George le informó a Nick.

-Voy para allá.

Afuera, las luces de la calle brillaban por entre las ramas de un árbol desnudo de follaje. Nick caminó por el costado de la calzada y a la altura del siguiente poste de luz tomó por una calle lateral. La pensión Hirsch se hallaba a tres casas. Nick subió los escalones y tocó el timbre. Una mujer apareció en la entrada.

-¿Está Ole Andreson?

-¿Quieres verlo?

-Sí, si está.

Nick siguió a la mujer hasta un descanso de la escalera y luego al final de un pasillo. Ella llamó a la puerta.

-¿Quién es?

-Alguien que viene a verlo, Sr. Andreson -respondió la mujer.

-Soy Nick Adams.

-Pasa.

Nick abrió la puerta e ingresó al cuarto. Ole Andreson yacía en la cama con la ropa puesta. Había sido un boxeador peso pesado y la cama le quedaba chica.

Estaba acostado con la cabeza sobre dos almohadas. No miró a Nick.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Estaba en el negocio de Henry -comenzó Nick-, cuando dos tipos entraron y nos ataron a mí y al cocinero, y dijeron que iban a matarlo.

Sonó tonto decirlo. Ole Andreson no dijo nada.

-Nos metieron en la cocina -continuó Nick-. Iban a dispararle apenas entrara a cenar.

Ole Andreson miró a la pared y siguió sin decir palabra.

-George creyó que lo mejor era que yo viniera y le contase.

-No hay nada que yo pueda hacer -Ole Andreson dijo finalmente.

-Le voy a decir cómo eran.

-No quiero saber cómo eran -dijo Ole Andreson. Volvió a mirar hacia la pared: -Gracias por venir a avisarme.

-No es nada.

Nick miró al grandote que yacía en la cama.

-¿No quiere que vaya a la policía?

-No -dijo Ole Andreson-. No sería buena idea.

-¿No hay nada que yo pueda hacer?

-No. No hay nada que hacer.

-Tal vez no lo dijeron en serio.

-No. Lo decían en serio.

Ole Andreson volteó hacia la pared.

-Lo que pasa -dijo hablándole a la pared- es que no me decido a salir. Me quedé todo el día acá.

-¿No podría escapar de la ciudad?

-No -dijo Ole Andreson-. Estoy harto de escapar.

Seguía mirando a la pared.

-Ya no hay nada que hacer.

-¿No tiene ninguna manera de solucionarlo?

-No. Me equivoqué -seguía hablando monótonamente-. No hay nada que hacer. Dentro de un rato me voy a decidir a salir.

-Mejor vuelvo adonde George -dijo Nick.

-Chau -dijo Ole Andreson sin mirar hacia Nick-. Gracias por venir.

Nick se retiró. Mientras cerraba la puerta vio a Ole Andreson totalmente vestido, tirado en la cama y mirando a la pared.

-Estuvo todo el día en su cuarto -le dijo la encargada cuando él bajó las escaleras-. No debe sentirse bien.

Yo le dije: "Señor Andreson, debería salir a caminar en un

día otoñal tan lindo como este”, pero no tenía ganas.

-No quiere salir.

-Qué pena que se sienta mal -dijo la mujer-. Es un hombre buenísimo. Fue boxeador, ¿sabías?

-Sí, ya sabía.

-Uno no se daría cuenta salvo por su cara -dijo la mujer.

Estaban junto a la puerta principal-. Es tan amable.

-Bueno, buenas noches, Sra. Hirsch -saludó Nick.

-Yo no soy la Sra. Hirsch -dijo la mujer-. Ella es la dueña.

Yo me encargo del lugar. Yo soy la Sra. Bell.

-Bueno, buenas noches, Sra. Bell -dijo Nick.

-Buenas noches -dijo la mujer.

Nick caminó por la vereda a oscuras hasta la luz de la esquina, y luego por la calle hasta el restaurante.

George estaba adentro, detrás del mostrador.

-¿Viste a Ole?

-Sí -respondió Nick-. Está en su cuarto y no va a salir.

El cocinero, al oír la voz de Nick, abrió la puerta desde la cocina.

-No pienso escuchar nada -dijo y volvió a cerrar la puerta de la cocina.

-¿Le contaste lo que pasó? -preguntó George.

-Sí. Le conté pero él ya sabe de qué se trata.

-¿Qué va a hacer?

-Nada.

-Lo van a matar.

-Supongo que sí.

-Debe haberse metido en algún lío en Chicago.

-Supongo -dijo Nick.

-Es terrible.

-Horrible -dijo Nick.

Se quedaron callados. George se agachó a buscar un repasador y limpió el mostrador.

-Me pregunto qué habrá hecho -dijo Nick.

-Habrá traicionado a alguien. Por eso los matan.

-Me voy a ir de este pueblo -dijo Nick.

-Sí -dijo George-. Es lo mejor que puedes hacer.

-No soporto pensar que él espera en su cuarto y sabe lo que le pasará. Es realmente horrible.

-Bueno -dijo George-. Mejor deja de pensar en eso.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

JULIO CORTÁZAR

*Torito*  
(1956)

*A la memoria de don Jacinto Cúcaro, que en las clases de pedagogía del normal «Mariano Acosta», allá por el año 30, nos contaba las peleas de Suárez.*

QUÉ LE VAS a hacer, ñato, cuando estás abajo todos te fajan. Todos, che, hasta el más maula. Te sacuden contra las sogas, te encajan la biaba. Andá, andá, qué venís con consuelos vos. Te conozco, mascarita. Cada vez que pienso en eso, salí de ahí, salí. Vos te creés que yo me desespero, lo que pasa es que no doy más aquí tumbado todo el día. Pucha que son largas las noches de invierno, te acordás del pibe del almacén cómo lo cantaba. Pucha que son largas... Y es así, ñato. Más largas que esperanza'e pobre. Fijáte que yo a la noche casi no la conozco, y venir a encontrarla ahora... Siempre a la cama temprano, a las nueve o a las diez. El patrón me decía: «Pibe, andáte al sobre, mañana hay que meterle duro y parejo». Una noche que me le escapaba era una casualidad. El patrón... Y ahora todo el tiempo así, mirando el techo. Ahí tenés otra cosa que no sé hacer, mirar p'arriba. Todos dijeron que me hubiera convenido, que hice la gran macana de levantarme a los dos segundos, Cabrero como la gran flauta. Tienen razón, si me quedo hasta los ocho no me agarra tan mal el rubio. Y bueno, es así. Pa peor la tos. Después te vienen con el jarabe y los pinchazos. Pobre la hermanita, el trabajo que le doy. Ni mear solo puedo. Es buena la hermanita, me da leche caliente y me cuenta cosas. Quién te iba a decir, pibe. El patrón me llamaba siempre pibe. Dale áperca, pibe. A la cocina, pibe. Cuando pelié con el negro en Nueva York el patrón andaba preocupado. Yo lo juné en el hotel antes de salir. «Lo fajás en seis rounds, pibe», pero fumaba como loco. El negro, cómo se llamaba el negrito, Flores o algo así. Duro de pelar, che. Un estilo lindo, me sacaba distancia vuelta a vuelta.

Áperca, pibe, metele áperca. Tenía razón el trompa. Al tercero se me vino abajo como un trapo. Amarillo, el negro Flores, creo, algo así. Mirá como uno se ensarta, al principio me pareció que el rubio iba a ser más fácil. Lo que es la confianza, ñato. Me barajó de una piña que te la debo. Me agarró en frío el maula. Pobre patrón, no quería creer. Con qué bronca me levanté. Ni sentía las piernas, me lo quería comer ahí nomás. Mala suerte, pibe. Todo el mundo cobra al final. La noche del Tani, te acordás pobre Tani, qué biaba. Se veía que el Tani estaba de vuelta. Guapo el indio, me sacudía con todo, dale que va, arriba, abajo. No me hacía nada, pobre Tani. Y eso que cuando lo fui a saludar al rincón me dolía bastante la cara, al fin y al cabo me arrió una buena leñada. Pobre Tani, vos sabés que me miró, yo le puse el guante en la cabeza y me reía de contento, no me quería reír, te imaginás que no era de él, pobre pibe. Me miró apenas, pero me hizo no sé qué. Todos me agarraban, pibe lindo, pibe macho, ah criollo, y el Tani quieto entre los de él, más chatos que cinco e'queso. Pobre Tani. Por qué me acuerdo de él, decime un poco. A lo mejor yo lo miré así al rubio esa noche. Qué sé yo, para acordarme estaba. Qué biaba, hermano. Ahora no vas a andar disimulando. Te fajó y se acabó. Lo malo que yo no quería creer. Estaba acostado en el hotel, y el patrón fumaba y fumaba, casi no había luz. Me acuerdo que hacía calor. Después me pusieron hielo, fijáte un poco yo con hielo. El trompa no decía nada, lo malo que no decía nada. Te juro que tenía ganas de llorar, como cuando ella... Pero para qué te vas a hacer mala sangre. Si llevo a estar solo, te juro que moqueo. «Mala pata, patrón», le dije. Qué más le iba a decir. Él dale que dale al tabaco. Fue suerte dormirme. Como ahora, cada vez que agarro el sueño me saco la lotería. De día tenés la radio que trajo la hermanita, la radio que... Parece mentira, ñato.

Bueno, te oís unos tanguitos y las transmisiones de los teatros. ¿Te gusta Canaro a vos? A mí Fresedo, che, y Pedro Maffia. Si los habré visto en el ringside, me iban a ver todas las veces. Podés pensar en eso, y se te acortan las horas. Pero a la noche qué lata, viejo. Ni la radio, ni la hermanita, y en una de esas te agarra la tos, y dale que dale, y por ahí uno de otra cama se rechifla y te pega un grito. Pensar que antes... Fijáte que ahora me cabreo más que antes. En los diarios salía que de pibe los peleaba a los carreros en la Quema. Puras macanas, che, nunca me agarré a trompadas en la calle. Una o dos veces, y no por mi culpa, te juro. Me podés creer. Cosas que pasan, estás con la barra, caen otros y en una de esas se arma. No me gustaba, pero cuando me metí la primera vez me di cuenta que era lindo. Claro, cómo no va a ser lindo si el que cobraba era el otro. De pibe yo peleaba de zurda, no sabés lo que me gustaba fajar de zurda. Mi vieja se descompuso la primera vez que me vio pelearme con uno que tenía como treinta años. Se creía que me iba a matar, pobre vieja. Cuando el tipo se vino al suelo no lo podía creer. Te voy a decir que yo tampoco, créeme que las primeras veces me parecía cosa de suerte. Hasta que el amigo del trompa me fue a ver al club y me dijo que había que seguir. Te acordás de esos tiempos, pibe. Qué pestos. Había cada pesado que te la voglio dire. «Vos metele nomás», decía el amigo del patrón. Después hablaba de profesionales, del Parque Romano, de River. Yo qué sabía, si nunca tenía cincuenta guitas para ir a ver nada. También la noche que me dio veinte pesos, qué alegrón. Fue con Tala, o con aquel flaco zurdo, ya ni me acuerdo. Lo saqué en dos vueltas, ni me tocó. Vos sabés que siempre mezquiné la cara. Si me llevo a sospechar lo del rubio. Vos creés que tenés la pera de fierro, y en eso te la hacen sonar de una piña. Qué fierro ni que ocho cuartos. Veinte pesos, pibe, imagínate un poco. Le di cinco a la vieja, te juro que de compadre, pa mostrarle. La pobre me quería poner agua de azahar en la muñeca resentida. Cosas de la vieja, pobre. Si te fijás, fue la única que tenía esas atenciones, porque la otra... Ahí tenés, apenas pienso en la otra, ya estoy de vuelta en Nueva York. De Lanús casi no me acuerdo, se me borra todo. Un vestido a cuadritos, sí, ahora veo, y el zaguán de Don Furcio, y también las mateadas. Cómo me tenían en esa casa, los pibes se juntaban a mirarme por la reja, y ella siempre pegando algún recorte de Crítica o de

Última Hora en el álbum que había empezado, o me mostraba las fotos del Gráfico. ¿Vos nunca te viste en foto? Te hace impresión la primera vez, vos pensás pero ése soy yo, con esa cara. Después te das cuenta que la foto es linda, casi siempre sos vos que estás fajando, o al final con el brazo levantado. Yo venía con mi Graham Paige, imagínate, me empilchaba para ir a verla, y el barrio se alborotaba. Era lindo matear en el patio, y todos me preguntaban qué sé yo cuánta cosa. Yo a veces no podía creer que era cierto, de noche antes de dormirme me decía que estaba soñando. Cuando le compré el terreno a la vieja, qué barullo que hacían todos. El trompa era el único que se quedaba tranquilo. «Hacés bien, pibe», decía, y dale al tabaco. Me parece estarlo viendo la primera vez, en el club de la calle Lima. No, era en Chacabuco, esperá que no me acuerdo, pero si era en Lima, infeliz, no te acordás del vestuario todo de verde, con más mugre... Esa noche el entrenador me presentó al patrón, resultaba que eran amigos, cuando me dijo el nombre casi me agarro de las sogas, apenas lo vi que me miraba yo pensé: «Vino para verme pelear», y cuando el entrenador me lo presentó me quería morir. Él no me había dicho nunca nada, de puro rana, pero hizo bien, así yo iba subiendo despacio, sin engolosinarme. Como el pobre zurdito, que lo llevaron a River en un año, y en dos meses se vino abajo que daba miedo. En ese entonces no era macana, pibe. Te venía cada tano de Italia, cada gallego que te daba miedo, y no te digo nada de los rubios. Claro que a veces la gozabas, como la vez del príncipe. Eso fue un plato, te juro, el príncipe en el ringside y el patrón que me dice en el camarín: «No te andés con vueltas, no te vayas a dejar vistear que para eso los yonis son una luz», y te acordás que decían que era el campeón de Inglaterra, o qué sé yo qué cosa. Pobre rubio, lindo pibe. Me daba no sé qué cuando nos saludamos, el tipo chamuyó una cosa que andá a entenderle, y parecía que te iba a salir a pelear con galera. El patrón no te vayas a creer que estaba muy tranquilo, te puedo decir que él nunca se daba cuenta de cómo yo lo palpitaba. Pobre trompa, se creía que no me daba cuenta. Che, y el príncipe ahí abajo, eso fue grande, a la primera finta que me hace el rubio le largo la derecha en gancho y se la meto justo justo. Te juro que me quedé frío cuando lo vi patas arriba. Qué manera de dormir, pobre tipo. Esa vez no me dio gusto ganar, más

lindo hubiera sido una linda agarrada, cuatro o cinco vueltas como con el Tani o con el yoni aquél, Herman se llamaba, uno que venía con un auto colorado y una pinta bárbara. Cobró, pero fue lindo. Qué leñada, mama mía. No quería aflojar y tenía más mañas que... Ahora que para mañas el Brujo, che. De donde me lo fueron a sacar a ése. Era uruguayo, sabés, ya estaba acabado pero era peor que los otros, se te pegaba como sanguijuela y andá sacátelo de encima. Meta forcejeo, y el tipo con el guante por los ojos, pucha me daba una bronca. Al final lo fajé feo, me dejó un claro y le entré con una ganas. Muñeco al suelo, pibe. Muñeco al suelo fastrás... Vos sabés que me habían hecho un tango y todo. Todavía me acuerdo un cacho, de Mataderos al centro, y del centro a Nueva York... Me lo cantaban por todos lados, en los asados, por la radio. Era lindo oírse en la radio, che, la vieja me escuchaba todas las peleas. Y vos sabés que ella también me escuchaba, un día me dijo que me había conocido por la radio, porque el hermano puso la pelea con uno de los tanos... ¿Vos te acordás de los tanos? Yo no sé de dónde los iba a sacar el trompa, me los traía fresquitos de Italia, y se armaban unas leñadas en River. Hasta me hizo pelear con dos hermanos, con el primero fue colosal, al cuarto round se pone a llover, ñato, y nosotros con ganas de seguirla porque el tanito era de ley y nos fajábamos que era un contento, y en eso empezamos a refalar y dale al suelo yo, y al suelo él... Era una pantomima, hermano... La suspendieron, que macana. A la otra vez el tano cobró por las dos, y el patrón me puso con el hermano, y otro pesto... Qué tiempos, pibe, aquí sí era lindo pelear, con toda la barra que venía, te acordás de los carteles y las bocinas de auto, che, qué lío que armaban en la popular... Una vez leí que el boxeador no oye nada cuando está peleando, qué macana, pibe. Claro que oye, vos te creés que yo no oía distinto entre los gringos, menos mal que lo tenía al trompa en el rincón, áperca, pibe, dale áperca. Y en el hotel, y los cafés, qué cosa tan rara, che, no te hallabas ahí. Después el gimnasio, con esos tipos que te hablaban y no les pescabas ni medio. Meta señas, pibe, como los mudos. Menos mal que estaba ella y el patrón para chamuyar, y podíamos matear en el hotel y de cuando en cuando caía un criollo y dale con los autógrafos, y a ver si me lo fajás bien a ese gringo pa que aprendan cómo somos los argentinos. No hablaban más que del campeonato, qué le vas a hacer, me tenían fe, che, y me

daban unas ganas de salir atropellando y no parar hasta el campeón. Pero lo mismo pensaba todo el tiempo en Buenos Aires, y el patrón ponía los discos de Carlitos y los de Pedro Maffia, y el tango que me hicieron, yo no sé si sabés que me habían hecho un tango. Como a Legui, igualito. Y una vez me acuerdo que fuimos con ella y el patrón a una playa, todo el día en el agua, fue macanudo. No te creas que podía divertirme mucho, siempre con el entrenamiento y la comida cuidada, y nada que hacerle, el trompa no me sacaba los ojos. «Ya te vas a dar el gusto, pibe», me decía el trompa. Me acuerdo cuando la pelea con Mocoroa, esa fue pelea. Vos sabés que dos meses antes ya lo tenía al patrón dale que esa izquierda va mal, que no te dejés entrar así, y me cambiaba los sparrings y meta salto a la sogá y bife jugoso... Menos mal que me dejaba matear un poco, pero siempre me quedaba con sed de verde. Y vuelta a empezar todos los días, tené cuidado con la derecha, la tirás muy abierta, mirá que el coso no es macana. Te creés que yo no lo sabía, más de una vez lo fui a ver y me gustaba el pibe, no se achicaba nunca, y un estilo, che. Vos sabés lo que es el estilo, estás ahí y cuando hay que hacer una cosa vas y la hacés sobre el pucho, no como esos que la empiezan a zapallazo limpio, dale que va, arriba abajo los tres minutos. Una vez en El Gráfico un coso escribió que yo no tenía estilo. Me dio una bronca, te juro. No te voy a decir que yo era como Rayito, eso era para ir a verlo, pibe, y Mocoroa lo mismo. Yo qué te voy a decir, al rato de empezar ya veía todo colorado y le metía nomás, pero no te vas a creer que no me daba cuenta, solamente que me salía y si me salía bien para qué te vas a afligir. Vos ves cómo fue con Rayito, está bien que no lo saqué pero lo pude. Y a Mocoroa igual, qué querés. Flor de leñada, viejo, se me agachaba hasta el suelo y de abajo me zampaba cada piña que te la debo. Y yo meta a la cara, te juro que a la mitad ya estábamos con bronca y dale nomás. Esa vez no sentí nada, el patrón me agarraba la cabeza y decía pibe no te abrás tanto, dale abajo, pibe, guarda la derecha. Yo le oía todo pero después salíamos y meta biaba los dos, y hasta el final que no podíamos más, fue algo grande. Vos sabés que esa noche después de la pelea nos juntamos en un bodegón, estaba toda la barra y fue lindo verlo al pibe que se reía, y me dijo qué fenómeno, che, cómo fajás, y yo le dije te gané pero para mí que la

empatamos, y todos brindaban y era un lío que no te puedo contar... Lástima esta tos, te agarra descuidado y te dobla. Y bueno, ahora hay que cuidarse, mucha leche y estar quieto, qué le vas a hacer. Una cosa que me duele es que no te dejan levantar, a las cinco estoy despierto y meta mirar p'arriba. Pensás y pensás, y siempre lo malo, claro. Y los sueños igual, la otra noche, estaba peleando de nuevo con Peralta. Por qué justo tengo que venir a embocarla en esa pelea, pensá lo que fue, pibe, mejor no acordarse. Vos sabés lo que es toda la barra ahí, todo de nuevo como antes, no como en Nueva York, con los gringos... Y la barra del ringside, toda la hinchada, y unas ganas de ganar para que vieran que... Otra que ganar, si no me salía nada, y vos sabés cómo pegaba Víctor. Ya sé, ya sé, yo le ganaba con una mano, pero a la vuelta era distinto. No tenía ánimo, che, el patrón menos todavía, qué te vas a entrenar bien si estás triste. Y bueno, yo aquí era el campeón y él me desafió, tenía derecho. No le voy a disparar, no te parece. El patrón pensaba que le podía ganar por puntos, no te abrás mucho y no te cansés de entrada, mirá que aquél te va a boxear todo el tiempo. Y claro, se me iba para todos lados, y después que yo no estaba bien, con la barra ahí y todo te juro que tenía un cansancio en el cuerpo... Como modorra, entendés, no te puedo explicar. A la mitad de la pelea la empecé a pasar mal, después no me acuerdo mucho. Mejor no acordarse, no te parece. Son cosas que para qué. Me quisiera olvidar de todo. Mejor dormirse, total aunque soñés con las peleas a veces le acertás una linda y la gozás de nuevo. Como cuando el príncipe, qué plato. Pero mejor cuando no soñás, pibe, y estás durmiendo que es un gusto y no tosés ni nada, meta dormir nomás toda la noche dale que dale.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

BORGES / BIOY  
CASARES  
*La fiesta del  
monstruo*

DAVID VIÑAS  
*La señora muerta*

RODOLFO WALSH  
*Esa mujer*

## LA FIESTA DEL MONSTRUO

*Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano, y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un costra en la performance del feriado. Mi plan era sume y reste: apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un soponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero, decime, una cosa, ¿vos no creés que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros?*

En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno encuentra de vez en cuando. Ni bien le vi la cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en el tren de mandarnos un enfoque de panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vestre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui, aunque a cada uno lo portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido por las armas, sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me

perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de éstos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa, está pulsando los más delicados resortes del alma de popolino, y así no es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno, orden de despejar al trote, que lo cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehizo. Loíácamo se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después, el tipo -vulgo, el abajo firmante- no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad es que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolita, tan siquiera una vuelta. (Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacá, en la zorra. Dejele a tu pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito).

Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día, lo vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino

que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como ballenato. Recienquito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó tan cansador como no dormir, aunque no soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a la quinta. Créeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy manso que yo le acariciaba el lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté, y para soñar tanto despropósito había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado de Fray Mocho, me enredé que ni pulpos entre mangas y piernas de la combinación - mameluco -, vestí la corbatita de lana con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascarudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión que se había adelantado a la hora y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de las señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente al Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baqueteaba, y antes que nos pudieran facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos traspinando en un brete, que ni si tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética; compenetrante, Nelly; a cada revólver le tocaba uno de

nosotros. Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al Caballeros, o tan siquiera para someter a la subasta un arma de buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista, por suerte, de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social pero después la merza me puso de mal humor con la pregunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan eufórico que parecía adornado con el bozal, que a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana y, hombro a hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despechaba a todo pulmón la marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que si no abro el paragüita, que dejé en casa, ando en canoa en cada salivazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante solitario. Por fin, arrancamos, y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la ola de la sopa, y uno almorazaba un sängüiche de chorizo, otro de su arrolladito de salame, otro de su panetún, otro de media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando nos fuimos a Ensenada, pero como yo no concurría, más gano sino hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domínico, de Ciudadela, de Villa Luro, de la Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumna como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta al mundo en ochenta días me lo convences que es una costra y el Monstruo un instrumento de la Compañía de Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confucionismo y repatriarse a casita lo más liviano; pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel, que no es de los que portan la piojosa de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el costraje obtuvo permiso para desentumecer los callos planteles, pero ¿quién, tan lejos del pago iba a despartarse del grupo? Hasta ese momento, dijera Zoppi o su mamá, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo, a velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres penssolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua afuera. Se había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A dios gracias formaba entre los nuestros el gansoso Tabacman, más conocido como Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo

pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda la franqueza su “a mí que me registren”, porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó la bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el bicicletista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrado de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mamá le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chu. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedarlear tan garufiento, pero a las cuatro cuerdas de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón aunque se habilita las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa ...

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos yo pedaleaba con la comezón del Gran Spiantujen, como yo no dejo de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca goal; para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le saco el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila inda a los patriotas, que si alguno quería despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el último de la fila, ¡nadie te shoteaba la retaguardia! Era, cuándo no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ónibus rumbo al

## Taller de Lectura y Escritura

descanso de hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos –en tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domínico– mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos deportara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarreta de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice, “vía libre” para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos como en ónibus, que sudábamos propio como sardinas, que si vos te mandás un vistazo, el Señoras de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron el curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar un medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y las empuñamos todos a una para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó unos de esos vivancos que saltan como pulgas y viene incrustados en el asfáltico, cosa de evacuarse del carromato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mamá; por último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spátola; doppo, el vasco Speciale. En el itinerario, Morpugo se prestó, por lo bajo al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogata en forma, que hiciera pasto de las llamas de Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán, que me sonsacó de

la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saque, capturó el cigarrillo, y Morpugo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpugo se largó a la calle, pero, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que me acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de manolo M. Morpugo, l’ónibus ardía en el horizontes, mismo como el spiedo de Perosio, y el guarda-conductor-proprietario lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga, si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el bufo tamñano mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta, vendrás de gelatina con la risa . Atenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres y PUM. Dijo – pero no te vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñás el ojo – que el ónibus ardía como el spiedo de Perosio. Ja, ja, ja. Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que se me cae de los molares, la grabás en los sesos con el formón, tal vez hagás memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta, estaba en la cabeza de los más linces. Pero no temás por tu conejito querido: el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y ¡cierren filas y paso redoblado: mar!

¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defección que una tercera parte, grosso modo, del aglutinado inicial que zarpó de Tolosa. Algún invetarado se habpia propasado a medio encender su cigarrilló Salutaris, claro ésta, Nelly, que con el visto bueno del

camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etcétera. Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la avenida Mitre. Morpugo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañeras, se reían de vernos a pie, sin el menor rodado.

Felizmente Babugli en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti adquirió en calidad de rompecabezas en la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caki y entonando el Adiós, que me voy llorando esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo, tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi -talán, talán- agarró pa' el Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida ... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire, impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo traspiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero rechinó con la consigna "¡Abajo, chichipíos!" y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero, te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a amanifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó de verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como un sombrero hasta el

nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engroso la bolsa común dy el camionero, satisfecho mi aunto, pasó a entender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra - sabés - que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así, no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calcomanía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la mamajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel . Es más, se cree Gotuso . Es más, se cree Garófalo . Es más, se cree Giganti-Tomassoni . Guitarra, propio no había en ese local, pero a Bo le dio el Adiós, Pampa Mía y todos los coreamos y la columna era un solo

grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ése le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menos, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable de cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado; los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distríado, que cuasi llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola. Bonfirraro, que esel chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí no más lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manisesy, cosa de caerle simpática a Bonfirraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con, una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de carnasa y el bife de chorizo. Lo empujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una

pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observa y los de la fila cero quedamos como sánguiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha de tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpité que más o menos de uno se estaba por mandar in mente su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el mómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco.

Lo pusimos en de guedarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté la oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Montserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego, Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar el resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Pirosanto, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue el camionero (que resultó ser Graffiance),

pudo rescatarse su reloj del sistema Roskpt sobre diecisiete rubíes, y Bonferraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche de Bausch, para lentes, y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavzky.

Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para que lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena.

Pujato, 24 de noviembre de 1947.

### LA SEÑORA MUERTA

-No me gusta el olor de la goma quemada- fue lo primero que me dijo esa mujer.

Moure la miró un rato antes de contestar, pero no como la había estado observando hasta ese momento, desde que la descubrió con la cola apoyada a medias contra la pared, con un gesto resignado e insolente a la vez. "Levante", se dijo. "Levante seguro", y le sonrió:

-No es goma lo que están quemando.

-Ah, ¿no? -esa mujer lo miraba con desconfianza - ¿Qué es entonces?

-Inmundicias- murmuró Moure con malestar.

-¿Y de quién?

-De todos ... de todos los de la cola. Hace dos días que vienen haciendo lo mismo.

Desde atrás, los que estaban en medio de la penumbra que flotaba sobre la calle, los empujaron para que avanzaran: ella se dio vuelta, apenas molesta de que la tocaran o de que le arrugaran el vestido, murmuró Ya va, ya me di cuenta, qué tanto, y avanzó unos pasos ceremoniosamente. Se había apoyado contra las chapa de un hotel y se miraba en el reflejo: era un enorme cuadro de bronce y Moure advirtió que se palpaba los labios.

-¿Le duelen? - se le acercó.

-No. Estoy despintada.

Y esa mujer seguía mirándose aunque esa chapa la

## Taller de Lectura y Escritura

reflejase deformada, con una boca más ancha y unos ojos estirados.

-Usted no tiene esa boca- señaló Moure.

Ella abrió y cerró la boca varias veces, como si estuviera en un parque de diversiones, con la desconfianza de un chico o un provinciano.

-No, no ... - protestó Moure.

-Pero me gusta tener la boca así.

Unos metros más adelante se fue levantando un murmullo que aumentó en densidad y se prolongó un rato, como un moscardoneo. "No me puede fallar", se propuso Moure. Una mujer con la cabeza cubierta con una pañoleta se le arrodilló delante, agachaba la frente y parecía rezongar con una confusa irritación mientras se frotaba las manos; cuando la fila avanzó de nuevo, la mujer se fue arrastrando sobre las rodillas sin dejar de gangosear eso que decía, sin dejar de frotarse las manos.

-Rezan, ¿no?

-Sí- dijo Moure.

-Ah ... - ella se persignó y lo hizo con torpeza, velozmente; parecía alarmada y miró ese cielo bajo como si hubiera escuchado el ruido de un avión y tratara de localizarlo. Pero el cielo estaba negro y no se veía nada. Después, se tranquilizó, lo miró a Moure, se sonrió a medias de algo y apoyó la cabeza contra la chapa del hotel.

-¿Está cansada? - la sostuvo Moure mientras se repetía "No me falla; no puede fallar". Al fin de cuentas, él había ido a la cola para eso. Pero ella balanceaba la cabeza: eso no quería decir ni que sí ni que no, solamente que no estaba segura.

-¿Quiere irse?

-Cuando me sienta bien cansada.

Moure le oprimió el brazo:

-Pero mire que tenemos para rato.

Ella frunció las cejas:

-¿Lo dice en serio?

-Yo siempre hablo en serio.

-¿Y cuánto dice que falta?

Moure miró hacia delante y calculó dos cuerdas, tres, una mancha larga que se estremecía en medio de la penumbra, los de atrás que volvieron a empujar con una pesadez insistente, la mujer de la pañoleta que seguía murmurando algo que no se entendía muy bien, ahí arrodillada, un soldado con una olla humeante que brilló

bajo el farol:

-Unas tres horas- dijo.

-¿Tanto?

Moure presintió que a ella no le interesaba mucho lo que había preguntado, ni le interesaban las palabras que había usado, ni ninguna palabra:

-Y, hay mucha gente- reflexionó.

-A la gente le gusta.

-¿Estar en la cola?

-Si- dijo ella con desgano -. Le gusta esperar algo, cualquier cosa ...

La mujer arrodillada por momentos parecía irritarse con lo que rezaba, cabeceaba y fruncía la frente. "Esta noche no puede fallarme", seguía pensando Moure. Y toda esa fila avanzaba muy lentamente, mucho más despacio que una procesión. Moure calculó: allá adelante estarían por cruzar un puente, se le habrían roto las ruedas a un carro o el caballo se habría muerto en medio de la calle. Algo así pasaría. "Seguro". Y había tan poca luz con esos trapos negros que envolvían los faroles y todo era tan borroso.

-¿Me permite?- ella se le apoyó bruscamente en un brazo, se descalzó, primero un pie, después el otro, y se los sobó con unos quejidos de satisfacción. Pero cuando estaba en eso, volvieron a empujarla para que avanzase y ella repitió Ya está, ya va, no ven lo están haciendo. Me van a pisar, tengo los pies desnudos ... La mujer de la pañoleta levantó un momento la cabeza, verificó quién había dicho eso y siguió con su rezo.

-¿Un poco de sopa?

-No- ella todavía estaba con los pies desnudos y pugnaba por mantener el equilibrio y calzarse-. Me aburre la sopa.

-¿Ni un poco?

-No.

Moure señaló:

-Pero mire que le están ofreciendo ...

Un soldado le había tendido una taza pero tuvo que recogerla; tenía una cara adormecida y se esforzaba por sonreírse: la contempló a esa mujer, intentó sonreírse con más convicción y lo único que logró fue un parpadeo, entonces la miró humildemente pero ella se había hundido las manos en los bolsillos y sacudía los hombros:

-Me aburre la sopa- repetía -. De chica, me la hacían tragar: de arvejas, de sémola, de verduras ... Era un asco.

## Taller de Lectura y Escritura

Moure sacó un cigarrillo y lo golpeó muchas veces antes de encenderlo. "Papa comida", se felicitó. Estaban muy cerca de uno de esos montones de basura que habían quemado y que soltaban un calor denso, incómodo y un poco tembloroso; algunas personas salían de la fila, se acercaban, la cara y el pecho se les enrojecían y se quedaban un rato frotándose la manos como si estuvieran redondeando algo entre las palmas, un poco de harina o de barro. Después volvían a la fila y les susurraban a los que tenían al lado Vayan, vayan, no les dicen nada. Moure la codeó a esa mujer y señaló: otro se despegaba de la fila con una carrerita parecida, casi avergonzado, casi alegre.

-¿Fuma?- preguntó Moure.

Ella lo miró a los costados, atentamente, después un poco a la mujer que seguía arrodillada y rezongando:

-¿Aquí? ...- y no sacó la mano de los bolsillos.

Moure encendió el cigarrillo y largó unas bocanadas para que ella oliera: eso era bueno, caliente y llenaba la boca y el pecho. "Esto marcha solo", se alegró. Ella le miraba la mano, sin indiferencia y de vez en cuando le espiaba los labios, y la nariz se le hinchaba como si le costara respirar o como si todavía le molestara ese olor que había creído era de goma quemada.

-¿A usted le gustaba?- dijo de pronto.

Moure se sobresaltó pero largó una lenta bocanada.

-¿Quién?

-La Señora ... ¿Quién iba a ser si no?

Moure tomó el cigarrillo entre las dos manos, lo acható y arrancó una hebra con la misma cautela con que se hubiera cortado una cutícula; después levantó la vista y la miró a esa mujer: era joven, tendría unos veinticinco, no mucho más. "si me la pierdo soy un ...". Pero no se la iba a perder. Los de atrás empujaban, éstos no respetaban nada, no se dio por enterado y siguió mirándola: el cuello, ese pecho tan abierto, el vientre, y la deseó bastante. Por fin dijo:

-Era joven ...

-¿Usted cree que la podremos ver?

-Y, no sé. Habrá que esperar.

-Dicen que está muy linda.

-¿Si?

-La embalsamaron. Por eso.

Había quedado un espacio entre ellos dos y la mujer arrodillada.

- Hay que correrse- dijo ella como si se tratara de algo

inevitable.

-Sí - advirtió Moure-. Sí.

Y se quedaron mirando vagamente hacia delante: la mujer de la pañoletase puso de pie y estuvo un buen rato observándose y tocándose las rodillas; un chico empezó a llorar y una mujer deslizó una mancha blanca sobre su mano y ahí, la sostuvo y de nuevo pasaron los soldados, esta vez, ofreciendo café, sin saltarse a nadie, desapasionadamente. Ella murmuró algo y Moure le escrutó la cara para ver qué quería. No. Me estaba acordando de algo. Nada más, dijo ella sin sacara las manos de los bolsillos; Moure advirtió que era de piel el sacón que tenía porque lo rozaba contra el dorso de la mano y pensó que le hubiera gustado acariciarlo con los dedos, con el pulgar sobre todo, pero no se animó.

-¿Vio?- era ella que señalaba con el mentón desganadamente.

Moure volvió la cabeza y vio un hombre que orinaba el borde de la vereda y se sintió irritado, justamente irritado, porque ése podría haber ido a otro lugar o se hubiese aguantado o, en último caso, no se hubiera puesto en la fila, entre tantas mujeres, porque esas cosas siempre pasan y uno debe saber lo que se puede aguantar.

-Está mal, ¿no?- murmuró.

Pero ella se había apoyado contra una vidriera y bostezaba, olvidada de sus pies y de ese hombre que orinaba, y lo hizo varias veces, porque no fue un solo bostezo prolongado sino una serie de tres o cuatro que la obligaron a fruncir la nariz y a secarse unas lágrimas con la punta del pañuelo.

-¿Tiene sueño?

Ella negó sin dejar de bostezar:

-Hambre tengo.

-¿Quiere ..?

-Sí.

Y fue ella misma quien lo tomó del brazo y la que dijo que subieran a un auto y fueran primero a cualquier lugar. Algo cerca, fue lo único que exigió y no perentoriamente, sino como si recordara algún requisito o alguna ventaja. Se arrinconó a su lado en el auto y contemplaba sin ningún asombro las piernas de los que iban en las plataformas de los tranvías iluminados, a uno que llevaba sandalias, a los que la miraban largamente sin atreverse a sonreír pero con muchas ganas de hacerlo

cada vez que el auto se detenía en cualquier bocacalle. Cuando un marinero se inclinó un poco para verla mejor, ella golpeó con la mano el vidrio. A ése, lo espanté, suspiró. Y usaba un perfume de malva, un perfume de vieja o de casa con pisos de madera. ¿Y cuánto querés? Y lo que vos quieras y el auto siguió corriendo. Moure se sintió agradecido, entusiasmado y le pasó el brazo sobre los hombros. Cerca, ¿no?, volvió a preguntarle ella y Moure sacudió la cabeza. Esa cola, la gente que esperaba con tanta indiferencia, amontonados, pasivos, la calle en tinieblas, él había esperado demasiado. Era lento y lo sabía, pero tampoco se podía atropellar. Pero ya estaba. Y solo, esas cosas se hacen solas. Cuanto más se piensa, sale peor. Cuando el coche se detuvo por primera vez y Moure advirtió que el chofer esperaba una nueva orden mirando el espejito, apenas dijo A otra. Pero cerca. Cuando ocurrió la segunda vez, eso de toparse con una puerta cerrada cuando alguien piensa exclusivamente, cálidamente en entrar de una vez a solas como dos chicos que se esconden dentro de un ropero para que el mundo de los adultos tan ordenado y con tanta gente que mira se desvanezca, Moure se empezó a irritar. No hay lugar - informaba el chofer -. ¿Los llevo a otro?. Sí, sí. Pronto. Y anduvieron dando vueltas por unas suaves calles arboladas y ella empezó a reírse porque sentía las manos de Moure que le oprimían las piernas, pero no como para acariciarla, como si ella fuera ella, es decir, una mujer, sino como si su piel fuera un pañuelo o una baranda o la propia ropa de Moure, algo de lo que se aferraba para secarse o para no caerse. Por favor ... por favor, repetía Moure y le estrujaba la carne. También estaba la mirada del chofer, que delante de esos portones cerrados soltaba el volante como para dar explicaciones porque él no tenía nada que ver con todo eso. ¿Los llevo al otro?. Sí. Pronto ... Pero, pronto por favor. Y toparon con otro portón, una gran tabla pintada de gris cerrada con un candado, y la risa de esa mujer aumentó mientras Moure pensaba que lo que a ella le correspondía era quedarse en silencio, tomarlo de la mano y tranquilizarlo o pasarle los dedos por las sienes para que se le desarrugara la frente, pero las mujeres se ponen nerviosas y no sirven para nada y por eso, son mujeres. El coche había parado por cuarta vez o sexta y el chofer repetía ese mismo ademán de prescindencia.

-¿Todo está cerrado?- gritó Moure.

Los ojos del chofer apenas temblaron en ese espejito y ella se rió con una risa que le dobló la espalda.

-¡No te rías más mujer!- la sacudió Moure.

Y ella sólo negó con la cabeza, sin hablar pero con más ganas de reírse, apretando los labios y no cubriéndose la boca con la mano.

-¿No se puede ir a otra parte?- Moure se había tomado del respaldo del chofer.

-Y, no sé ...

-¿Nada, hay?

-Más lejos ...

-¿Dónde?

-En la provincia ...

-¿Seguro?

-No; seguro no.

-Estaba de Dios que tenía que pasar esto- cabeceó Moure.

-Hay que aguantarse- el chofer permanecía rígido, conciliador -. Es por la Señora.

-¿Por la muerte de ...?- necesitó Moure que le precisaran.

-Sí. Sí.

-¡Es demasiado por la yegua ésa!

Entonces bruscamente, esa mujer dejó de reírse y empezó a decir que no, con un gesto arisco, no, no, y a buscar la manija de la puerta.

- Ah, no ... Eso sí que no- murmuraba hasta que encontró la manija y abrió la puerta -. Eso sí que no se lo permito ...- y se bajó.

### **ESA MUJER**

El Coronel elogia mi puntualidad:

- Es puntual como los alemanes- dice.

- O como los ingleses.

El Coronel tiene apellido alemán. Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

-He leído sus cosas-propone- . Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común. Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es

## Taller de Lectura y Escritura

ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido. El Coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme. Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla.

Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra. El Coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky. Él bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

-Esos papeles- dice.

Lo miro.

-Esa mujer, Coronel.

Sonríe.

-Todo se encadena- filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El Coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

-La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

-¿Mucho daño?- pregunto. Me importa un carajo - Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años- dice.

El Coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

-Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

- La pobre quedó muy afectada- explica el Coronel -. Pero a usted no le importa esto.

- ¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El Coronel se ríe.

- La fantasía popular -dice-. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir. Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

-Cuénteme cualquier chiste -dice.

Pienso. No se me ocurre.

-Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

-¿Y esto?

-La tumba de Tutankamón -dice el Coronel-. Lord Carnavon. Basura.

El Coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

-Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer. - ¿Qué más?- dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

-Le pegó un tiro una madrugada.

-La confundió con un ladrón- sonríe el Coronel-. Esas cosas ocurren.

-Pero el capitán N. . .

-Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

- ¿Y usted, Coronel?

-Lo mío es distinto- dice -. Me la tienen jurada. Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

-Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

-Me gustaría.

-Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

-Ojalá dependa de mí, Coronel.

-Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó.

Dejó la bomba en el palier y salió corriendo. Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana

## Taller de Lectura y Escritura

policromada, una pastora con un cesto de flores.

-Mire. A la pastora le falta un bracito.

-Derby -dice. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El Coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

-¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

-Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió. El Coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método. -Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

-¿Qué querían hacer?

-Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido.

¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

-Todos, Coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

-Y orinarle encima.

-Pero sin remordimientos, Coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud!- digo levantando el vaso

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El Coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

-Esa mujer- le oigo murmurar -. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada. El Coronel bebe. Es duro.

- Desnuda- dice - . Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd- el Coronel se pasa la mano por la frente- , cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del

Coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas, Y ahora el Coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

-Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el Coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

-...se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire- el Coronel se mira los nudillos- , que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

-No.

-Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

-Pero esa mujer estaba desnuda- dice, argumenta contra un invisible contradictor- Tuve que teparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano. Bruscamente se ríe.

-Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra. Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

-Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

-¿Pobre gente?

-Sí, pobre gente-. El Coronel lucha contra una escurridiza cólera interior- . Yo también soy argentino.

- Yo también, Coronel, yo también. Somos todos argentinos.

## Taller de Lectura y Escritura

-Ah, bueno- dice.

-¿La vieron así?

-Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del Coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

- Para mí no es nada- dice el Coronel -. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el 39. Yo era agregado militar, dése cuenta. Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

-A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

-¿Se impresionaron?

- Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿ésto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

- Beba- dice el Coronel.

Bebo.

-¿Me escucha?

-Lo escucho.

-Le cortamos un dedo. -¿Era necesario?

El Coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

-Tantito así. Para identificarla.

-¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

-Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

-Comprendo.

-La impresión digital no agarra si el dedo está muerto.

Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

-¿Y?

-Era ella. Esa mujer era ella.

-¿Muy cambiada?

-No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

-¿El profesor R.?

-Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral. En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del Coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable.

-¿Enciendo?

- No.

-Teléfono.

-Deciles que no estoy.

Desaparece.

-Es para putearme - explica el Coronel-. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

-Ganas de joder- digo alegremente.

- Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

-¿Qué le dicen?

-Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

-Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El Coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

-La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el Coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

-Llueve- dice su voz extraña.

## Taller de Lectura y Escritura

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

-Llueve día por medio- dice el Coronel-. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano. Dónde, pienso, dónde.

-¡Está parada!- grita el Coronel- . ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

- No me haga caso- dice, se sienta- . Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

- ¿Eh?- dice- ¿Eh? -dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

-¿La sacaron del país?

-Sí.

- ¿La sacó usted?

-Sí.

-¿Cuántas personas saben?

- Dos.

-¿El Viejo sabe?

Se ríe.

-Cree que sabe.

-¿Dónde?

No contesta.

-Hay que escribirlo, publicarlo.

-Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

-¡Ahora!- me exaspero- . ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

-Cuando llegue el momento... usted será el primero...

- No, ya mismo. Piense. Paris Match. Life. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

-¿Dónde, Coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades.

Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente o moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del

Coronel me alcanza como una revelación. -Es mía -dice simplemente -. Esa mujer es mía.

# Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN  
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE  
PERIODISMO  
Y COMUNICACIÓN SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**RODOLFO  
FOGWILL**

*Los pichiciegos  
(1966)*

1  
Que no era así, le pareció. No amarilla, como crema; más pegajosa que la crema. Pegajosa, pastosa. Se pega por la ropa, cruza la boca de los gabanes, pasa los borceguíes, pringa las medias. Entre los dedos, fría, se la siente después.

-¡Presente! -dijo una voz abotagada.

-Pasa -respondió. No "pasá" sino "pasa". Así debían decir.

Entonces la voz de afuera dijo "calor", y haciendo ruido rodó hacia él un muchacho enchastrado de barro.

-No hace frío -habló el llegado-, pero habría que apuntalar algo más el durmiente...

-Después se hará -le dijo, mientras sentía que el otro se acomodaba enfrente, embarrado, húmedo, respirando de a saltos.

Imaginaba la nieve blanca, liviana, bajando en línea recta hacia el suelo y apoyándose luego sobre el suelo hasta tapanlo con un manto blanco de nieve. Pero esa nieve ahí, amarilla, no caía: corría horizontal por el viento, se pegaba a las cosas, se arrastraba después por el suelo y entre los pastos para chupar el polvillo de la tierra; se hacía marrón, se volvía barro. Y a eso llamaban nieve cuando decían que los accesos tenían nieve. Nieve: barro pesado, helado, frío y pegajoso.

En su pueblo, dos veces que nevió, él estaba durmiendo, y cuando despertó y pudo mirar por la ventana la nieve ya estaba derretida. En el televisor la nieve es blanca. Cubre todo. Allí la gente esquía y patina sobre la nieve. Y la nieve no se hunde ni se hace barro ni atraviesa la ropa, y tiene trineos con campanillas y hasta flores. Afuera no: en la peña una oveja, un jeep y varios muchachos se habían desbarrancado por culpa de la nieve jabonosa y marrón. Y no había flores ni árboles ni música. Nada más viento y frío tenían afuera.

-¿Sigue nevando? -quiso saber.

En el oscuro sintió que el llegado sacudía la cabeza. Insistió:

-¿Sigue o no sigue?

-No. Ya no más -respondió la voz con desgano, con sueño.

A hora que lo sentía responder reconoció que el otro había movido la cabeza para los lados. La cabeza o el casco, eso seguía moviéndose. Después la cara se le iluminó, rojiza: pitaba un cigarrillo que olía como los Jockey blancos argentinos.

-¡Pasa una seca! -pidió, pero por tanto tiempo sin hablar la voz le había salido resquebrajada.

-¿Qué? -quería entender el llegado.

-¡Una seca! ¡Una pitada! -ordenó.

La lucecita colorada se fue acercando mientras el otro asentía diciendo:

-¡Buen...!

Tomó la lucecita con cuidado. Sin guantes, sus dedos duros apretaron primero las uñas del otro, y desde ellas fueron resbalando hasta el filtro. Era un Jockey, reconoció en su boca. Pitó dos veces y dos veces lo colorado se hizo ancho, calentándole la cara.

-¡Che! ¡Una pediste! -protestaba la voz.

-Ya está -dijo él y devolvió el cigarrillo que con la brasa crecida cruzando el aire negro parecía un bicho volador que alumbraba.

-¿No es que había mucho cigarrillo? -seguía con la protesta el otro, pitando.

-Haber hay -dijo él-. ¡Pero ahorremos!

-¿Cuánto hay?

-Como cuarenta cajas: un cajón casi.

-¡Son como cuatrocientos atados...! -se admiraba el otro echándole más humo.

-Sí -dijo él. No sentía ganas de calcular.

-¿Y cuántos somos? -preguntó.

-Ahora veintiséis, o veintisiete -dijo él.

-¡Es mucho!

-¿Mucho qué?

-La gente -dijo el otro, y convidó-: ¿Querés el fin?

-Sí -dijo él y recogió la lucecita del aire y pitó hasta sentir la mezcla del humo de tabaco con el gusto a cartón y plástico del filtro que se quemaba. Lo apagó en

## Taller de Lectura y Escritura

el suelo. Dijo:

-Se terminó...

El otro hablaba. Quería saber:

-¿Quién cuida los cigarrillos...?

-Uno, Pipo Pescador.

-¿Pipo? ¿Y sirve ése?

-No sé -dijo él. Estuvo a punto de opinar, pero no sabía quién era el llegado. Buscó la linterna. Palpó la tierra dura, el bolso con pistolas, luego barro, luego un trapo de limpiar y más barro y después tocó la caja de herramientas; allí metió los dedos hasta encontrar la linterna chica de plástico. Alumbró el piso. Con el reflejo de la luz reconoció la cara del que hablaba. Era un porteño, Luciani.

-Sos Luciani -dijo.

-Sí, ¿por qué?

-Quise saber, ¿sabes las cuentas bien vos?

El otro dijo sí y él preguntó:

-¿Cuánto hay? Son cuarenta cajas largas enteras.

-Ya te lo calculé -hablaba Luciani-, son cuatrocientos atados de veinte. Si fuéramos veinte tendría que haber veinte paquetes para cada uno. ¿Todos fuman?

-No. Todos no.

-Y ha de ser más o menos ahí: veinte paquetes para cada uno.

-Un mes de fumar, más o menos -dijo él.

-Un mes o más, según cuánto te fumes.

-Habría -pensó y habló- que conseguir más cigarrillos.

-¿Y los otros? ¿Qué dicen?

-Dicen que hay que buscar más azúcar. El Turco busca azúcar. La gente quiere cosas dulces -anunció.

-¿Cómo que no hay azúcar? -dijo Luciani-. ¿Quién cuida el azúcar?

-Pipo Pescador -dijo él.

-¿Y está abajo?

-¿Qué cosa?

-Pipo: ¿Pipo está abajo?

-Sí -dijo él.

-¡Che, Pipo! -gritó Luciani y su voz retumbó en el tubo de tierra.

Desde abajo llegaba un chistido.

-¿Qué pasa? -dijo Luciani.

-Que no grites -le explicó con voz afónica-: ¡Duermen!

-¡Che, Pipo! -habló Luciani echándoles el aliento a las palabras, para que fuesen lejos sin despertar-: ¿Cuánta azúcar queda?

-Yo laburo -dijo Luciani.

-Bueno... No hay azúcar, pibe -decía Pipo-: hay nada más que para el mate de la mañana y por si vienen los oficiales. ¡Y ahora calláte! ¡Che, Quiquito! -La voz de Pipo se estaba dirigiendo a él.

-¿Qué?

-¿Sabes qué?

-No. ¿Qué?

-Decile a ese boludo que averigüe menos y que salga y consiga azúcar.

-Buen... -dijo él y volvió a mirar la cara de Luciani en la medialuz que soltaba la linterna apoyada en el muro de barro.

Nunca se deben iluminar las caras con la linterna. Al principio, cuando alguien pedía la linterna, siempre la pasaban prendida, dirigiéndole el rayo de luz a la cara. Así se producía dolor: dolían los ojos y dejaba de verse por un raro. Abajo -por tanta oscuridad-, y afuera, andando siempre de noche y en el frío, la luz duele en los ojos. Alguien alumbraba la cara y los ojos se llenaban de lágrimas, dolían atrás, y enceguecían. Después las lágrimas bajaban y hacían arder los pómulos quemados por el sol de la trinchera. Escaldaban.

Después Luciani había callado. Siempre al llegar el que entra habla. El que llega viene de no hablar mucho tiempo, de mucho caminar a oscuras, de hacer guardias arriba de algún cerro esperando la oscuridad. Viene de estar tanto callado que cuando se halla en el calor empieza a hablar.

Como cuando despiertan: despiertan y se largan a hablar.

En la chimenea lateral algunos estaban despertando. Se oían sus voces:

-¿Qué hora es? -decía una voz finita, llena de sueño.

-Las siete.

-¿De la noche? -era la misma voz.

-Sí, de la noche.

-Ah...

-¡No! -interrumpía otra voz, tonada cordobesa-, ¡iban a ser las siete del mediodía...!

Alguien rió. Alguien puteó. Entre esos ruidos hubo otros como de cascots y jarros golpeándose. Hablaba uno:

-Ah... ¡che, uruguayo!

-¿Qué? -le respondían.

-Quería saber... ¿Si vos sos uruguayo, por qué carajo estás aquí?

-Porque me escribieron argentino. ¡Soy argentino!

-¡Suerte! -dijo una voz dormida.

-Che... ¿y por qué te dicen uruguayo?

-Porque yo nací ahí, vine de chico...

-¡Es una mierda el Uruguay...!

-Sí -era la voz del uruguayo-, mi viejo dice que es una mierda.

-¿Tu viejo es uruguayo?

## Taller de Lectura y Escritura

-Sí... ¡Oriental!

-¿Y tu vieja?

-No. Murió. Era también del Uruguay...

-Gardel era uruguayo... -dijo alguien, para saltar el tema de la muerta.

-No... ¡francés! -dijo el uruguayo.

-Francés y bufa -terció alguien-, lo leí en un libro de historia del tango.

-Gardel... ¿bufa? -dudaba el de la voz finita.

-Sí -dijo el que había leído- ¡Era francés, bufa y pichicatero!

Después la voz que había preguntado la hora insistió:

-¿Qué hora era...?

-Las siete y cinco -contestó la voz del que tenía la hora y después gritó:- Che... ¡A despertarse! ¡A las ocho salen ustedes...!

-Mejor -dijo uno-. Así respiramos. ¡Acá no se aguanta más el olor a mierda...!

Las voces llegaban desde el arco de chapa que comunicaba la entrada con la chimenea lateral. Había ecos, rebotes de los ruidos contra partes de piedra o de arcilla apretada entre las piedras. Frente a él, Luciani se había dormido. Siempre da sueño al entrar al calor. La cabeza de Luciani se volcó hacia adelante y se sintieron los correajes soltándose y las hebillas golpeando contra algo hueco: una caja o el casco. Después se oyó una voz viniendo desde afuera.

-¡Presente!

-Pasa -respondió él. No "pasá".

-Calor, calor -dijo la voz de afuera y alguien apareció rodando por el tobogán duro de la entrada. Después del cuerpo, cayeron cascotes y terrones de arcilla contra Luciani, que se quejó pero siguió durmiendo.

-Ojo que aquí hay un dormido -avisó él y mostró el casco de Luciani con la linterna de plástico-. ¿Y vos quién sos? -preguntó. No conocía esa cara, blanca y tan afeitada.

-Rubione, del siete-dijo el nuevo-, estaba en la remonta...

-¿Y quién te manda...?

-El Turco -dijo y explicó:- ¡Traje azúcar!

Entonces él lo recorrió con el haz de la linterna viendo cómo se abría el gabán y entre sus ropas hacía aparecer una bolsa de azúcar grande como su pecho que hizo saltar un botón de la casaca. Alzándola con dificultad, mostró después la bolsa de papel, que a la luz dorada de la linterna parecía marrón.

-¿Se puede? -dijo bajando la voz-. ¿Se puede secar azúcar húmeda?

-Habiendo tiempo sí -decían desde abajo-. Y si no, ¿sabes qué? -preguntaba.

-No, ¿qué?

-Si no, te la comes húmeda. ¿Llegó azúcar?

-Sí -confirmó él.

-¿Quién consiguió?

-Uno nuevo. Se llama Rubione. Viene de Ele Ce.

-¿Y quién lo mandó?

-El Turco. Lo mandó el Turco.

-¡Más nuevos...! -protestaban abajo. Era la voz del muchacho a quien llamaban Pipo Pescador porque se parecía a un clown de la televisión de Rosario que tenía ese apodo.

-Y sí -dijo él-, más nuevos...

-¿Qué es? ¿Zumbo?

-No, colimba -aclaró él.

-Bueno... Mejor... ¿Quiquito?

-¿Qué?

-Pásame el azúcar y no hagan más quilombo... ¿querés? Él apagó la linterna, se hincó sobre el tubo que comunicaba con el almacén y no dijo "sí".

Abajo, el reflejo azulado de las llamas de una estufa iluminaba un hueco de seis metros de largo lleno de mercaderías, bolsas y estantes de madera donde se movía un muchacho semidesnudo, de cara flaca, cargada de tics. Era Pipo que alzaba los brazos para tomar la bolsa.

-¡Son como quince kilos! -dijo al recibirla.

-¿Tanto? -preguntó él, cuidando que la bolsa no se cayera sobre el piso.

-Sí, quince al menos.

-No, son diez kilos. Lo que pasa es que debe haber chupado agua anoche -dijo Rubione.

-¡Son quince kilos! Se lee acá -dijo Pipo- que son quince kilos. -Y después pidió:- Quiquito... ¡hacelo callar!

-¿Qué le pasa a éste? -preguntaba Rubione.

-Nada. Duermen algunos en el almacén: no hagas más ruido.

-Buen...

-¿Querés algo? ¿Precisas algo?

-Fasos. ¿Hay fasos?

-Sí -dijo él y le pasó un Jockey blanco.

-¿Fuego hay? -parecía rogar.

-¿No tenes? -preguntó él, y como el otro no respondió le

## Taller de Lectura y Escritura

de humo, se difundió por el lugar el típico olor a té de los Jockey blancos. Quiso fumar: -¡Dame una seca...! - reclamó a Rubione, que le acercó el cigarrillo a la cara. Él lo tomó del filtro y lo fue pitando mientras el otro averiguaba:

-¿Y comida...? ¿Hay?

-¡Raciones! Esta noche comemos raciones frías.

-¿Por qué frías?

-Para ahorrar carbón. Hoy no hace tanto frío. Cuando haga frío se da caliente. Pero después de las comidas, igual, se reparte mate cocido caliente. ¿Te gusta el mate?

-Sí -dijo Rubione y contó-: Ayer tomé café...

-¿Café? ¿Dónde café?

-En la enfermería. Llevamos unos fríos y los doctores nos dieron café y una copita de alcohol...

-¿En cuál enfermería?

-En la del hospital del pueblo.

-¿Muchos fríos?

-Llevamos como cincuenta... pero debe haber más: ¡Quedaron por ahí!

-¿Y helados?

-Y sí... La mayoría helados, y algunos eran fríos -decía Rubione y sacudía la cabeza trazando una rayita colorada con la brasa del Jockey. Habían apagado la linterna. Estaba negro el aire y cargado de olor a humo.

Llamaban helados a los muertos. Al empezar, las patrullas los llevaban hasta la enfermería del hospital del pueblo; después se acostumbraron a dejarlos. Iban por las líneas, desarmados, llevando una bandera blanca con cruz roja, cargando fríos. Fríos eran los que se habían herido o fracturado un hueso y casi siempre se les congelaba una mano o un pie. A éstos los llevaban a la enfermería, y si había jeeps y gente apta los llevaban después a la enfermería de la pajarera, donde bajaban los aviones a buscar más heridos y a traer refuerzos de gente, remedios y lujos para los oficiales. Para llegar hasta la pajarera había que cruzar el campo donde siempre pegaban los cohetes: se veía desde lejos un avión solitario que parecía quedarse quieto en el aire, después se lo veía girar y volverse para el lado del norte, y enseguida llegaban uno o dos cohetes que había disparado. Pegaban en el campo echando humo, hacían una pelota de fuego y después una explosión que trepidaba todo y el aire se enturbiaba con un ácido que ardía en la cara. ¿Quién iba a querer cruzar el campo para llevar heridos? La explosión repercute adentro, en los pulmones, en el vientre; hasta pasado mucho tiempo sigue sintiéndose un dolor en los

músculos que se torcieron adentro por el ruido, por la explosión.

Cruzar el campo a pie da miedo, porque se sabe que allí pegan los cohetes y se arrastran por el suelo -todo quemado- como buscando algo. Los que andan por ahí están siempre temiendo y se les notan los ojitos vigilando a los lados. Muchos se vuelven locos. Un cohete explotó a un jeep: cuentan que cada uno de esos cohetes británicos les cuesta a ellos treinta veces más caro que los mejores jeeps británicos.

Y ya nadie quiere ir a la pajarera. Eso habló con Rubione. Rubione decía igual: nadie ya quiere ir.

-Además, ahora te tiran con mortero.

-¿Con morteros? ¿Desde dónde...?

-Desde aquí arriba. De aquí nomás, desde el cerro...

-Mejor -dijo él- así terminan de una vez.

-No se va a terminar... Dicen que ya están por llegar los rusos.

-¿Rusos? -preguntó él. Rubione le explicó:

-Sí: rusos. Dicen que llegan portaaviones con paracaidistas; son como cinco mil rusos, que se les van a aparecer a los británicos por atrás.

-¡Ojalá! -dijo él-. ¡Así terminan de una vez!

-¿Qué pasó? -preguntaban gritos desde la chimenea lateral.

-Nada -gritó él, y mientras Rubione procuraba explicar a los otros que llegaban portaaviones rusos, le tapó la boca para que no siguiese hablando y le ordenó:

-¡Callate!

-¿Qué te pasa?

-Nada. ¡No hables!

-¿Por qué no puedo hablar?

-Porque no se habla de eso. De eso se habla después cuando nos juntamos todos. A las nueve juntamos las noticias y las hablamos.

-¿Qué, ustedes? ¿Quiénes son ustedes? -quería saber.

-Los Magos, los cuatro Reyes...

-¿Quiénes? -preguntaba extrañado.

-Nosotros: los que mandan. ¡Ya lo vas a ir entendiendo...! -prometió.

Rubione no volvió a preguntar.

Los Reyes Magos mandan. Son cuatro Reyes: mandan. Al comienzo eran cinco, pero murieron dos: el Sargento y Viterbo. A esos dos los desbarrancaron los oficiales de Marina. Iban en jeep. Murieron dos, quedaron tres, pero

- 0 2después llegó Viterbo, el primo del Viterbo, que lo